

EL TREN DE LOS SUEÑOS ROTOS

José Antonio Quesada Coves



El tren de los sueños rotos

José Antonio Quesada Coves

Enero 2015

Diseño: Iker López Sulibarría
Todos los derechos reservados

NOTA DEL AUTOR

El 11 de marzo de 2004 se perpetraron en Madrid los atentados terroristas más macabros de la historia de España. En ellos murieron 192 personas y resultaron heridas miles más.

Esta novela desarrolla su contexto histórico en torno a los atentados de Madrid del 11-M. Sin embargo, tanto los personajes como los hechos relatados en este libro son totalmente ficticios.

He intentado relatar una historia inventada con el telón de fondo de unos hechos bárbaros y espero que tú, lector, disfrutes de este libro como yo lo he hecho al escribirlo.

José Antonio Quesada Coves.

Elche, 14 de abril de 2014.

A mis padres, José y María

Todavía recuerdo con total claridad el día en que decidí hacer realidad mis sueños. Era una mañana de finales de agosto, muy luminosa, típica del periodo estival. Paseaba yo por el zoco de la ciudad mientras los rayos de sol acariciaban mi rostro. Por aquel entonces yo todavía vivía en esas tierras aromáticas situadas en plena región del Rif, en mi ciudad natal, Ketama, que me había visto nacer hacía ya veinticinco años.

Según me iba adentrando en el mercado mis sentidos se impregnaban poco a poco de los diferentes aromas que desprendía cada uno de los puestos del zoco. En los laterales de las estrechas calles que discurrían por el centro de la ciudad se asomaban innumerables puestos en los que podías encontrar todo tipo de productos. De fondo, se podía escuchar la voz del almúédano de la mezquita que llamaba a la oración a través de los altavoces situados en lo alto del minarete. Saliendo de la fuente de abluciones de esta mezquita me encontré a Hassan, un argelino amigo de mi padre al que yo apreciaba como si fuera parte de mi familia, y que tenía una tienda muy cercana al puesto familiar.

Hassan era un argelino muy anciano que vivía en la ciudad desde mucho antes de que yo viniera al mundo. Tenía el pelo muy canoso y una espesa barba blanca que alargaba cuatro o cinco centímetros su mentón. Su piel morena, justificada por las largas mañanas que pasaba sentado al sol, estaba llena de arrugas, las mismas que podían aparecer en mi piel tras cinco horas bajo el agua. Debía de ser muy mayor, aunque nunca me preocupé por conocer su edad. Su cuerpo reflejaba la dureza de la vida y el paso del tiempo, pero no así su mente, ágil y despierta. Aprendí tantas cosas de la vida de aquel anciano arrugado que todavía hoy le tengo un enorme aprecio. Cualquier motivo o excusa era buena para detenerme a platicar unos minutos con mi viejo amigo. El problema era que lo que en principio tenían que ser minutos, pasaban a ser horas sin apenas darme cuenta. Siempre sentí una especial admiración hacia ese anciano bohemio que me

embaucaba con sus fascinantes vivencias y que, a pesar de su aspecto dejado y un tanto decadente, siempre me alegraba de ver.

—¿Cuánto tiempo sin visitar a este viejo cascarrabias? —me preguntó al verme.

—Sabes que mis estudios no me dejan mucho tiempo libre, ya ni siquiera puedo venir a ayudar a mi padre en el negocio familiar —respondí mientras dejaba que una sonrisa apareciera en mi rostro—. Me encantaría poder visitarte y conversar contigo más a menudo pero mis tareas no me lo permiten.

—Lo sé, Karam, lo sé —contestó él expulsando un humo denso y perfumado de sus pulmones—. Siéntate aquí a mi lado un minuto y cuéntame qué te trae por aquí.

Mientras me acomodaba a su lado en un viejo puf gigante, me ofreció cordialmente que fumara de su pipa. Acepté sin ninguna duda. Nos habíamos pasado largas tardes conversando y fumando de esa pipa desde el día que me enseñó a fumar con quince años. Como él la llamaba, era nuestra particular pipa de la paz.

—Vengo a hablar con mi padre, he tomado una decisión muy importante y debo comunicársela.

—¿Y cuál es, si se puede saber? —preguntó con los ojos repletos de curiosidad.

—Me voy a Europa, lo he decidido, quiero cumplir mis sueños y aquí en Marruecos es imposible. Este país se me ha quedado pequeño. Necesito empezar una nueva vida lejos de aquí, una vida en la que yo tome todas las decisiones, una vida que me permita tener toda la libertad que yo necesito; y eso es imposible en el Marruecos en el que vivimos hoy en día. Estoy harto de vivir bajo este régimen dictatorial anclado en el pasado, harto de vivir bajo esta constante opresión. Aquí no disfrutamos ni de derechos humanos ni de libertades reales ni de nada de nada.

—Sabía que tarde o temprano tomarías esa decisión —replicó Hassan sin apenas inmutarse por lo que acababa de oír—. No me sorprendes con tus palabras Karam, siempre has sido un niño muy intrépido e inteligente que desde pequeño ha mostrado unas inquietudes diferentes a las de los demás niños de su edad. Acuérdate de las palabras de este anciano. Tú vas a hacer algo muy grande en el viejo continente, algo por lo que muchas personas te admirarán y te venerarán. Tienes poder de liderazgo y esto te va a permitir conseguir todo lo que te propongas, aunque ello conlleve dolor para algunas personas. Estoy completamente seguro de que tus sueños se van a cumplir, pero para ello deberás trabajar muy duro y tomar decisiones difíciles.

En aquellos momentos no le di mucha importancia a las palabras de Hassan. Pensaba que todo lo que me decía era para animarme y apoyarme en la decisión que había tomado de cruzar el estrecho. Aunque ahora, desde la lejanía en el tiempo y en el espacio, pienso que algo de vidente y mucha razón tenía mi viejo amigo en sus palabras.

Me despedí de Hassan y sin más me dirigí al puesto de mi padre con el ánimo más alto tras la conversación que acababa de mantener con el viejo argelino. Nada más acercarme al negocio familiar mi padre me miró con cara de asombro y, a la vez, con una tremenda sonrisa, seguramente justificada por el tiempo que llevaba sin dejarme ver por la tienda. Tras pedir un té verde para cada uno al camarero de la esquina nos adentramos los dos en la trastienda para mantener una larga e intensa conversación entre padre e hijo.

—Me parece que no has venido a echarme una mano, ¿verdad Karam? —dijo mi padre en tono bromístico— ¿Qué es lo que te trae por aquí hijo mío?

—Voy a ser directo y no me voy a andar con tonterías —le respondí con un tono mucho más serio levantándome de la silla en la que estaba sentado—. Ya tengo veinticinco años y he terminado mis estudios de Filología Árabe; creo que este país se me ha quedado pequeño, me asfixia Marruecos; aquí nunca podré cumplir mis sueños; aquí mi futuro no existe, en este país no hay futuro alguno.

—¿No ibas a ser directo, Karam? —preguntó mi padre a la vez que le echaba un sorbo al té y me

dedicaba una mirada inquieta por encima del vaso de té— ¿Cuál es tu sueño, hijo? Si se puede saber, claro.

—Me quiero ir a Europa a hacer realidad mis sueños, allí todo es posible. Lo tengo todo organizado desde hace varias semanas. He solicitado un visado de estudiante para empezar la carrera de Filología Hispánica en la Universidad de Granada, ciudad en la que viven varios amigos tuyos y algún familiar lejano. Sabes que la comunidad musulmana está muy bien afincada en el centro de la ciudad, por lo que no tendría problema alguno para asentarme en la sociedad española. Además necesito viajar, conocer mundo. Todo lo relacionado con el mundo occidental me ha atraído mucho desde pequeño. Es una cultura totalmente distinta a la nuestra, con otros valores, otras tradiciones y otra forma de ver la vida. Me fascina la idea de viajar por toda Europa, padre.

—Pero para ello necesitas dinero y un trabajo Karam.

—Lo sé padre, lo sé. Tengo una gran cantidad de dinero ahorrada, aunque únicamente me llegaría para tres o cuatro meses. Ganaré dinero trabajando en mis ratos libres en el locutorio de un viejo amigo. Si no me dedicaré a ganarme la vida de cualquier otra forma.

—Por el trabajo no te debes preocupar, hijo —dijo mi padre con una leve sonrisa entre sus labios —. Sabía desde hacía varios meses que estabas organizando tu viaje al continente europeo y por este motivo yo también te he preparado una sorpresa.

Boquiabierto, absorto y confuso; así me quedé. Llevaba mucho tiempo organizando mi viaje a España de la forma más secreta posible. Solamente un par de personas conocían los detalles de este viaje y mi padre no era una de ellas. Entonces me di cuenta de lo bien que me conocía mi padre, de lo que sabía de mis inquietudes y de mis sueños sin haber hablado nada de este tema con él, de lo que conocen realmente los padres a los hijos sin tener que cruzar demasiadas palabras. Esto me alegró muchísimo.

—¿Te he sorprendido, verdad? —me dijo mi padre mientras soltaba una enorme carcajada—. No me preguntes cómo me he enterado de tu viaje. Te conozco lo suficiente como para saber que este es uno de tus sueños y por ese motivo voy a hacer todo lo posible para que se cumpla. No vas a trabajar en ningún locutorio. Te vas a encargar de llevar mis negocios en el territorio peninsular, con la responsabilidad y el peligro que ello conlleva. Las cosas en España no están como aquí en Marruecos, así que tienes que llevar mucho cuidado. Allí la justicia es muy dura y el soborno no es tan sencillo como en nuestro país. Por este motivo debes estar siempre alerta y no fiarte nunca de nadie. Las penas por tráfico de drogas son durísimas, aunque las cárceles españolas son mucho más habitables que nuestras prisiones. Toda esta información la conozco de primera mano puesto que muchos de mis intermediarios y amigos han pasado por esas cárceles. En los próximos días te explicaré detalladamente cual será tu función al otro lado del estrecho, aunque realmente ya conoces como funciona el negocio familiar.

Si mi perplejidad había sido tremenda al conocer el beneplácito de mi padre ante mi viaje, esta fue aún mayor al enterarme que iba a encargarme de parte de sus negocios de tráfico de hachís en España. Mi familia llevaba varias décadas dedicándose a la plantación y tratamiento del cannabis para su posterior exportación al continente europeo. Mi padre era uno de los principales exportadores de hachís de la región del Rif, y por este motivo era muy conocido y apreciado en el norte de Marruecos.

El tratamiento del cannabis en Marruecos es ilegal, aunque en la mayor parte de los casos las autoridades marroquíes hacen la vista gorda ante estas irregularidades. La plantación de este cultivo es una de las principales actividades económicas del Rif y por esta razón el gobierno de Marruecos acepta esta situación. La región del Rif es una zona muy atrasada económicamente, de

ahí la importancia que tiene la industria del cannabis en la zona. Con este negocio mi padre daba trabajo a centenares de personas. Por esta razón era tan querido entre las clases humildes de Ketama. Además la visión que se tiene en Marruecos del cannabis no es tan peyorativa como la que se tiene en el mundo occidental. Nosotros siempre hemos convivido con esta planta y su cultivo ha sido habitual en esta zona desde antaño. En cuanto a su consumo, el Corán no lo prohíbe directamente, siempre y cuando sea en pequeñas cantidades, al contrario que el alcohol, por lo que es una práctica habitual en todas las clases de la sociedad marroquí.

Mi familia era una de las más adineradas de la zona y todo gracias al cultivo y tráfico de esta planta adormidera. Por ello me enorgullecía que mi padre hubiese pensado en su hijo pequeño para que llevara el negocio familiar en España. Mis dos hermanos mayores, Mohamed y Abu, llevaban involucrados en el negocio familiar más de diez años, encargándose de la comercialización de este producto en el norte de África, para su posterior distribución a distintas partes de Europa. En el viejo continente eran otros los que se encargaban del contrabando de hachís, siendo la mayoría de ellos viejos amigos de mi padre.

A partir de entonces iba a ser yo el administrador del negocio de mi padre en el territorio peninsular, con la responsabilidad y el peligro que esto iba a suponer para mi persona. Pero esto no me importó en ese instante, ni siquiera pensé en eso. Lo único que me importaba era que mi sueño de vivir en el mundo occidental iba cogiendo forma, y de qué manera. Mi sueño de conocer mundo y de ir ampliando mis conocimientos a la vez, empezaba a ser una realidad. Una realidad que había sido un tanto utópica hasta el momento en que mi padre pensó en mí para continuar con el negocio familiar en España. De esta forma podría seguir con mis estudios, enriquecerme en poco tiempo y ayudar a mi familia.

Solamente estaría implicado de forma directa en el tráfico de hachís durante unos años, tras los cuales me iría desvinculando del negocio de forma paulatina para vivir una vida tranquila como escritor, investigador o algo similar que me permitiera ampliar mis conocimientos sobre la lengua árabe y el mundo occidental. O eso creía yo en ese momento. Pero lo que yo no sabía en aquel instante era que el mundo del narcotráfico es un mundo bastante complejo en el que se sabe cuándo uno entra pero no cuándo uno puede salir. Los negocios ilegales siempre te permiten ganar importantes sumas de dinero, y adentrándome en este ambiente de tráfico ilegal de hachís se me abrían nuevos, apetecibles pero, a la vez, peligrosos caminos.

Durante la última semana de agosto fui dándole los últimos flecos a mi viaje a España y organizando mi estancia en la ciudad andaluza de Granada. Tenía que estar allí a principios de septiembre para poder cumplimentar la matrícula de la universidad y empezar así la carrera de Filología Hispánica. Al tener visado de estudiante no levantaría ninguna sospecha ante las autoridades españolas, lo cual me permitiría encargarme del negocio familiar con total tranquilidad. Además mi padre me entregó una importante cantidad de dinero con la que podría pagarme mis primeros gastos y organizar un negocio tapadera en el cual blanquear parte del dinero proveniente de la venta del cannabis.

Mi llegada a España se produjo en septiembre de 2003 por medio de un vuelo de Iberia procedente del aeropuerto Mohamed V de Casablanca. Eran las cinco y diez de la tarde y el vuelo tan solo había durado algo más de hora y media. El aeropuerto de Barajas se encontraba en ese momento repleto de gente que iba de un lado a otro intentando encontrar su equipaje o su puerta de embarque. Mi único objetivo en ese instante no era otro que el de recoger mis maletas y encontrar la salida de la terminal de llegadas lo antes posible.

El último obstáculo que me quedaba para entrar en el territorio español era la aduana. Fue en ese mismo momento cuando me di cuenta del trato que ciertas autoridades policiales españolas daban a muchos individuos procedentes de los países del Magreb. Afortunadamente yo no tuve excesivos problemas, exceptuando la media hora en la que la Guardia Civil se dedicó a inspeccionar mi equipaje entre risas y bromas xenófobas de muy mal gusto. Este fue mi primer contacto con las autoridades policiales de este país, en el que sentí que me daban un trato un tanto despectivo. Horas antes, cuando me despedía de mi familia al otro lado del Estrecho de Gibraltar, mi padre ya me había advertido de la facilidad de la Policía española para mofarse de muchos jóvenes magrebíes.

El momento de la despedida de toda mi familia fue uno de los más duros de mi vida puesto que a muchos de mis familiares no los he vuelto a ver desde entonces. No puedo borrar de mi mente la imagen de mi madre llorando mientras se abrazaba a mi padre, quien a la vez me dirigía una mirada llena de confianza y seguridad. Esa mirada me llenó de fuerza, al igual que la estampa de mis dos hermanos despidiéndome entre gritos y carcajadas como si me fuese a competir a unas olimpiadas.

Tras el exhaustivo control de aduanas recogí mi equipaje y logré llegar a la puerta de salida de la terminal de llegadas. Mientras la cruzaba observaba al otro lado de la puerta a un mar de gente que esperaba tras una pequeña barrera metálica a algún familiar o amigo que venía de viaje. Empecé entonces a fijarme entre ese tumulto de personas para ver si podía reconocer a algún amigo. Después de unos segundos de incertidumbre y confusión examinando las caras de la gente una por una, conseguí reconocer a mi viejo amigo Sofian que iba acompañado por Hakim, hombre de negocios que ayudaba a mi padre en España. A Hakim solamente lo había visto un par de veces en persona cuando todavía yo era un niño, aunque en realidad no había cambiado prácticamente nada físicamente. Era un hombre muy alto y fornido, por encima del metro ochenta y cinco. Tenía la cara redonda como un pan de kilo, asomando bajo esta una ligera papada. En su rostro destacaba una gran cicatriz en el entrecejo que llegaba hasta el final de su frente, la cual daba un toque duro a su presencia. En cambio Sofian, uno de mis mejores amigos de la infancia, había cambiado muchísimo desde la última vez que lo había visto cuando ambos teníamos trece años. Ahora era todo un hombre, bastante alto y esbelto, con las facies de la cara muy marcadas y los ojos algo hundidos. Además se había dejado crecer la característica barba islámica en la que ya se asomaba alguna cana que otra. Aun así lo reconocí nada más verlo, justo en el momento en el que nuestras miradas se cruzaron. En ese instante le dediqué una enorme sonrisa que él me devolvió al momento.

En seguida me dirigí hacia ellos, y tras soltar mis maletas, saludé a Hakim con cuatro

besos, al igual que a Sofian, aunque con este último me fundí en un interminable abrazo. En ese intervalo de tiempo en el que estaba abrazado a mi viejo amigo pasaron por mi cabeza múltiples recuerdos de la infancia que provocaron que apareciera en mi rostro una ligera mueca de satisfacción. No recuerdo el tiempo exacto que estuvimos abrazados, pero los recuerdos en mi mente fueron infinitos.

—¿Te acuerdas de la última vez que nos vimos, Karam? —me preguntó mi viejo amigo.

—Claro que lo recuerdo. Teníamos trece años y jugábamos al fútbol en el solar que había detrás de casa. Llegaste con tu hermano y os despedisteis de forma rápida y breve. Todos creímos en ese momento que te ibas solamente para unos meses, y mira, hasta ahora. Han tenido que pasar doce años para volvernos a ver. La de vueltas que da la vida, ¿no?

—Pues sí, Karam, yo también pensé en aquel momento que en varios meses iba a estar de vuelta, pero no fue así —asintió Sofian—. Mi padre tenía en aquellos tiempos graves problemas con el gobierno de Hassan II, ya que no compartía muchos de sus ideales políticos y estaba totalmente en contra de su poder absoluto. Mi familia siempre se ha manifestado bastante progresista, algo que nunca encajó con el conservadurismo de Hassan II. Por este motivo tuvimos que exiliarnos y solicitar asilo político aquí en España. Yo me enteré de toda esta historia varios años más tarde.

—Sí, yo también había oído algo en casa sobre este tema aunque no presté mucha atención. Era casi un niño. Bueno lo trascendente ahora es que nuestras vidas se vuelven a encontrar. Vayamos al hotel y durante el camino nos vamos poniendo al día.

Salimos de la terminal de llegadas y nos dirigimos al parking del aeropuerto de Barajas entre una gran marabunta de gente. Tras cinco minutos buscando el coche de Hakim finalmente encontramos su Mercedes Benz. Dejé mis maletas en el maletero del coche y me senté en la parte trasera de este junto a mi viejo amigo, mientras Hakim se ponía a los mandos del volante.

El trayecto del aeropuerto al hotel apenas duró treinta y cinco minutos, pero Sofian y yo lo aprovechamos al máximo. En ese margen de tiempo le puse al día de la situación en Marruecos, detallándole los sucesos más interesantes de los últimos meses. También hablamos sobre temas más concretos y personales como la situación de algunos familiares suyos de Ketama o de sus viejos amigos del barrio. Sofian se mostró contento por como se desarrollaba la vida en su ciudad de origen.

A la vez, él me fue relatando de manera concisa su situación en aquel momento y como iba su vida en la ciudad de Granada. Según me contó, vivía solo en el número doce de la calle Elvira, situada en pleno centro de la ciudad, cerca de la catedral granadina. Se dedicaba a estudiar Filología Árabe en la universidad, además de dirigir un locutorio propiedad del viejo Hakim. El resto del tiempo lo dedicaba a estudiar el Corán, libro sagrado de nuestra religión, y todo lo relacionado con la cultura islámica. Desde pequeño le había encantado el tema del islamismo. Recuerdo que durante nuestra niñez siempre fue muy ortodoxo con todo lo relacionado con el islam. Yo siempre conseguía enfadarle tocándole algún tema delicado de nuestra religión, haciéndole llorar mientras iba corriendo a decírselo a su padre.

Aunque me considero musulmán nunca compartí con él ese entusiasmo fanático respecto a la religión mahometana. Según me comentó, su fanatismo empezó a radicalizarse todavía más a partir de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, puesto que desde esa fecha el movimiento islámico había podido desarrollarse con mayor poderío gracias a la popularidad conseguida con las actividades terroristas.

Cuando nos quisimos dar cuenta nos encontrábamos en la puerta de nuestro hotel, situado al lado de la M-30, justo detrás de la plaza de toros de Las Ventas. Por este motivo debimos dejar nuestra conversación sobre el islamismo a medias para alojarnos en él. Era uno de esos hoteles

lujosos de la cadena NH donde sus trabajadores te dan un trato exquisito pese a ser tú igual de pobre que ellos. Solicitamos en recepción una habitación para tres personas en la que nos alojaríamos una noche, ya que Hakim debía realizar unos negocios en Madrid antes de volver a Granada.

Sofian y yo subimos a nuestra habitación mientras Hakim salía de nuevo del hotel para dirigirse a un encuentro que tenía concertado en una cafetería cercana. Hakim era un hombre muy ocupado y siempre estaba de un lado para otro intentando cerrar alguna negociación sobre narcotráfico. Aprovechaba cualquier momento y lugar para intentar cerrar algún trato. Era una persona muy inteligente y un gran negociante. Él siempre se encargaba de cerrar los acuerdos y eran otros los designados para transportar la mercancía. Hakim nunca cargaba con la materia prima encima y no le gustaba que la gente fumara cannabis junto a él en la vía pública. Era muy meticuloso con el tema del narcotráfico, hombre muy dogmático y de ideas firmes. No le gustaba llamar la atención por ninguna causa. Mi padre me explicó que Hakim iba a ser mi tutor en España en relación al tema del tráfico de hachís, con lo que debía aprender mucho de él.

Mientras Hakim se encontraba fuera, mi viejo amigo y yo aprovechamos para ducharnos y comer algo ligero en el hotel. Eran las ocho y media de la tarde cuando salimos de nuevo del hotel NH. En ese momento fuimos hacia la mezquita de la M-30, situada a escasos metros de nuestro alojamiento. Sofian quería visitar a algunos amigos que se encontraban allí, pero sobre todo esperaba poder charlar tranquilamente con su gran amigo egipcio Mohamed Begga, imán de dicha mezquita.

Tras saludar a varios amigos de Sofian fuimos hacia el lugar en el que se encontraba Mohamed, que en ese momento se hallaba sentado charlando con varias personas.

Mohamed Begga Ali, que era su verdadero nombre, era un señor de unos cuarenta años que vestía con la típica chilaba musulmana. Tenía el pelo al raso, una cara muy redondeada y una pequeña perilla en la que aparecían algunas canicies, muestra de su madurez. Nada más vernos se levantó y saludó a mi amigo como si llevara mucho tiempo sin saber nada de él.

—¡Cuánto tiempo sin verte! —dijo Mohamed Begga.

—Sí, la verdad es que llevaba varios meses sin poder visitar la capital —respondió Sofian.

—¿Qué te trae por aquí, Sofian?

—He venido a Madrid a recoger a mi amigo que ha llegado hoy desde Casablanca. No podía volver a Granada sin hacerte una visita. Este es Karam, un viejo amigo de la infancia.

—Encantado de conocerte, Karam —respondió Mohamed—. Los amigos de Sofian son mis amigos. Si necesitas alguna cosa solo tienes que pedírmela.

—Igualmente. Es todo un placer conocer a alguien tan importante y respetado como tú.

En ese instante nos dirigimos los tres hacia un lugar en el que ellos pudieran hablar con mayor tranquilidad, en las inmediaciones de la mezquita. Sentados en un banco, se enzarzaron en una conversación sobre religión que para nada me pareció interesante, por lo que opté por dar un tranquilo paseo mientras ellos dialogaban.

Madrid oscurecía en ese instante, el sol buscaba descanso en el horizonte. Toda la zona circundante a la mezquita estaba repleta de gente de características magrebíes que me saludaban cordialmente al pasar junto a ellas. Esto era de agradecer en una tierra en la que me sentía totalmente extraño. Era un inmigrante marroquí que había llegado a España para cumplir sus sueños, pero que de momento había sido bien recibido en una tierra que durante muchos siglos había estado poblada por musulmanes. Mientras paseaba meditaba sobre mi familia, mis sueños y mi futuro. Dudaba si la decisión de trasladarme a la Península Ibérica había sido la más acertada.

Por momentos el miedo y el vértigo a lo desconocido se apoderaban de mí. Pero tenía que ser fuerte. Únicamente llevaba unas horas en el territorio peninsular. Lo bueno aún estaba por llegar.

Cuando me quise dar cuenta, llevaba una hora y media paseando, así que de nuevo me dirigí a las inmediaciones de la mezquita donde se encontraba mi amigo Sofian. Eran las once menos cuarto de la noche y debíamos volver al hotel. Mientras me acercaba al lugar de reunión en seguida observé que el grupo de contertulios había aumentado. Ya no eran solamente Mohamed y Sofian los que conversaban, sino que se les había unido un grupo de cuatro personas más que en ese momento eran totalmente desconocidas para mí. Conforme me fui acercando a ellos observé que los cuatro desconocidos empezaron a mirarme desafiantes y con recelo. Sofian y el imán permanecían de espaldas a mí. Uno de ellos se dirigió al imán haciendo referencia a mí y todos se volvieron hacia el lugar por el que yo venía andando. En cuanto Sofian me vio se dirigió a sus amigos y les dijo algo en voz baja. Supongo que les comentó que yo era un viejo amigo y en ese instante todos cambiaron sus rostros dirigiéndome un guiño. La falsedad con la que me miraron los cuatro desconocidos fue totalmente perceptible, al igual que el ambiente de secretismo y misterio que rodeaba a todos los allí presentes. Todo esto no me gustó nada.

Finalmente llegué al banco donde se encontraban reunidos y me presenté a los cuatro desconocidos como un viejo amigo de Sofian. Todos me saludaron sonrientes, aunque me resultó extraño que ninguno de ellos me dijera su nombre. En seguida percibí que en esa conversación tan interesante que mantenían sobraba yo, por lo que le dije a Sofian que me iba al hotel. Aunque muy a su pesar, mi amigo se tuvo que despedir de sus contertulios. Mientras yo me alejaba andando mi amigo se despedía del imán y de los restantes compañeros. Justo en ese instante conseguí oír el apodo de uno de los allí presentes, ya que Sofian se despidió de uno de ellos con un “nos veremos pronto Italiano”. Su nombre se quedó grabado en mi memoria.

Mientras nos alejábamos de la mezquita en dirección al hotel noté que Sofian estaba poco hablador.

—¿De qué estabais hablando en el instante en el que yo he llegado? —le pregunté.

—De nada en concreto —respondió él con la voz un tanto titubeante—. Únicamente manteníamos una pequeña tertulia sobre un tema específico del islam. Ya sabes que me apasiona todo lo relacionado con nuestra religión.

—¿Y qué tema es ese?

—Conversábamos sobre el concepto de la yihad, —respondió Sofian, mientras dejaba de caminar—. Concepto bastante ambiguo que hace que cada uno lo interprete a su manera. Yo defino el término de la yihad como guerra santa, aunque muchos musulmanes no comparten esta opinión. La yihad es la guerra que nos encomendó Mahoma a través del Corán para combatir a todo aquel que no fuera creyente. Por este motivo la yihad es considerada por muchos como el sexto pilar del islam. Así que tenemos que llevar a la práctica esta guerra santa.

—¿De verdad piensas así? —pregunté confuso—. Un estudioso del Corán como tú debería saber que la palabra yihad significa esfuerzo en el camino de Dios y no guerra santa. Ese esfuerzo en el camino de Dios habla de una lucha interna destinada a lograr mejores individuos, espiritualmente más elevados, mejores personas. El concepto ha sido malinterpretado. Este significado de guerra santa de la palabra yihad ha sido utilizado por muchos dirigentes políticos para justificar múltiples conflictos, normalmente para legitimar intereses geopolíticos o económicos. El Corán cita el conflicto armado pero solamente si es de carácter defensivo y no de carácter ofensivo. Pienso que este término tiene un carácter enigmático que permite múltiples interpretaciones por lo que cada uno que lo descifre como quiera. El buen musulmán principalmente intenta ser buena persona, por lo que tu concepto de yihad choca frontalmente con la idea de buen musulmán.

—Piensas igual que Mohamed y estás muy equivocado —contestó Sofian muy excitado—. El verdadero musulmán es aquel que defiende la guerra santa contra el no creyente y la lleva a la práctica.

—¿Y qué entiendes tú con llevarla a la práctica, Sofian?

—Nada, déjalo —respondió Sofian con gran nerviosismo—. Mejor será que olvidemos el tema y nos dirijamos al hotel, que se ha hecho bastante tarde.

—No me apetece dejar el tema. Quiero saber por qué tus amigos me han mirado desafiantes mientras me acercaba a vosotros. Quiero saber por qué ese secretismo y ese misterio que os rodeaba a los seis cuando he llegado. ¿De qué cojones estabais hablando realmente?

—¡Ya te lo he dicho Karam! —gritó mi amigo totalmente fuera de sí—. No quiero hablar más de este tema, así que sigamos caminando y dirijámonos al hotel. Solo quiero llegar al hotel y acostarme.

Si lo que había visto en las inmediaciones de la mezquita me había dejado algo desorientado, la conversación que acababa de mantener con mi amigo de la infancia me dejaba totalmente aturdido. No entendía ese ambiente enigmático y de ocultismo, y menos aún, el tono tan agresivo e irritable que había mantenido Sofian en nuestra conversación. Supongo que sus motivos tendría para no contarme en ese momento lo que realmente habían hablado en aquella reunión informal. Llegué a la conclusión de que eran asuntos personales y que no debía indagar más en el tema.

Eran las once y media de la noche cuando llegamos de nuevo al hotel. Cuando solicitamos la llave de la habitación en recepción, nos comunicaron que Hakim ya se encontraba en ella. Nos acostamos sin cruzar palabra el uno con el otro. Estábamos cansados y era tarde. Al día siguiente nos esperaba un largo viaje en coche hasta Granada.

Desde pequeño siempre había oído hablar de Granada como una ciudad maravillosa, mágica, hechizante, una ciudad con un encanto especial. Al igual que otras ciudades españolas de tradición musulmana, Granada era admirada en gran parte del ámbito marroquí.

Mi padre, que había visitado en varias ocasiones la antigua capital del reino nazarí, siempre hablaba maravillas de esta urbe. En multitud de ocasiones me había dejado embobado cuando me narraba los diferentes encantos de Granada.

—Es una ciudad con un embrujo especial; el aire huele distinto en esta ciudad; la noche embauca todos tus sentidos hasta dejarlos en un estado embelesado, extasiado. ¡Qué bonitas son las noches granadinas, qué bonitas y qué recuerdos, hijos míos! —nos contaba mi padre a mí y a mis hermanos durante nuestra niñez.

Eran las diez y media de la mañana cuando nos adentramos por la A-92 hacia el casco urbano granadino. Me desperté al sentir el aire que coqueteaba con mis mejillas. Un aire puro y fresco entraba por algún lugar del vehículo. Sofian había bajado la ventanilla del copiloto mientras sacaba su brazo al exterior del coche. Intenté descifrar qué podía tener este aire fresco de distinto, pero en aquel momento, solamente me pareció eso, aire.

Al abrir mis ojos pude verla a ella, inmensa como la había imaginado, protectora de la ciudad durante miles de años, la montaña que la nutre y a la vez le da vida: Sierra Nevada. Estaba

totalmente desnuda, virgen, sin ningún lienzo blanco que tapara su extraordinario cuerpo. Cruzamos Granada mientras Hakim me iba explicando parte de la historia de la ciudad. Con mi cabeza apoyada en la ventanilla del viejo Mercedes Benz, podía ver los numerosos vestigios hispanomusulmanes que todavía se conservaban. Finalmente a mediodía llegamos a nuestro destino final.

Hakim aparcó el coche cerca de la Plaza de Bib-Rambla, en esos momentos totalmente repleta de transeúntes. Bajé del coche y estiré mis sobrecargadas piernas tras el largo viaje. Después de recoger mis bultos nos dirigimos hacia casa de Hakim, que en breve iba a ser también mi nueva casa. Subimos hacia la calle Zacatín y en la misma plaza giramos a la izquierda. Caminé unos pasos y al entrar en la calle Ermita, una bocanada de aroma árabe invadió cada uno de mis sentidos. Mi piel se erizó por momentos. La nostalgia se apoderó de mí. Era como estar en una de las estrechas y angostas callejuelas del zoco de Ketama. La calle estaba repleta de pequeños puestos de vendedores en las puertas de las tiendas. A izquierda y derecha podías ver objetos de todo tipo, procedentes de lugares tan distantes como la India, África o el Próximo Oriente, además de recuerdos de la ciudad. La tradición mercantil árabe estaba reflejada en esa callejuela, en esos objetos, en la cara de cada uno de esos comerciantes musulmanes.

Fuimos penetrando hacia el interior de la calle, repleta de turistas y tenderos, a la vez que Hakim iba saludando a todo musulmán que se cruzaba en su camino. Alguno de estos le hacía una pequeña reverencia a su paso. Me pude percatar en ese momento de que el buen amigo de mi padre era alguien importante y reconocido en el barrio.

La arquitectura de la zona era la propia de un pasado sarraceno. Aparecían arcos de medio punto, arcos de herradura o arcos lobulados. En algunas paredes se reflejaban decoraciones tan propias del mundo islámico como la decoración en ataurique, la decoración cúfica o la decoración geométrica. Estábamos en el barrio granadino de la Alcaicería, a las espaldas de la catedral. Este iba a ser mi nuevo barrio.

Hakim vivía en el número siete de la calle Tinte, justo al lado de la Catedral de Granada, en otros tiempos mezquita nazarí. Era una casa de dos plantas a la que se accedía a través de un viejo portal reformado. La fachada era de un color amarillo azafranado, a la cual se asomaban dos pequeños balcones con balaustres de color negro decorados con coloridas y variadas plantas.

Al subir las escaleras podías percibir ese aroma que desprenden algunas casas antiguas, esa fragancia a ranciedad y humedad. En el primer piso se encontraba su casa, estando el segundo piso distribuido en dos dependencias para las visitas. Una de ellas era la mía. Al abrir la puerta noté un fuerte olor a lejía. Tenía un pequeño pasillo, una cocina comedor, un baño y, al fondo, un dormitorio. Mi habitación estaba impecable, limpia y pulcra, provista de una cama de matrimonio, un armario antiguo y un gran escritorio. Hakim había hecho instalar todas las comodidades necesarias para un joven de mi edad. Tenía un gran televisor, hilo musical, un gran escritorio con ordenador y aire acondicionado. Era todo lo que necesitaba para poder empezar a caminar en esta nueva tierra.

Hakim y Sofian me dieron unos minutos para que ordenara mi equipaje y me acomodara. Bajaron a casa de Hakim a dejar sus cosas. Mientras tanto allí me encontraba, tirado en la cama boca arriba, mirando al techo y pensando en todos los sueños que quería hacer realidad. En ese momento, en ese minuto que estuve abstraído pasaron por mi cabeza miles de imágenes: mi familia, mi país, mis estudios y el negocio de mi padre, por supuesto.

Tardé varios días en arreglar la documentación relacionada con la Universidad de

Granada. Este tiempo me permitió adaptarme a la nueva ciudad con sosiego, sin prisas. Había decidido matricularme en cinco asignaturas únicamente para poder dedicarle el tiempo necesario al negocio familiar. Aquí empezaban a tomar forma dos de mis sueños: conseguir una mayor formación universitaria que me continuara abriendo puertas en la vida y disponer del dinero suficiente para poder viajar y conocer mundo.

Esta primera semana en la antigua capital del reino nazarí fue la que más me maravilló. Fueron durante estos días cuando descubrí los encantos granadinos de los que me había hablado en tantas ocasiones mi viejo camarada argelino en el zoco de Ketama mientras disfrutábamos del relajante aroma de nuestra particular pipa de la paz.

Uno de los primeros lugares que visité en estas primeras semanas fue la antigua fortaleza palacio de la Alhambra. Me habían hablado tanto de ella que necesitaba conocerla en persona. Eran tantos los embrujos y maravillas que habían recitado sobre ella, que algunos la catalogaban como una de las siete maravillas del mundo del momento.

Tardé una jornada entera en recorrerla. Me deslicé por cada uno de sus seductores rincones. Olí cada uno de sus perfumados jardines. Jugueteé con el agua de cada uno de sus inocentes estanques. Me detuve ante cada mínimo detalle, ante cada celosía, admirando la técnica del estuco utilizada por mis antepasados musulmanes. Observé embobado durante horas los mocárabes y las yeserías de techos y paredes. Absorto, intentaba encontrar algún error en sus yeserías, algún fallo, por pequeño que fuera. Pero no encontré ni uno solo. Paseé por la antigua alcazaba y por el Patio del Mexuar, caminé por el Patio de los Arrayanes y por el Salón de Comares, anduve por el Palacio de los Leones y por el Partal, llegando a decepcionarme únicamente en el momento en que me topé con el Palacio de Carlos V. Su factura era bella, pero no entendía esa construcción civil renacentista en aquel paraíso del arte nazarí. Rompía totalmente la estética islámica de la Alhambra andalusí, era como una grosera verruga en la cara de una bella princesa.

Intenté olvidar aquella tosca imagen impregnando mis sentidos de ese olor a antiguo que desprendían las paredes de la fortaleza roja. Cerré mis ojos e imaginé la vida en aquel lugar en época remota. Pude ver al emir Boabdil llorando en su trono antes de entregar las llaves de la ciudad a los ejércitos cristianos. Adoraba imaginar la vida de este palacio en otra época. Me hubiera encantado poder vivir aquellos años tan trascendentales para el último territorio andalusí de la Península Ibérica.

Disfruté del atardecer desde el Generalife viendo como el sol se marchaba por el horizonte. En aquella fresca y ventosa tarde de septiembre, el verano se empezaba a despedir con cierta tristeza, sabor que pasarían meses hasta volvernos a ver. Finalmente los trabajadores del antiguo palacio nazarí me tuvieron que despachar de forma amable y salí del recinto con la sensación de haber estado en un lugar construido por y para los dioses.

Maravillado todavía por lo percibido durante el día llegué a casa exhausto, me di una ducha relajante y, después de cenar, me acosté.

A la mañana siguiente me desperté al alba, escuchando las oraciones de mi amigo Hakim en dirección sudeste. En ese momento descubrí que en mi propia habitación disfrutaba de unas vistas espléndidas. Abrí la ventana, me asomé y la vi a ella, la que protege y da vida a la ciudad desde su creación. Ahí estaba inmensa, brillante, protectora. Cada vez que miraba a Sierra Nevada me llenaba de vida y me daba fuerza, era como si me transmitiera energía. Desde un primer momento entablé con la sierra una relación de eterna admiración. Me hacía sentirme pleno

nada más despertarme.

Esa mañana me dirigí con Sofian al que iba a ser mi negocio tapadera. Tras salir de la Alcaicería y dejar atrás la catedral, cruzamos Gran Vía Colón.

Aquí se iba a situar mi nuevo negocio. Al doblar la esquina pude ver perros hambrientos tumbados en Calle Elvira buscando una arista de sol; turistas alocados tras un bar espacioso en el que calmar sus ansias por una cerveza y una tapa; hippies sosegados tirados con desdén, con litrona y porro acompañando el momento; musulmanes negociantes en las puertas de sus comercios intentando convencer al turista de que tenían productos artesanales de valor incalculable a un precio calculador. Este iba a ser el eje comercial en el que se desarrollaría mi actividad especulativa durante los próximos años.

Mi negocio tapadera era un locutorio situado en una esquina de Calle Elvira, entre el Bar Boabdil y el Zoco Tudmir. El Locutorio Ketama apenas llevaba unos días en funcionamiento, esperando mi llegada para poder despegar con total tranquilidad. Este tipo de negocio no levantaría la más mínima sospecha entre las autoridades policiales españolas, puesto que estaría regentado únicamente por colegas musulmanes.

Un locutorio no requería mucho tiempo de dedicación para su funcionamiento. Un empleado de confianza debía controlar que el establecimiento tuviera vida, que siempre estuviera lleno de gente para, de este modo, no levantar sospechas entre el vecindario. Mi función consistía en supervisar el negocio y blanquear parte del dinero procedente del narcotráfico a través del locutorio. Este sería mi centro de operaciones, aunque la base del negocio familiar se seguía encontrando en mi ciudad de origen. Granada solo era otro de los puntos clave del Mediterráneo dentro del tráfico de hachís.

Aquella mañana de principios de octubre me desperté con el bullicio propio de los puestos de mis convecinos. El sol, que entraba a través de la ventana entreabierta, coqueteaba con mi espalda descubierta, deslizándose por ella como si de un tobogán se tratase. El aire descendiente de la sierra era fresco y puro, saturado de naturaleza. Con los ojos totalmente cerrados inspiraba este soplo de vida, pensando que me encontraba en medio del campo, en un ecosistema totalmente distinto al que habitaba. Cuál fue mi sorpresa al abrir los ojos y verme entre esas cuatro paredes grises, sin sustancia.

Después de comer algo bajé rápido en dirección al locutorio Ketama. Al entrar por la puerta saludé a los allí presentes y me encerré en mi despacho.

Mi negocio marchaba con mucha fiabilidad. Después de un mes y de la ayuda de Hakim yo podía dirigirlo con total libertad. Hakim y yo formábamos un equipo inquebrantable. Desde Granada podíamos supervisar parte del hachís que entraba en la península por el sur. Teníamos puntos estratégicos por toda la costa andaluza y murciana. Nuestros principales desembarcos se realizaban en Almería, Málaga, Cádiz y Cartagena, desde donde se distribuía la mercancía al resto de España. Esta tarea la podíamos realizar gracias a la contribución de muchos trabajadores de aduanas que por un módico precio se prestaban a colaborar con nosotros.

Sentado frente al ordenador, me encontraba gestionando la llegada de un alijo de quinientos kilos a las costas de Granada procedente de Nador. Debido a la creciente vigilancia del litoral almeriense y malagueño en las últimas semanas teníamos que desviar gran parte de nuestra mercancía hacia la costa de Motril, algo desprotegida ante estas incursiones norteafricanas. El desembarco debía producirse en torno a las doce del mediodía en el puerto de Motril. En ocasiones era más seguro intercambiar la mercancía en mar abierto por medio de una barcaza de pescadores, puesto que de esta forma no levantábamos demasiadas sospechas. Esta fue la técnica utilizada en esta ocasión. Con la colaboración de nuestros amigos de aduanas del puerto no tendríamos ningún problema para cargar el doble fondo del camión con el hachís.

Era la una de la tarde y todo iba según lo previsto. El camión se dirigía en dirección a Almería por la carretera general, cumpliendo los plazos marcados hasta ese momento.

En ese instante oí la voz de Sofian acercándose. Había entrado en el locutorio. Tras unos segundos llamó a la puerta de mi despacho y entró. Mi alegría fue grande al verle. Llevaba dos semanas sin tener noticias de él.

—Veo que te alegras de verme, Karam —dijo mientras me abrazaba.

—¿Dónde te has metido estas dos semanas, Sofian?

—He estado en Madrid arreglando unos papeles —contestó con gesto serio—. Y tú, ¿qué tal llevas el negocio?

—La verdad es que todo funciona a las mil maravillas. Esto no es tan difícil como yo pensaba.

En ese preciso momento sonó mi móvil. Era el número del mensajero que conducía el camión.

—¿Qué pasa Ramón?, ¿va todo bien? —contesté.

—Sí, bueno no, no sé, aguarda un segundo.

Mientras me mantenía a la espera pude oír cómo Ramón hablaba con alguien sobre los papeles del camión.

—Ya está —contestó Ramón de nuevo—. Estoy parado en un control de carretera de la Guardia Civil. Me acaban de pedir los papeles del camión y de la mercancía que transporto.

—No te preocupes —le indiqué intentando tranquilizarlo—. Ante todo no te muestres nervioso delante de la benemérita. ¿Les has entregado los papeles del camión y de los tomates que transportas?

—Sí. Se los acabo de dar ahora mismo.

—Pues ya está. Tienes que estar tranquilo porque tienes todos los papeles del camión y de la mercancía en regla. De ninguna manera se pueden imaginar la sorpresa que llevamos en el doble fondo del camión. Bueno a menos que lleven perros. ¿No los llevan, verdad?

—Un segundo —respondió—. ¡Mierda, creo que sí!

Ramón dejó de hablar y la comunicación se cortó. Por un segundo el corazón me dio un vuelco. No quería imaginar que estaba sucediendo en ese control de carretera cerca de Almería. Si los perros olían la mercancía podrían detectarla. Además el muy desgraciado había marcado mi número de móvil nada más ver a las fuerzas del orden, con lo que yo sería uno de los primeros en ser localizado. Mientras me encontraba inmerso en un ataque de pánico, sonó de nuevo el móvil.

—¿Señor Karam?

—Sí —contesté preocupado.

—Todo está perfecto —dijo Ramón mientras se reía.

—¡No te rías imbécil! —grité airadamente—. Que sea la última vez que me llamas directamente a mi móvil. Ya sabes cuál es el procedimiento a seguir en estos casos. La próxima vez ponte en contacto con tu superior directo, nunca conmigo. ¿Lo entiendes, puto español de mierda?

—Perfectamente. Le pido disculpas señor Karam. Creo que no tenían perros. Han comprobado que toda la documentación estaba correcta y me han dejado marchar. Voy camino de Almería. En una hora estaré en el taller.

—De acuerdo, ya se pondrán en contacto contigo para darte nuevas instrucciones.

Fue entonces cuando me percaté de que Sofian todavía se encontraba en mi despacho esperando mantener una conversación.

—¿Va todo bien, viejo amigo? —preguntó Sofian.

—Sí. Estos españoles se ponen nerviosos a la primera de cambio, y lo que es todavía peor, me contagian ese nerviosismo a mí.

—Ya te he visto.

—Bueno, dime que te trae por aquí.

—Negocios, Karam, negocios. Necesito veinte kilos de hachís para un amigo de Madrid. Quiero que me hagas un buen precio. Si es así creo que te harás un buen cliente en la capital.

—Es amigo tuyo ¿no? Si me aseguras que este va a ser el inicio de una buena relación comercial le puedo hacer una oferta que seguro no va a rechazar. Aunque no es una cantidad muy grande le puedo dejar el kilo a ochocientos euros y si continúan comprándome mayores cantidades les podré bajar el precio un poco más. ¿Qué te parece Sofian?

—Creo que está bien, aunque tendré que hablar primero con él —contestó a la vez que me pidió con la mano mi móvil— ¿Puedo?

—Sí, claro.

Tras hablar con su amigo de Madrid nos pusimos de acuerdo en el lugar y la hora de entrega de la mercancía. En un piso alquilado por los amigos de Sofian en Albolote, cerca de Granada ciudad, el día 13 de octubre a las 15.30 horas.

Estábamos comiendo en Casa Paco cuando nos dimos cuenta de que eran casi las dos y media. Tras pedir la cuenta y pagarla, salimos del restaurante a toda prisa. Sofian se puso al volante y yo me senté a su lado. Nos esperaban en Albolote sus amigos de Madrid.

Durante el trayecto me estuve preguntando si realmente estos amigos de Sofian iban a ser buenos clientes. Si de verdad lo fuesen podríamos abrir un nuevo mercado en Madrid, aunque el comercio del hachís en la capital ya estaba muy controlado por otros clientes.

¿Eran estos amigos los mismos que conocí aquella noche en los alrededores de la mezquita de la M-30? No tenía un buen recuerdo de ellos, la verdad. El ambiente misterioso que les rodeó durante aquella reunión informal me sumía en la más honda desconfianza. Pero, ¿y si no eran ellos?, igual eran otros amigos de la capital. Y si realmente eran los mismos amigos, ¿por qué no darles una segunda oportunidad?

Mientras yo divagaba sobre los misteriosos amigos de Sofian, este paró el coche en una estrecha calle poco transitada.

—Ya hemos llegado —dijo mientras se bajaba del coche—. Es ese portal.

—Pues subamos entonces.

Tras tocar el timbre alguien nos abrió la puerta del postigo. Subimos las escaleras, Sofian delante y yo detrás de él. Era un cuarto piso. Golpeó tres veces la puerta con sus nudillos. Tras ella apareció un chico bastante joven, en torno a los treinta, con gafas, pelo corto y el pelo hacia un lado. Sus blancos dientes eran bastante grandes, se asomaban a través de sus labios incluso con la boca casi cerrada. Los rasgos de su cara parecían más orientales que magrebíes, aunque eran un tanto ambiguos. Tras saludar efusivamente a mi amigo se dirigió a mí y me saludó con cuatro besos. Nos invitó a pasar. Se llamaba Faysal.

Al entrar al salón vi que había otra persona allí, tampoco conocida por mí. Se levantó del sillón y saludó a Sofian. Se presentó muy educadamente como Abdel. Este era mayor que el primero, estaría en torno a los cuarenta. Los rasgos de su cara sí que eran totalmente magrebíes. Tenía una frente corta, la cara alargada como una pera y la mirada profunda. Sobre su mandíbula descansaba una espesa barba, propia del mundo musulmán.

Nos sentamos los cuatro en torno a una mesa. Uno de ellos sacó algo para beber, que por el olor en seguida percibí que era té pakistání.

Me alegré de ver que mis nuevos clientes no eran aquellos extraños amigos fundamentalistas de Sofian que había conocido en Madrid. Parecían buena gente, gente normal, únicamente interesada en comprar unos kilos de buena mercancía.

Faysal, al cual se dirigían sus amigos como el Chino, evidentemente por sus rasgos orientales, me preguntó por la mercancía. En ese momento realicé una llamada a los mensajeros que esperaban en un furgón aparcado en una calle paralela. Tras quince minutos se presentaron en el piso con dos cajas.

—Aquí tenéis lo que me habéis pedido— les dije a los amigos de Sofian.

—¿Están los veinte kilos? —preguntó el Chino.

—Compruébalo tú mismo.

Tras abrir las cajas, el Chino vio el material. Sacó las placas de hachís y las pesó todas juntas. Comprobó que la cantidad era la establecida. Cogió una de las placas y cortó un trozo. Se hizo un porro y probó la mercancía. Su sonrisa delató la calidad del aromático hachís. Estaban contentos con la mercancía. Mientras tanto Abdel se levantó y salió de la habitación. Al minuto volvió con una bolsa de papel.

—Aquí tienes el dinero acordado —dijo Abdel acercándome la bolsa.

—Veo que están los dieciséis mil euros, camaradas. Espero que este sea el inicio de una buena amistad. Por cierto Chino, ¿cuál es tu zona de distribución del cannabis?

—Lavapiés, prácticamente casi todas nuestras ventas se producen en este barrio madrileño. Mis amigos y yo queremos controlar el mercado de hachís en este barrio, aunque no es una tarea fácil.

Esa zona de Madrid no estaba controlada por ninguno de mis clientes de la capital, por lo que ninguno de ellos se enfadaría conmigo. Estábamos abriendo un nuevo campo de negocios en otro distrito madrileño. A Madrid destinaba el veinticinco por ciento de la mercancía con la que trabajaba. Era el mercado más grande de toda España y el de mayor rentabilidad. Por este motivo mandaba allí grandes cantidades de hachís de buenisima calidad. Me interesaba mucho que los amigos de Sofian estuvieran contentos con el género que compraban, puesto que era una zona no controlada todavía por mi clientela.

Después de despedirme cordialmente de mis nuevos amigos de Madrid, mi amigo Sofian me acompañó a la puerta. Él tenía que tratar unos temas pendientes con sus compañeros, así que decidió quedarse a pasar la tarde en Albolote. Me despedí de él con un fuerte abrazo.

Llegué a Granada a las cinco de la tarde. Había sido un día bastante duro. No me apetecía ir al locutorio todavía, por lo que me dirigí paseando hacia el barrio del Albaicín. Subí por la calle Reyes Católicos, cruzando Plaza Nueva. Tras pasar por la puerta del palacio de justicia, adornada siempre con dos guardias civiles, atravesé la Plaza de Santa Ana, tan maravillosa como siempre. Aquí, en este mismo punto es donde desaparecía bajo la ciudad el río Darro, el cual nutría a la Alhambra.

Adentrándome hacia El Paseo de los Tristes, oí el sonido del agua dulce revolotear a mi derecha, vi la vegetación que abrazaba al refrescante Darro, paseé por los empedrados puentecillos que vigilaban el apenado paseo. Casas antiguas y coloridas; ruinas pertenecientes a la Alhambra que resbalaban por la falda de la montaña hasta contactar con la ciudad; gente sonriente, taxis repletos, y extraños decadentes; piel de toro en una esquina; fotos con la misma postal de fondo; balcones de madera colgados de arcaicas fachadas restauradas. Todas estas imágenes, y alguna más, veía yo mientras subía por el paseo. Y a la vez que andaba por este recóndito lugar me preguntaba, ¿cómo puede tener tanta magia un paseo triste?

Este paseo en plena urbe, bajo la ladera de la antigua fortaleza nazarí, estaba en total contacto con la naturaleza. Verde, agua, tierra y más verde. Vegetación, árboles, hojas caídas, patos y gente, mucha gente. Todo esto combinado con la polución de taxis y minibuses que se adentraban entre los viandantes. Siempre que caminaba por este paseo me enamoraba, sin saber ni de qué ni de quién, pero me enamoraba. Era como si algo o alguien me sedujera cada vez que

atravesaba este apenado paseo.

Adentrándome por las estrechas y descoordinadas calles del barrio de San Pedro logré llegar a mi destino. Ahí estaba esperándome el Mirador de San Nicolás. Aquella tarde el sol descansaba sobre la Alhambra, acariciándola, deslizándose por su cuerpo, incrementando ese color rojizo tan característico de la fortaleza.

Allí encontré perros mordiéndose la cola, cervezas vertiéndose en bocas sedientas, rastas al viento, rayas en la ropa y porros en la mano. El mirador se asimilaba a una pequeña comuna hippy de finales de los sesenta. Me senté en un tramo de muro del lateral izquierdo de la plaza, justo enfrente de un vendedor de artículos de cuero. Pude ver productos artesanales tirados en el suelo sobre un tapiz. Pulseras, colgantes, collares, carteras, todo de elaboración manual. De fondo podía percibirse una guitarra española. Era Amador, al que había conocido días atrás, con la guitarra que su abuelo le había regalado en su infancia. Nos dirigimos una mirada y al segundo una pequeña sonrisa que interpreté como saludo de bienvenida. No me acerqué a saludarle porque se encontraba con sus primos tocando la guitarra, trabajando a la espera de unas míseras monedas.

Me encendí un porro y tras una honda calada, miré a la vieja fortaleza nazarí. Ahí estaba la Alhambra, a la tutela de Sierra Nevada, protegiendo a su pueblo desde la Edad Media, primero como castillo y más tarde como fortaleza palacio. La miraba y me transmitía serenidad, equilibrio y seguridad, aunque el porro también ayudaba a ello. El sol jugaba con la fortaleza nazarí provocando un pasmoso juego de luces anaranjadas y sombras tétricas. A los pies de ella podía ver a su pueblo, que también era el mío, bajo la ligera niebla que envolvía esos días la ciudad. Aquel lugar era embriagador, se podía respirar el embrujo de aquel mirador, de aquellas gentes, de aquella panorámica. Inflaba mis pulmones con aquel aire y me llenaba de tranquilidad. Entre tanto bullicio no era posible que existiera tanta serenidad.

¿Cuánta gente habría venido hasta este mirador de paso y se había quedado durante horas, días e incluso años? Este era el caso de Albert. Había llegado a la ciudad a finales de 1989, justo tras la caída del muro de Berlín. Había recorrido media Europa durante la Guerra Fría, pasando por los lugares más emblemáticos del viejo continente y, sin embargo, había establecido su campamento base desde aquel año bajo el campanario de la Iglesia de San Nicolás. Vivía a varias calles de la vieja iglesia, pero desde el alba hasta el atardecer permanecía en las inmediaciones de San Nicolás. Cada día tenía un amigo distinto, al que le contaba una de sus innumerables historias. Cada vez que lo veía me preguntaba a mí mismo cuánto saber podía tener dentro de sí.

Albert le llamaban, siempre sonriente y haciendo sonreír a la gente. En su mano derecha un pincel y en la izquierda un porro, que en ocasiones cambiaba por una cerveza. Tenía el pelo canoso y largo, sujetado por una cola sobre la que descansaba una vieja boina. Las gafas reposaban sobre su nariz aguileña, dorada por los, siempre bien recibidos, rayos de sol. Su cara estaba poblada por una densa barba grisácea. De vez en cuando se acercaba algún niño para jugar con él, pues a ninguno le negaba su amistad. Perros y niños revoloteando a su alrededor. Ese era Albert, siempre sonriente y haciendo sonreír a la gente.

Estaba yo observando como Albert entretenía a aquellos niños cuando de repente oí una voz.

—¿Tienes fuego? —me dijo una dulce voz a mi espalda—. Perdona, ¿me prestas tu mechero?

—Aquí tienes —respondí mientras me volvía para ver a quien pertenecía esa voz tan dulce.

Al levantar la mirada vi como la chica se encendía un cigarro. No tendría más de veinticinco años. Era morena, con el pelo corto recogido por una coleta. Los rasgos de su cara eran tenues y muy apacibles. Tenía los ojos negros y una mirada penetrante. Su piel dorada, como la de una magrebí. No me hubiera costado creer que era paisana mía si no hubiera sido por un

acento tan marcadamente granadino. Al levantarme me percaté de que no era muy alta, en torno al metro sesenta, puesto que era algo más baja que yo. De pie, la examiné más detenidamente. Llevaba unos vaqueros desgastados y caídos, además de una camiseta de tirantes de color rosa.

—Disculpa, ¿te ocurre algo? —me preguntó.

—No, no, estaba pensando.

—Como no dejas de mirarme con esa cara de idiota —dijo riéndose.

Me había quedado totalmente embobado mirándola y analizándola. Y ahí estaba de nuevo, analizando y disfrutando de su hermosa belleza.

—Bueno, aquí tienes tu mechero. Muchas gracias —respondió mientras se daba la vuelta.

—No, espera. ¿Te apetece fumarte algo? —le pregunté mostrándole un trozo de hachís.

—Claro, eso siempre.

Se sentó a mi lado, encima del muro. Le di papel, un cigarro y un trozo de hachís, y se puso manos a la obra. Pude ver que tenía experiencia en liar. Le dio una gran calada y me tiró el humo a la cara. No sé lo que me estaba ocurriendo en ese momento. Igual era el entorno, el mirador de San Nicolás, igual era el porro que me había fumado, pero estaba totalmente perplejo ante semejante preciosidad. Mi corazón palpitaba a mil por hora, estaba nervioso y eufórico a la vez.

—Bueno, ¿cómo te llamas?

—Karam, me llamo Karam, ¿y tú?

—Yo, Moraima —respondió ella sonriendo.

—Pero ese nombre es árabe ¿no?

—Creo que sí. Aquí en Granada se oye bastante, bueno bastante, se oye. Aunque la verdad es que no es muy común.

—¿Y a qué se debe ese nombre?, si se puede saber.

—Claro que se puede saber, Karam. Según me contaba mi padre de pequeña, era el nombre de la última sultana de Granada. Moraima fue la mujer de Boabdil, quien fue el último emir musulmán de la ciudad, antes de ser conquistada por los Reyes Católicos. Mi padre dice que nosotros tenemos ascendencia mora. Aunque, ¿quién no?

—¿A qué te refieres? —pregunté confundido.

—Yo creo que la mayoría de los granadinos y de los andaluces tienen sangre mora en sus venas. Bueno la mayoría... no sé cuanta gente, pero creo que mucha. La mayor parte de musulmanes que vivía en Granada durante la época de Boabdil no se marchó tras la entrega de la ciudad a los cristianos, sino que siguieron viviendo aquí bajo el mandato de los Reyes Católicos. Así continuaron viviendo en Granada primero como mudéjares y más tarde como moriscos, tras convertirse al cristianismo. Después de eso el mestizaje hizo el resto. Y eso sin tener en cuenta que musulmanes y cristianos convivieron en la Península Ibérica durante más de ocho siglos, enlazándose entre ellos. ¿Entiendes lo que quiero decir? Mi familia vive en Granada desde hace cientos de años, por eso pienso que es probable que por mis venas corra sangre mora. Pero bueno esto son suposiciones, algún día me dedicaré a elaborar mi árbol genealógico y descubriré si mi hipótesis es cierta.

—Tu hipótesis está bastante bien fundamentada, aunque no sé si en tu caso es realmente cierta. Sí que puede ser que tengas algún rasgo árabe en tu físico, aunque lo demás a partir de ahí son únicamente suposiciones.

Pasamos horas y horas hablando de no sé qué cosas. El tiempo a su lado se me pasó volando. Moraima, me encantaba esa chica. Cada instante que transcurría a su lado me enamoraba más de ella. Cada palabra, cada mirada, cada gesto que realizaba me volvía loco. Había superado

el nerviosismo de los primeros momentos y ahora me encontraba disfrutando simplemente de su compañía. Me deleitaba con su conversación, con lo que me contaba. Era una chica culta, llena de saber y eso se percibía desde la primera palabra que salía de su boca. Estaba estudiando Filología Hispánica en la Universidad de Granada, en su tercer curso y le iba bastante bien. Yo le comenté que acababa de comenzar la misma carrera en esa universidad.

Había anochecido y nosotros continuábamos hablando a los pies de San Nicolás. El mirador seguía repleto de gente, aunque menos que a media tarde. Eran las diez de la noche y empezaba a refrescar. Moraima se tenía que ir a casa. Quise acompañarla, pero no me dejó. Me dijo que vivía cerca de allí, aunque no me explicó dónde.

—Bueno, pero tu número de móvil sí que me lo das, ¿no? —le pregunté.

—Pero si te lo doy es para que me llames, ¿de acuerdo? Apunta Karam.

Saqué mi móvil con enorme desesperación y apunté su número con una cara de felicidad tremenda.

—Bueno Karam, espero volver a verte pronto. Hasta luego.

—Chao dulzura —le grité mientras ella se daba la vuelta para dedicarme una sonrisa.

Me quedé allí sentado viendo como se marchaba caminando y desaparecía entre las blancas casas. Tras cinco minutos pensando en la conversación que acaba de tener con esa chica encantadora, me marché a casa paseando entre la penumbra de aquella noche de otoño.

A la mañana siguiente todavía estaba yo en la cama pensando en la dulce Moraima cuando apareció mi amigo Sofian en mi habitación. Eran las nueve de la mañana y debíamos realizar otro importante viaje. Sofian tenía que visitar a unos amigos en Madrid y yo debía cerrar unos negocios en Córdoba. Habíamos planeado viajar juntos hasta Córdoba y desde allí Sofian viajaría solo hasta la capital.

Tras comer algo ligero, bajamos al piso de abajo y nos despedimos de Hakim, que se encontraba con su familia desayunando. Tras darme las directrices que tenía que seguir para negociar en Córdoba, le dio las llaves de su Mercedes Benz a Sofian y nos pusimos en camino.

Era una mañana fría de otoño y el cielo estaba cubierto. Amenazaba lluvia pero de momento solo era eso, una amenaza. Nos adentramos en la carretera N-432 en dirección a Córdoba. Sofian, todavía algo dormido, conducía muy callado.

—¿Se quedaron contentos tus amigos con la mercancía? —le pregunté con la intención de iniciar una conversación.

—Sí.

—Veo que no tienes muchas ganas de hablar, Sofian. Anoche tuviste fiesta en Albolote ¿verdad?

—No, qué va, a las once estaba en casa —respondió—. No es que no tenga ganas de hablar, Karam, sino que estaba pensando en mis cosas. Creo que sí que se quedaron bastante satisfechos con la mercancía. Probablemente en unas semanas vendrán a por cien kilos más.

—Me alegro de que les guste. Avísame un día antes de que vengan para prepararles el lote. Por cierto, ¿en qué piensas tanto?

—Tengo muchas cosas que solucionar en Madrid estos días. Ya sabes, mis cosas, no tienen importancia. Además tenemos que viajar a Asturias durante estos días para solucionar unos problemas.

—¿Tenemos, Sofian? ¿A quién te refieres con tenemos? —pregunté con curiosidad.

—Mis amigos de Madrid y yo. Ya los conoces. El Chino, Abdel, Husaine, Abdul...

—Sí, a los dos primeros los conozco, estuvieron ayer en Albolote, pero a los demás creo que no.

—Son mis amigos de Madrid, te los presenté en la mezquita de la M-30, ¿no los recuerdas? —contestó Sofian.

—¿Dejaré de recordarlos, Sofian? No me gustó esa gente. Pensaba que tus amigos que vinieron ayer a Albolote no eran los mismos que los fundamentalistas que conocí en la M-30. Por lo que veo son los mismos, ¿verdad?

—Así es, Karam. Les estás vendiendo polen a mis amigos extremistas de Madrid. No creo que sea nada malo. Tienes muchos más amigos fundamentalistas y no ocurre nada.

—Tienes razón. Simplemente no me gustaron tus amigos aquella noche en la mezquita de la M-30 —respondí algo alterado—. Tramaban algo Sofian y eso no me lo vas a negar. Espero que tú no estés metido en esa trama.

—Sí, tramaban y traman algo. Algo grande, ya lo verás —respondió entre carcajadas.

—¿Y tú estás metido hasta las cejas, no? —le pregunté intrigado.

—Así es, viejo amigo.

Sofian y yo no hablamos más hasta que llegamos a Córdoba. Eran casi las doce cuando pude ver de lejos la antigua capital califal. Entramos por el sur de la ciudad. Sofian paró el coche al otro lado del Guadalquivir. No quería perder ni un minuto en su viaje a Madrid, así que no entró en la ciudad. Nos despedimos deseándonos suerte en nuestros negocios. Mientras veía como el viejo Mercedes Benz se alejaba por la carretera un mar de dudas se apoderó de mí. ¿Qué estaría tramando Sofian con sus camaradas?

Llevaba tanto tiempo esperando ese momento que en cuanto levanté la vista me olvidé de Sofian. Desde la Torre de la Calahorra pude verla a ella. Allí estaba esperándome, la antigua capital del califato de Córdoba, la que fue considerada durante décadas el centro económico, político y cultural del mundo conocido. Había leído y oído tanto de esta ciudad que apenas podía esperar más tiempo para descubrirla en su plenitud. A la vez que cruzaba el antiguo puente romano dejaba detrás de mí un cielo encapotado, tenebroso y fosco. En cambio Córdoba estaba cubierta de un sol dulce y radiante. Delante de mí se alzaba la puerta del puente, tras esta la antigua Mezquita de Córdoba y a mi izquierda el Alcázar de los Reyes Cristianos. Atravesé la puerta del puente y de repente lo islámico lo inundó todo a mi alrededor.

A un lado el Triunfo de San Rafael y al otro casas coloradas y ambarinas, detalles hispanomusulmanes por doquier. Ventanas lobuladas, ornamentación en yesería, arcos de herradura apuntados, decoración geométrica y arcos de medio punto peraltados enmarcados por alfices decorados. Todo esto al entrar en la plaza del triunfo. Pero al levantar mi cabeza pude ver a la inconfundible Mezquita de Córdoba. La tenía delante de mis ojos y no me lo podía creer. Temblaba al pensar cómo sería de bella por dentro si era tan bonita por fuera. El arte musulmán se centra en la belleza interior de sus templos, al contrario que el arte cristiano que se centra en la belleza exterior, por lo que se me erizaba la piel al imaginar su belleza intramuros.

Tras bordear la mezquita por su parte occidental entré al Patio de los Naranjos. Allí pude ver fuentes, palmeras y naranjos de gran lindeza. Observé el antiguo minarete transformado posteriormente por el estilo herreriano en campanario cristiano. Al levantar la vista mi mirada se llenó de lágrimas. Fue en ese momento cuando me percaté de la barbarie que habían realizado los cristianos durante la Edad Moderna. Del cuerpo central de la Mezquita de Córdoba brotaba la catedral cristiana igual que le brota la joroba al jorobado. Así asomaba la catedral cristiana del interior de la mezquita. ¿Cómo alguien podía haber roto tanta armonía y tanta belleza de golpe? Se me encendía la sangre solo de pensarlo. Esta obsesión del mundo cristiano por demostrar su superioridad en los edificios ante la arquitectura islámica ya la pude ver con el Palacio de Carlos V construido en la Alhambra. Pero aquí, en la Mezquita de Córdoba, el disparate y el atentado contra la belleza arquitectónica habían sido mayores.

Estaba intentando reponerme del golpe mental recibido en el patio de la mezquita cuando otra imagen me abofeteó de repente. Había entrado al interior de la mezquita a través de la Puerta de las Palmas. Iba mirando el mapa que me habían dado en la entrada cuando, sin darme cuenta, levanté la vista y me quedé paralizado. Fue ese instante, ese medio segundo en el que pasé de la claridad del patio exterior a la penumbra del interior de la mezquita. De repente esa penumbra se convirtió de nuevo en la más brillante luminosidad al observar tanta hermosura. Era impresionante la maravilla que estaban observando mis ojos. Mi piel se erizó como nunca antes se había erizado. Me encontraba inmerso en un bosque de columnas y arcos de herradura bicolors, rojizos y claros. Aquel juego de luces y sombras provocado por las claraboyas, la superposición de arcos y las columnas, era lo más parecido a un bosque de abetos a primera hora del día, entre cuyas ramas se adentraban los rayos del sol matinal. La muchedumbre deambulaba entre las columnas como animales que merodean a su presa antes de atacarla. Me introduje en ese bosque de arcos y columnas deteniéndome en cada una de ellas, observando el más mínimo detalle. Todo me fascinaba en aquel sagrado lugar.

Al cruzar la catedral cristiana, incrustada a la fuerza en la antigua mezquita, inconscientemente incliné mi cabeza y con los ojos cerrados la crucé, sin mirar ni a un lado ni a otro. Con ello intenté no romper el encanto de tan prodigiosa obra de arte. No quería que mi imagen de la antigua mezquita califal fuera contagiada por los añadidos cristianos. Mientras caminaba en dirección al mihrab imaginaba aquel templo repleto de fieles musulmanes orando todos juntos en dirección a La Meca. Era la mezquita más grande en la que yo jamás había estado. Cuando llegué al mihrab me percaté de que este no estaba situado en dirección a La Meca, sino que según mis cálculos se situaba en dirección sur.

Tras rodear de nuevo la catedral cristiana sin fijarme en ella, llegué a la sala de Almanzor, todavía más espectacular que las anteriores, puesto que apenas había sido modificada por la insaciable mano católica.

Eran ya las tres de la tarde y mi estómago empezaba a gritar, por lo que di por terminada mi visita a la mezquita y me dirigí a mi hostel a comer algo.

Siguiendo las indicaciones que Sofian me había dado en un papel salí de la mezquita en dirección al Alcázar de los Reyes. Tras pasar por su puerta tomé dirección noroeste bordeando la antigua muralla islámica. El calor acechaba y el sol caía a plomo, así que decidí parar a comer en un bar situado al lado de la muralla. Desde allí pude observar la enorme calma de tan paradisíaco paseo. A mi izquierda había casas blancas cordobesas y a mi derecha descansaba la muralla, vigilada por la figura del gran filósofo Averroes. Anterior a la muralla se encontraba una pequeña acequia y sobre ella varios puentes. Por un instante encontré cierta similitud entre este paseo cordobés y el anterior al Paseo de los Tristes granadino.

Continué mi marcha hacia el hostel. Muralla arriba atravesé la Puerta de Almodóvar, y a escasos metros encontré mi destino. Era un pequeño hostel con encanto situado en plena judería cordobesa llamado “El Reposo de Bagdad”. Sofian se hospedaba aquí siempre que viajaba a la ciudad califal. Se trataba de una casa de más de cien años, una mezcla de estilo hispanomusulmán y andaluz, en la cual se escondía un típico patio cordobés de gran belleza. Tras registrarme, entré en una de las habitaciones de la planta baja, me di una ducha fría y me acosté durante un par de horas a descansar.

Esa misma tarde me acerqué a casa de Riad, un viejo cascarrabias argelino que controlaba el mercado del hachís en la ciudad califal. Este era el verdadero motivo por el cual había viajado a Córdoba. Me estaba esperando en la puerta de su casa, situada apenas a cinco minutos de mi hostel.

Después de un té y una hora de negociación, conseguimos llegar a un acuerdo y renovar el antiguo contrato económico que Riad había firmado con Hakim un año atrás.

Con la sensación de haber cerrado un buen negocio salí de casa del argelino. Era de noche y estaba bastante cansado. Me dirigí al hostel y al entrar en mi habitación me acordé de Moraima. En ese instante cogí mi móvil.

—¿Sí? —respondieron al otro lado del teléfono.

—¿Moraima? Soy Karam —contesté indeciso.

—Has tardado poco tiempo en echarme de menos Karam. Ahora mismo estaba pensando en ti, mira qué casualidad —respondió ella decidida.

—Las casualidades no existen, ¿sabes?, esto es una señal.

—¿Una señal de qué? —preguntó ella entre carcajadas.

—No sé, pues una señal de que estamos predestinados a compartir el resto de nuestras vidas juntos.

—Tú estás loco Karam —dijo mientras continuaba riéndose a carcajadas—. Me gusta la forma en la que me haces reír. Hoy he tenido un día bastante duro y tú me lo estás intentando alegrar, por lo que veo.

Pasamos más de una hora hablando. Hacía solo un día que nos conocíamos y me daba la sensación de conocerla de toda la vida. Me quedé dormido teniendo la mente ocupada con la misma preocupación con la que me había levantado esa mañana en Granada: la dulce Moraima.

Eran las siete y cuarto de la mañana cuando creí escuchar el sonido del despertador. Pero no era el despertador lo que sonaba, sino la melodía de mi móvil. ¿Quién estaría tan impaciente para hablar conmigo tan pronto? De nuevo me vino a la mente Moraima.

—Dígame —respondí adormecido.

—¿Karam?

—Sí, soy yo, ¿quién es?

—Soy Sofian, ¿te he despertado? —contestó con la voz titubeante.

—¿Tú que crees? Sabes que nunca me levanto antes de las nueve y son las siete de la mañana. ¿Tendrás una buena razón para despertarme a estas horas?

—Tienes que ayudarnos. Tenemos a la Guardia Civil pisándonos los talones. Estamos en una vieja pensión del centro de Oviedo, ahora mismo no te puedo decir más.

En ese momento instintivamente pegué un salto de la cama y comencé a vestirme con el teléfono pegado a mi oreja mientras oía las instrucciones que me iba dando mi amigo. En diez minutos estaba vestido y aseado. Salí del hostel intentando no levantar la más mínima sospecha y me dirigí a la estación de tren de Córdoba. No sabía en qué lío se había metido Sofian pero debía coger el primer tren con destino a Madrid.

Al llegar a la estación me crucé con una pareja de policías nacionales, pasé por su lado y los dejé detrás.

—Disculpe caballero —oí detrás de mí.

Al darme la vuelta pude ver a uno de los policías dirigiéndose hacia mí. El corazón me dio un vuelco en ese preciso instante. “Huye, corre, huye gilipollas” me dije a mí mismo. Dudé. Pensé en salir corriendo, pero no sé por qué motivo no lo hice. El pánico se había apoderado de

mí. Estaba totalmente bloqueado por el miedo.

—¿Me dice a mí? —contesté atacado.

—Sí, a usted —respondió el policía—. Creo que esto es suyo. Se le ha caído justo cuando pasaba por nuestro lado.

Era el papel en el que llevaba apuntado las dos direcciones que me había dado Sofian. Una era donde debía recoger el viejo Mercedes Benz de Hakim que mi amigo había dejado en Madrid antes de irse a Oviedo. La otra dirección era donde debía recoger a Sofian y a su amigo en la capital asturiana.

Agradeciéndoles su amabilidad me despedí de los dos policías con mi tensión más calmada. Tras sacar el billete fui al andén tres. Solamente tuve que esperar cinco minutos antes de que saliera mi tren.

Al llegar a la estación de Atocha me dirigí a su salida principal y tras quince minutos paseando llegué al barrio de Lavapiés. Encontré el Mercedes Benz situado justo enfrente de un locutorio. Tal y como me había indicado Sofian entré en el locutorio, pregunté por Mahmud y este me entregó las llaves del coche sin mediar palabra. Al arrancar el coche tuve la sensación de sentirme observado y al alejarme pude ver por el retrovisor como me despedían con su mirada Mahmud y tres hombres más. Justo entonces me sobresalté. Pude reconocer a uno de esos tres hombres que me observaban mientras me marchaba. Uno de ellos era el Italiano, si no recordaba mal. Era uno de los amigos de Sofian que había conocido mi primera noche en Madrid en los alrededores de la mezquita de la M-30. No podía olvidar ni su apodo ni su cara.

Mientras iba conduciendo en dirección a Asturias pensaba en qué tipo de lío se había metido Sofian. Tenía que ser bastante gordo como para hacerme ir con tanta urgencia y sin ninguna explicación a recogerlo. En un primer momento pensé en algún tipo de problema relacionado con el tráfico de hachís, pero una corazonada me decía que era algo más gordo. No tenía conocimiento de que los amigos de Sofian traficaran con gente en Asturias, por lo que deduje que los tiros iban por otro lado.

Estaba claro que todo tenía relación con sus amigos islamistas de Madrid. Pero si era así, ¿por qué no les llamó a ellos para que fueran a recogerle? Enterados estaban del problema que tenía Sofian en Oviedo, ya que alguno de ellos estaba en el locutorio cuando fui a recoger el coche. No entendía nada.

Cuando llegué a Oviedo eran las nueve y media de la noche. Tardé casi una hora más en encontrar la dirección que me había dado mi amigo. Aparqué el coche en doble fila y paré el motor. Justo en el instante en el que me disponía a bajarme del coche, la puerta trasera se abrió.

—Arranca Karam, no hay tiempo que perder —dijo mi viejo amigo entrando de un salto al coche.

—Veo que me estabas esperando —contesté.

Mientras me giraba para dedicarle una sonrisa a Sofian alguien abrió la puerta del copiloto y se sentó. Era Faysal, el Chino.

—¡Tenemos que salir de esta ciudad lo antes posible, la Guardia Civil está al acecho! —gritó Faysal mientras se abrochaba el cinturón.

—Pero, ¿hacia dónde vamos? —grité yo también contagiado por la estresante situación.

—Tú arranca y te iremos indicando —contestó Sofian.

Salimos de la capital asturiana por la A-8 en dirección al País Vasco. Por un momento pensé que nuestro destino era Francia, pero ¿sería la situación tan dramática como para tener que salir del país? Ellos permanecían callados, nerviosos, mirando hacia atrás para comprobar que nadie nos seguía. En ese instante pegué un frenazo y paré el coche en medio de la autovía.

—¿Qué mierda haces Karam? —preguntó Sofian.

—No me muevo de aquí hasta que no me contéis de una maldita vez que es lo que os traéis entre manos —contesté mientras sacaba las llaves del coche por la ventana.

—Arranca el coche, por favor —suplicó el Chino.

—O me contáis ahora mismo qué está ocurriendo o lanzo las llaves al monte.

—De acuerdo Karam, tú ganas —dijo Sofian—. Dale las llaves a Faysal y que conduzca él. Mientras te pondremos al día de nuestros planes. Creo que ya va siendo hora de que te enteres de nuestro verdadero propósito.

Pasé al asiento del copiloto y el Chino tomó el control del vehículo. Me di la vuelta y miré a los ojos de mi viejo amigo fijamente.

—Soy todo oídos Sofian, cuéntame.

—Alguien le ha dado un chivatazo a la Guardia Civil. Creo que tienen un confidente. No me explico cómo podían estar al tanto de nuestros movimientos.

—¿Pero de qué estás hablando? —pregunté totalmente confundido.

—Hemos venido a Asturias a comprar explosivos —contestó Sofian con una enorme sonrisa.

—¿Explosivos? ¿Pero para qué? —pregunté más confundido todavía.

—Estamos preparando un atentado —intervino el Chino mientras me miraba de reojo a través de sus gafas—. El mayor atentado de la historia de este país. Ya les avisó Osama Bin Laden en un vídeo hace unas semanas, pero los españoles se lo tomaron a broma. Matan a nuestros hermanos en Afganistán, en Palestina y en Irak. Y encima se toman a broma las amenazas de Osama Bin Laden. Pues es hora de pasar a la acción.

Con cara de perplejidad miré a Sofian buscando una mirada de complicidad, una sonrisa, algo que detallara que todo lo que me estaban contando era una broma pesada. Pero no la encontré.

—Así es, Karam —dijo Sofian—. Llevamos varios meses preparando este atentado. Vamos a intercambiar tu hachís por explosivos.

En ese instante mi curiosidad desapareció por completo. No quería saber nada más sobre su maléfico plan. Me di la vuelta, me senté mirando hacia delante y me abroché el cinturón de seguridad.

Pasé todo el viaje callado, preguntándome en qué tipo de lío me había metido sin proponérmelo. La idea de colaborar, directa o indirectamente, en un atentado de gran magnitud me ponía los pelos de punta. Ni se me había pasado por la cabeza. Fue en aquel momento cuando empecé a atar cabos. Todo tenía sentido. La reunión clandestina con los amigos fundamentalistas de Sofian en la mezquita de la M-30 de Madrid; el misterioso secretismo de mi amigo durante las últimas semanas; la demanda de una nueva clientela por adquirir mi hachís. Mi mercancía iba a ser cambiada por explosivos. Mi hachís se iba a intercambiar por bombas. Eso significaba que yo también estaba involucrado en el plan hasta las cejas.

Cuando me percaté, eran las cinco de la madrugada y me había quedado dormido. Al abrir los ojos pude ver que el que conducía en ese instante era Sofian. El Chino estaba durmiendo en el asiento trasero del Mercedes Benz. A través de la ventanilla pude ver que circulábamos por la general CV-15. Estaba totalmente desorientado.

—¿Por dónde vamos, Sofian?

—Acabamos de salir de la provincia de Teruel. Vamos a parar en breve. Haremos noche en Benasal y mañana decidiremos qué hacer más descansados —respondió mi amigo.

El sol golpeaba mis párpados mientras yo los cerraba con más fuerza. La noche anterior había sido larga, muy dura y todavía no quería levantarme. Finalmente ese pulso feroz que mantuvimos la claridad y yo durante unos minutos, lo ganó ella.

Eran casi las doce de la mañana cuando me levanté. Mis dos camaradas estaban desayunando en el piso de abajo. Justo en esos instantes recordé que nos encontrábamos en casa de Nassir, un viejo amigo de Sofian. Desde hacía más de diez años vivía en Benasal, un pequeño pueblo del noroeste de la provincia de Castellón. Tras emigrar a España en busca de trabajo, pasó varios años viviendo en Granada. Allí conoció a Sofian e hicieron buena amistad, aunque no sintiéndose cómodo en la ciudad decidió trasladarse a Benasal.

—Buenos días Karam, ¿has dormido bien? —preguntó Nassir al entrar en la habitación.

—Perfectamente, aunque el sol me ha despertado. Hubiera dormido encantado durante varias horas más.

—No te preocupes, vas a tener tiempo para descansar. Creo que vais a pasar aquí unos cuantos días —comentó Nassir mientras abría las ventanas de la habitación.

—¿Y eso?, ¿ha surgido algún problema? — pregunté.

—La Guardia Civil lleva toda la mañana merodeando por el pueblo —respondió Nassir—. Menos mal que anoche guardamos el coche dentro del garaje. En cualquier momento pueden golpear la puerta y preguntar por vosotros.

—¿Qué me dices Nassir?

—No quiero alarmarte Karam, tampoco hay ningún indicio de que este movimiento de la benemérita esté provocado por vuestra inesperada visita —contestó intentando tranquilizarme—. Debemos ser cautos y precavidos. Mientras desayunábamos hemos decidido que lo más seguro en esta situación es quedarse varios días escondidos, mientras se calma la tempestad.

Tras vestirme bajé a desayunar. Sofian y Faysal me pusieron al día de los acontecimientos. Casa de Nassir no era un lugar seguro. Como él había dicho minutos antes, la Guardia Civil podía golpear la puerta en cualquier momento. La mejor solución era tirarse al monte, como en la posguerra española hicieron los maquis en aquellas tierras del Alto Maestrazgo. Teníamos que escondernos en alguno de los cientos de refugios pedregosos de pastores que decoraban el interior de la provincia de Castellón.

Esa misma noche, cuando el pueblo dormía, salimos a apoderarnos del monte. Nassir nos llevó con su todoterreno hasta un punto desde el cual teníamos que acceder a pie hasta el refugio.

Sobre un mapa topográfico de gran escala nos marcó detalladamente la ruta a seguir. Teníamos luna llena aquella noche y ella nos ayudó a encontrar con mayor claridad la que iba a ser nuestra morada durante los próximos días. Tardamos dos horas en encontrar el refugio.

Al día siguiente nos despertamos al alba. La noche había sido bastante fresca. El clima aquí era similar al de Granada, aunque algo más frío, así que por las noches solía refrescar bastante. Menos mal que aún estábamos en pleno otoño. No quería imaginar que temperatura haría durante el periodo invernal. De nuevo fue el sol el que jugueteó con mis párpados antes de despertarme. Al salir del refugio pude ver al Chino en posición orante en dirección sudeste.

—Es la hora de la oración, Karam —dijo el Chino invitándome con un gesto a rezar.

—Así es, aunque yo dejé de rezar cuando acabé mis estudios en la madraza —respondí mientras me desperezaba.

—¿Cómo? ¿Es que no sigues ni los preceptos básicos del Corán? —preguntó el Chino incrédulo.

—No sé de qué te sorprendes, sabes que muchos musulmanes de nuestra edad no cumplen estos preceptos —contesté mientras me vestía—. Yo entiendo que tú sigas todos los preceptos básicos, pero entiende tú también que no todos sigamos el mismo ejemplo.

—¿Son los musulmanes como tú los que están destrozando el verdadero islam!

—No digas eso, Chino. Yo respeto tus costumbres, así que respeta tú las mías.

—Tú no eres un buen musulmán, Karam.

—Yo sé que un buen musulmán, siempre intenta ser buena persona, siempre intenta ser la mejor de las personas. Pero no por que yo no rece soy peor persona que tú. Reconozco que no soy un buen musulmán, puesto que no cumplo los preceptos de nuestra religión. Ahí tienes toda la razón. Quizá algún día cambie y empiece a cumplirlos, o quizás no. Ahora el principal objetivo de mi vida no es ser un buen musulmán. Tengo otras prioridades.

—Quizás algún día madures y te conviertas en un buen musulmán —dijo el Chino.

—Quizás, Chino, quizás.

En ese momento de la discusión apareció Sofian para poner paz. Llevaba diez minutos inspeccionando la zona. La casa más cercana se encontraba a más de una hora a pie. El lugar era seguro. Aquí no nos encontraría la Guardia Civil.

La discusión tan acalorada que acaba de tener con el Chino no me permitió percibir el paisaje que nos rodeaba. Las vistas del lugar eran asombrosas. Nos encontrábamos en uno de los lugares más elevados de la zona. A nuestro alrededor solo veíamos montañas y más montañas, hasta donde llegaba nuestra vista. La vegetación era bastante similar a la del norte de Marruecos. Predominaba la fusión del color verde de las encinas con el anaranjado de los robles otoñales, y todo ello asentado sobre un manto fino de matorral mediterráneo. Era un idílico paisaje para pasar unas bonitas vacaciones en familia. Pero este no era el caso. Es más, estuvimos menos tiempo en el refugio del que pensamos en un principio. Después de que Sofian y el Chino pasaran todo el día manteniendo largas conversaciones a través del móvil, decidieron abandonar el refugio esa misma noche.

Todavía no sé de qué forma lo consiguieron, pero teníamos preparados tres billetes de avión con destino a Florencia. Nuestro vuelo salía al día siguiente por la mañana desde el aeropuerto de Manises.

—¿Por qué habéis sacado tres billetes de avión y no dos? —pregunté a Sofian en cuanto me informaron de las nuevas noticias—. Yo ya os he ayudado. No quiero verme involucrado en un atentado terrorista. Eres mi amigo Sofian, pero creo que nuestras formas de pensar son muy distantes.

—Mis amigos quieren hablar contigo —respondió Sofian—. Quieren que viajes con nosotros y

hablar personalmente contigo.

—¿Tus amigos? Estoy harto de tus amigos y de sus tonterías, Sofian. Por vuestra culpa casi me coge la Guardia Civil. Una cosa es vender hachís en grandes cantidades y otra muy distinta colaborar en un atentado terrorista.

—Relájate Karam —contestó Sofian—. Solamente queremos que colabores con nosotros. En ningún momento te verás involucrado en el atentado. Necesitamos grandes cantidades de hachís para llevar a cabo nuestros planes y tú tienes esas grandes cantidades. La cifra de dinero que ganarás por trabajar con nosotros es realmente importante. Además, si colaboras en nuestros planes tu negocio se podrá consolidar no solo en España, sino también en otros lugares de Europa. Te aseguro que un nuevo mercado se puede abrir para ti tanto en Italia como en Francia. Pero para ello debes acompañarnos a Florencia. Allí negociaremos las condiciones y podremos dialogar más tranquilos.

El resto del día lo pasé meditando mi decisión y finalmente me decidí a viajar con ellos a Florencia. No tenía nada que perder. Realmente me interesaba bastante la idea de poder ampliar mi negocio por parte de Europa. En pocos meses podía controlar gran parte del tráfico de hachís en España y adentrarme en otros países. Mi padre se iba a sentir muy orgulloso de mí al ver como en pocos meses iba consolidando y ampliando el negocio familiar.

A las 23.30 horas llegamos al aeropuerto de Florencia. La ciudad nos recibió con una inquietante lluvia. Nos esperaba un coche justo en la puerta de la terminal de llegadas, que nos llevó a una casa a las afueras de la ciudad.

Tras la puerta apareció una cara conocida. Era uno de los amigos de Sofian que me encontré en los alrededores de la mezquita de la M-30 aquel día en Madrid. Era conocido como Kamel, el Argelino, un hombre de estatura normal, de unos treinta y pocos años. Tenía la cara alargada escondida entre una típica barba sarracena. Su nariz también era alargada al igual que su frente, que dejaba entrever la claridad de sus entradas. Parecía un hombre amable y apacible, aunque con una mirada un tanto amenazadora.

—*As-salamu alaykum* —dijo el Argelino.

—*Wa aleykum-us-sallam* —respondí yo con una ligera sonrisa.

—Tú debes de ser nuestro amigo Karam —afirmó devolviéndome la sonrisa—. Tenía muchas ganas de hablar contigo. Sofian me ha hablado muy bien de ti. Dice que tienes una mercancía de muy buena calidad a un precio inmejorable, ¿verdad?

—Así es, lo mejor que hay ahora mismo en el mercado español lo tengo yo en mis manos —contesté mientras le daba un trozo de hachís que me había traído desde Granada escondido en mis calzoncillos—. Como puedes ver la calidad de este hachís salta a la vista.

—Tiene muy buena pinta —respondió él—. Vamos a probarlo mientras nos tomamos un té, que seguro que estáis cansados después del viaje.

De esta forma tan amable y sosegada nos recibió el amigo de Sofian. En seguida me sentí cómodo entre los contertulios, disfrutando de un té verde entre caladas y risas. El Argelino y yo empezamos a negociar sobre la cantidad de hachís que necesitaba. En un primer momento quería una cantidad no muy grande para ver qué tal respondía el mercado italiano ante esta nueva mercancía. Si todo funcionaba bien, el volumen iría creciendo poco a poco. El transporte se haría directamente desde Marruecos en barcos grandes que desembarcarían en Génova. Aquí muchos agentes portuarios estaban comprados directamente por el Argelino, con lo que no tendríamos problemas legales para introducir la droga por la península itálica.

No me lo podía creer. Estaba entusiasmado ante la posibilidad de tan amplio negocio. Si todo iba bien en varios meses podría abrir una nueva vía de mercado cuyas ganancias eran

incalculables. Estábamos a punto de cerrar el trato cuando algo enturbió mis pensamientos.

—Yo no quiero matar a nadie —le dije al Argelino mirándole atentamente a los ojos.

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando, Karam?

—Sofian me ha contado lo del atentado que estáis preparando. Yo no quiero matar a nadie, directa o indirectamente. No quiero verme involucrado en vuestras turbias acciones. Yo no pienso igual que vosotros.

—Lo sé —replicó él—. No tienes de qué preocuparte. Tú no vas a matar a nadie, ni tampoco te vas a ver involucrado en nada. Te lo juro. Sofian no te debió contar nada al respecto. Debes olvidar este tema, como si no hubiera pasado. Tú no sabes nada de nada, ¿de acuerdo Karam?

—De acuerdo —contesté ignorando en ese momento que aquellas palabras eran totalmente falsas.

De nuevo en Granada, todo había vuelto a la normalidad. Tras pasar unos días bastante placenteros en Florencia volví a ocuparme de mis negocios desde el locutorio. El trato con el Argelino me estaba abriendo un nuevo mercado y eso era lo realmente importante. Dejé de lado mis pensamientos pesimistas e intenté olvidarme de los planes malévolos de mis amigos.

Llevaba varios días en Granada y ahora solo me preocupaba una cosa: Moraima. Tenía ganas de verla. Tras los días tan difíciles que había pasado desde mi salida hacia Córdoba necesitaba relajarme y disfrutar. Decidí llamarla e invitarla a cenar. Ella aceptó encantada.

Quedamos en un restaurante situado en el barrio del Realejo, cerca del ayuntamiento granadino. Estuve esperándola durante veinticinco minutos. Empecé a mostrarme impaciente, nervioso, inquieto, e incluso en algunos momentos dudé que fuera a aparecer. De repente noté un frescor intenso sobre mis párpados. Mi mirada se había oscurecido mientras alguien tapaba mis ojos con sus manos.

—¿Me esperabas? —dijo Moraima detrás de mí.

—Que va, pasaba por aquí —respondí con los pelos de punta a la vez que me giraba.

Un nudo se hizo en la boca de mi estómago, mientras que el nerviosismo se apoderaba de mí de nuevo. La miré de arriba a abajo y una pequeña sonrisa se dibujó en mi cara. Estaba realmente preciosa. Creo que hasta ese momento no me había fijado en las piernas tan bonitas que tenía. Llevaba el pelo recogido. Unos pendientes plateados adornaban sus orejas, lo cual me hizo fijarme en su cuello. “¡Qué cuello!”, pensé yo. La chaqueta negra que llevaba no dejaba ver la ropa que tenía debajo. Yo la imaginé con una camiseta de tirantes blanca que dejara asomar sus hombros de forma sensual. No me equivoqué. Una minifalda vaquera dejaba a la luz unas piernas insinuantes y esbeltas. Tragué saliva y después de unos segundos mirándola conseguí articular algunas palabras.

—Te has hecho de rogar Moraima.

—¿Qué yo me he hecho de rogar, Karam? —preguntó ella—. Llevo varios días esperando tu llamada, así que no creo que pase nada si tú has esperado media horita de nada. Por cierto, ¿dónde te has metido estos días?

—He estado ocupado cerrando unos negocios, nada extraordinario —respondí sonriendo—. ¡Conque has estado esperando mi llamada! Es un halago oír eso de tu boca. Yo también he estado pensando en ti durante estos días.

—Bueno, entramos a cenar y ahora nos ponemos al día, ¿vale?

El restaurante era un italiano que, además de pasta y pizzas, realizaba unas carnes de ternera y buey deliciosas. Era el típico restaurante donde el servicio era tan atento y exquisito que te daba miedo pedirle algo al camarero por no molestar. Tras ser recibidos por dos camareros muy bien uniformados, estos nos acompañaron a nuestra mesa. Situados en la planta de arriba, el ambiente del lugar era inmejorable. Apenas había dos parejas más en la sala. Un alegre músico amenizaba la velada al otro lado del salón, deleitándonos con unos acordes con su cuidado violonchelo.

Fue una velada intensa. De primero degustamos unas finas lonchas de *carpaccio* de ternera acompañadas con unas virutas de parmesano. Mientras dialogábamos observaba los gestos de Moraima, su sonrisa, su mirada, su boca, esos labios jugosos saboreando la exquisita carne, mientras yo quería saborear sus exquisitos labios. Me controlaba. Intentaba prestar atención a sus palabras, a su delicado palique, pero de nuevo mi mente comenzaba a divagar sobre otros placeres carnales que no se encontraban sobre la mesa. Tiempo muerto. En ese instante llegó el segundo plato: entrecot de buey con compota de cebolla. El vino escaseaba y pedí otra botella de

Sangue di Giuda, la segunda. Llené su copa y observé como se la llevaba a la boca. El vino acarició sus labios y se deslizó por su garganta, a la vez que yo acariciaba su cuello con mi mirada. Un impulso repentino se apoderó de mí. Quise morder su cuello, besarlo y volver a morderlo. Logré controlarlo, aunque ella con su mirada se hacía cómplice de mis pensamientos. Creo que el vino empezaba a hacer mella en mis sentidos. Yo intentaba controlar todas estas explosiones dentro de mí cuando noté el pié descalzo de Moraima coqueteando con mi entrepierna. Un gran suspiro fue mi única respuesta, ni una sola palabra. Y ella mientras tanto continuaba hablando como si nada ocurriera. Intenté disimular y continuar degustando mi entrecot, pero no pude. Yo quería degustar otra carne, no la que había sobre el plato. Le pegué un gran trago a la copa de vino buscando serenidad donde solo podía encontrar embriaguez. Ella había acabado con su plato y se estaba fumando un cigarrillo. Seguía jugando con mi entrepierna. El poder seductor del vino también se iba apoderando de la bella Moraima. Ahora ya no hablaba, únicamente me observaba atentamente mientras dejaba entrever una sonrisa pícaro en su boca. ¿Qué estaría tramando con esa media sonrisa malvada reflejada en su cara? Obtuve la respuesta de inmediato.

—Te espero en el aseo —susurró en mi oído tras levantarse de la mesa y lamer el lóbulo de mi oreja izquierda.

Tardé más de un minuto en reaccionar. Miré a un lado y luego al otro, así hasta tres veces, antes de levantarme para comprobar que nadie se había percatado de lo que estaba pasando. Mi mirada se cruzó con la de un camarero, pero no me importó. Se me hicieron eternos esos veinte pasos que me separaban del baño. Al llegar, toqué la puerta del servicio de señoras. Nadie respondió. Abrí y me lo encontré totalmente vacío. Mi desconcierto aumentó por segundos. Miré la puerta del aseo de caballeros con cara de incredulidad. Empujé la puerta y allí me encontré a Moraima. Estaba apoyada en el lavabo, sujetando el cigarrillo en su mano. Nos miramos deseosos sin intercambiar palabra alguna. Sujeté su cuello con firmeza mientras acercaba su cara a la mía. Dejó caer el cigarrillo sutilmente. Noté como su respiración acariciaba mi nariz. Rocé sus labios con los míos. Los besé, los mordí y los volví a besar. Su lengua denotaba sensualidad. Acaricié su pelo como un delicado barbero y mordí su cuello como un feroz bárbaro. Ella mientras tanto desabrochó mi camisa a la vez que metía sus manos en mi espalda. Me arañó suavemente, respondiendo yo con varios mordiscos en su hombro. Le subí la falda hasta alcanzar su sexo con mi mano. Lo acaricié. Estaba mojada, muy mojada. Ella gimió mientras apoyaba sus manos en las paredes y subía su culo al lavabo. Volví a acariciar su sexo, ahora más intensamente. La penetré muy suavemente mientras su respiración embriagaba mis sentidos. Por momentos dimos rienda suelta a la pasión. Sus besos en mi cuello se convirtieron en pequeños mordiscos. Esas mordeduras dejaron de ser pequeñas para convertirse en enormes chupetones. Por lo visto, después de la cena Moraima se había quedado con hambre y yo intentaba saciarla. Tuvo que dejar de morderme, no por voluntad propia, sino debido a que el placer se apoderó de ella y únicamente tenía fuerzas para gemir. La oí jadear intensamente durante unos minutos hasta que consiguió llegar al orgasmo. Lo supe por la manera en que me clavó sus uñas. Como recuerdo dejó ocho marcas en mi espalda que tardaron varios días en desaparecer.

Cuando salimos del servicio de caballeros no había nadie en la sala. La música del violonchelo había cesado. Supongo que los camareros aprovecharon el momento para bajar a la planta de abajo y relatarles a sus compañeros lo que estaba sucediendo en la planta de arriba. No nos importó. Es más, ese hecho nos permitió tener diez minutos más de total intimidad sentados en la mesa intercambiando miradas y sonrisas llenas de complicidad.

El camarero volvió hacia nuestra mesa con cara de circunstancias y nos ofreció la carta

de postres. La rechazamos. Nuestro apetito ya había sido saciado. Pagamos la cuenta y salimos del restaurante cogidos de la mano. Apenas intercambiamos palabras en el camino de regreso a su casa, solo sonrisas y miradas. Me despedí de ella en la puerta de su casa con un cálido beso y un hasta pronto.

Los siguientes meses los dediqué por entero a Moraima, mi única preocupación. Dejé el negocio en manos de Hakim, apareciendo de tanto en tanto por el locutorio. Ella me enseñó lugares de la ciudad extraños para mí, rincones que yo no conocía, sabores que yo nunca había degustado y olores que yo jamás había oído.

Durante este tiempo no solamente me dediqué a estudiar la ciudad, sino también a estudiar el cuerpo de Moraima. Nuestros encuentros se daban en mi piso de la forma más variopinta. A veces la excusa era una película, otras una cena, pero el final siempre era el mismo. Acabábamos en la cama dando rienda suelta a la pasión y a la imaginación. De todas las mujeres que yo había conocido en mi corta vida Moraima era la más apasionada de todas. Eso hizo que me enamorara de ella con una facilidad pasmosa. Al lado de Moraima me sentía pleno, rebosante de felicidad. Juntos éramos invencibles. Cuando no estaba junto a ella estaba pensando ella. Pero no solo era amor lo que sentía hacia ella. Era un sentimiento de empatía total. Para mí la empatía no consistía en oír con el cerebro, sino en oír con el corazón. Y a Moraima la oía y la sentía totalmente con el corazón, no con la cabeza. Y eso me preocupaba. En mis planes no entraba en ningún momento enamorarme de ninguna chica. Mis sueños estaban por encima de esto, o eso creía yo. Mis sueños tenían que estar por encima del amor, pero no lo estaban. Intentaba pensar con la cabeza pero no podía. Moraima controlaba todos mis sentidos. Así que tomé la única decisión posible. A partir de ese momento tenía que conjugar la realización de mis sueños con la dependencia hacia Moraima. Supuse en ese momento que podía alcanzar ambas metas.

Aquella mañana de principios de enero estábamos desayunando Hakim, Moraima y yo mientras escuchábamos las noticias en la radio. Hablaban de la mala situación que vivían la mayoría de países del Magreb. No solo se referían al tema económico, sino que se centraban principalmente en la escasez de derechos y libertades que disfrutaban los países norteafricanos.

—Pues yo creo que ambas cosas van de la mano —comentó Hakim.

—¿A qué te refieres? —preguntó Moraima con la boca llena justo antes de darle un sorbo a su café con leche.

—Creo que es imposible que en los países musulmanes se desarrolle una verdadera democracia mientras la situación económica sea tan precaria —contestó.

—Igual no les interesa a los dirigentes políticos que la situación económica mejore, ¿verdad? —interviene yo—. Es más fácil que ellos se queden con las riquezas del país y la gran mayoría del pueblo se pudra en la miseria.

—Ahí te doy toda la razón, Karam —dijo Hakim—. En la gran mayoría de países del Magreb se han dado sistemas políticos de carácter dictatorial desde hace varias décadas. Es más, creo que ningún país islámico ha conseguido establecer una verdadera democracia hasta nuestros días. El islamismo es totalmente incompatible con el establecimiento de una democracia real en estos países. Como ejemplo únicamente tenemos que ver cuál es la situación de la mujer en muchos países musulmanes. Para que un sistema político democrático se desarrolle en estos estados es necesario que se equipare la situación de la mujer con la del hombre, algo que creo que, a día de hoy, es imposible.

—Pues yo no lo creo así —repliqué—. Creo que algún día todo esto cambiará. Yo tengo un sueño, un sueño en el cual los musulmanes de los diferentes países del norte de África se alzarán contra estos opresores dictatoriales. Un sueño en el que se producirá una revolución sociopolítica a nivel supranacional, donde todos los musulmanes caminen de la mano hacia un futuro mejor. Un sueño en el que países como Marruecos realizarán una revolución que derrocará a Mohamed VI, que traerá a nuestro país todas las libertades y derechos que el pueblo marroquí se merece. Esta revolución se producirá algún día no muy lejano que tú y yo veremos con nuestros propios ojos.

—Espero que así sea, Karam —respondió Hakim algo incrédulo entre carcajadas.

—Lo verás, Hakim, lo verás.

Tras acabar de desayunar nos levantamos de la mesa. Me despedí de Moraima. Ella tenía que irse a estudiar, así que yo aproveché para pasarme por el locutorio para realizar unas llamadas. Llevaba varios días sin hacer acto de presencia en el negocio.

Al llegar al locutorio me encontré a Sofian en mi despacho. Estaba con su portátil encima de la mesa y hablando por teléfono. Me saludó con la mano mientras siguió con su conversación como si yo no estuviera. Aproveché para ir al archivador del fondo de mi despacho para buscar unos documentos. No estaba prestando mucha atención a la conversación de mi amigo hasta el momento en que oí la palabra explosivos. En ese instante mi mirada se quedó fija en el archivador, totalmente perdida. Durante unos segundos no reaccioné, pero decidí seguir buscando los papeles que necesitaba mientras escuchaba la conversación disimuladamente. Conseguí oír algo sobre Goma 2 y Asturias. Sofian se levantó y se dirigió hacia la calle. Antes de salir del locutorio escuché dos palabras que me dejaron petrificado: doscientos kilos.

Me aseguré de que Sofian estaba fuera del local. Me senté en mi mesa delante de su portátil. Empecé a husmear en sus carpetas y documentos intentando hallar algo. No encontraba nada de nada. Entonces me percaté de que el portátil tenía una memoria USB conectada. Oí a Sofian entrar de nuevo en el locutorio, pero se entretuvo hablando con el dependiente. Decidí sacar mi memoria USB, conectarla y copiar todos los documentos que había en su memoria. Rápidamente salí de mi despacho algo nervioso intentando no cruzarme con mi amigo. Cuando salía por la puerta pude oír su voz.

—¿Dónde vas con tanta prisa? —preguntó Sofian.

—Moraima ha tenido un pequeño accidente con su coche y necesita mi ayuda —contesté de forma improvisada—. En una hora vuelvo. Si todavía estás por aquí almorzamos juntos.

—Espero que no sea nada Karam.

En cinco minutos llegué a mi casa. Subí corriendo las escaleras como si la vida me fuera en ello. Corría como si alguien me persiguiera a vida o muerte. A la vez que lo hacía apretaba mi mano con todas mis fuerzas. La memoria USB que estaba dentro de ella soportó la presión. Me

entró una gran necesidad de saber la magnitud de lo que estaban maquinando Sofian y sus amigos.

Ya sentado delante del ordenador en mi habitación conseguí que mis pulsaciones volvieran a su ritmo normal. En cambio, el sudor seguía paseándose por todo mi cuerpo. Mi respiración se fue pausando poco a poco. Intenté relajarme antes de ponerme manos a la obra. No lo conseguí.

Al abrir la carpeta donde estaban los documentos de mi amigo Sofian encontré de todo un poco. Pude ver vídeos de Al-Qaeda en los que se explicaba cómo fabricar explosivos de forma casera; había vídeos en los que se mostraban como entrenaban a jóvenes para prepararse para la guerra santa; también pude ver algunos enlaces a páginas web de carácter yihadista. Todo esto no me sorprendió. Ya sabía de antemano que Sofian tenía una forma de pensar tan extremista que podía llevarle a consultar páginas web de esta índole. Pero esto no era lo que iba buscando. Durante dos horas seguí investigando, leyendo todos los documentos que había. Nada de nada. No encontraba lo que estaba buscando. ¿Pero qué estaba buscando realmente? Igual estaba equivocado con mi amigo y había entendido mal las palabras de Sofian en el locutorio.

No desesperé y seguí indagando hasta el final. De pronto encontré un documento con el nombre en clave de Hiroshima. Me llamó la atención ver el nombre de una ciudad japonesa en el título del texto. Y en seguida mi mente ató cabos. Las bombas de Hiroshima y Nagasaki de agosto de 1945. ¿Tal era la magnitud de lo que estaban organizando como para ponerle este nombre a su maléfico plan? Tras media hora de leer y releer el documento el mundo se me vino abajo. Me quedé desalentado con la cabeza apoyada en mis brazos delante del ordenador. Lo que estaban preparando era muy gordo. No me lo terminaba de creer y lo volví a analizar. No podía quedarme como si nada. Por muy amigo que fuera no podía admitir lo que se traían entre manos. No quería informar a nadie de lo que acababa de averiguar. Moraima tenía que estar al margen de todo esto, por su propia seguridad. No podía involucrarla en un problema de este tipo. Era muy peligroso. No sabía si Hakim estaba al tanto de todo el operativo organizado por los amigos de Sofian. Debía desconfiar de todo el mundo, incluso del propio Hakim, viejo amigo de mi padre. Y por supuesto, me negaba en rotundo a hablar de nuevo con Sofian. Esa no era la solución. De nuevo intentarían convencerme para que me mantuviera al margen de sus planes. O peor aún, podrían deshacerse de mí, dada la magnitud de la operación.

Decidí borrar todos los documentos robados de la memoria de mi amigo, incluso el que llevaba el nombre de Hiroshima. Era demasiado peligroso tener esa información en mi poder, así que decidí deshacerme de ella. Únicamente existía una solución posible y tenía que ponerla en práctica, muy a mi pesar.

—¿Es la Policía Nacional? —pregunté al oír una voz femenina descolgar el teléfono al otro lado.

—Sí, así es. Dígame, ¿puedo ayudarle en algo?

—Sí, claro que me puede ayudar —respondí—. Aunque creo que más que ayudarme ustedes a mí, voy a ayudarle yo a ustedes.

—No entiendo, explíquese —contestó la policía.

—En los próximos meses se va a producir un atentado terrorista de gran magnitud en Madrid. No le puedo especificar ni el día, ni la hora, ni el lugar concreto. Puede tomarse a broma esta información, aunque yo no lo haría. Es una recomendación. Esta información la he conseguido de primera mano. Tienen que estar muy atentos los próximos meses, ya que lo que se está organizando es muy grande. Hágame llegar esta información lo antes posible a sus superiores. Es de carácter urgente. Y dígame que este atentado está relacionado con el robo de explosivos ocurrido en las últimas semanas en Asturias.

Colgué el teléfono sin dejar a la policía hacer ninguna pregunta. Mientras salía de la

cabina de teléfono miré a mi alrededor para comprobar que nadie me había observado. Me aseguré que no hubiera ninguna cámara de algún banco enfocando hacia la cabina. Había decidido desplazarme hasta Guadix, pueblo cercano a la capital granadina, para no levantar la más mínima sospecha cuando rastrearán la llamada. Así no podrían relacionar mi aviso con la población marroquí asentada en el centro histórico de la ciudad de Granada. Mi intención no era esa. Evidentemente yo no quería que Sofian y sus amigos acabaran en la cárcel. Solamente intentaba poner en aviso a los cuerpos de seguridad del Estado, para que con sus investigaciones disuadieran a los terroristas de sus macabras intenciones.

De nuevo en Granada mi mente no dejaba de darle vueltas a lo sucedido. Me preguntaba si había tomado la decisión correcta. Yo sabía que las fuerzas del orden del Estado español tenían algún tipo de conocimiento de lo que estaban preparando Sofian y sus amigos. Cuando fui a Oviedo a recoger a Sofian y al Chino la Guardia Civil estuvo a punto de atraparles. Ese hecho me hacía pensar que les iban siguiendo la pista desde hacía tiempo. En cuanto tuviera conocimiento de mi llamada, la Policía intensificaría sus operaciones y ello provocaría que los terroristas se olvidaran del tema.

—¿Qué tal está Moraima, Karam? —preguntó Sofian al entrar en casa.

—¿Moraima? Bien. Como siempre —respondí yo.

—Me alegro que al final el accidente no fuera nada.

Habían pasado unos días desde mi último encuentro con Sofian en el locutorio. Se me había olvidado por completo que me había tenido que inventar una tonta excusa para poder justificar mi ausencia del locutorio tan repentinamente.

—Perdona Sofian, no sabía a qué te referías. Estaba pensando en mis cosas. Al final lo de Moraima fue un golpecito de nada. Ella no se hizo nada y el coche solo unos arañazos.

—Menos mal —dijo mi amigo—. Me dejaste muy preocupado cuando te fuiste del locutorio. Tenías cara de haber visto a un fantasma y parecías muy nervioso.

—Imagino. Ya sabes lo nervioso que me pongo ante determinadas circunstancias inesperadas.

—Bueno, lo importante es que todo haya quedado en nada. He venido a hacerte una propuesta. Estaba abajo en casa de Hakim y he subido para invitarte a una fiesta. ¿Te apetecería venir?

Los compañeros de carrera de Sofian habían preparado una fiesta universitaria para el fin de semana. Según me contó mi amigo, era el cumpleaños de uno de ellos, quien se iba a encargar de comprar algo de picar y de beber. Iba a haber comida, música y chicas.

Llevaba varias semanas muy ocupado con el locutorio y las clases en la universidad. Apenas había tenido tiempo para desconectar. Mi tiempo desde mi llegada a España había estado dedicado en su totalidad a los negocios del tráfico de hachís, a asistir a la universidad y, si me quedaba algo de tiempo libre, a Moraima. Además los últimos acontecimientos me habían provocado una gran inquietud y ansiedad. Pensé que me podría venir bien desconectar y conocer a gente nueva.

—Me apunto Sofian —respondí a la propuesta de mi amigo—. ¿Cómo quedamos?

—El sábado a las nueve de la noche en la puerta del ayuntamiento.

El amigo de Sofian vivía en una casa alquilada del barrio del Albaicín. Cuando llegamos pasaban veinticinco minutos de las nueve y ya había llegado bastante gente a la fiesta, unas treinta personas, para ser más exactos. La mayoría de los presentes eran musulmanes de origen africano,

a excepción de tres valencianos compañeros de Sofian que también estudiaban Filología Árabe. Ninguno de los asistentes tenía nada que ver con los amigos extremistas de Sofian, lo cual me tranquilizó.

Tras presentarme al cumpleaños y a varios de sus amigos, nos adentramos en la cocina para comer algo. Mientras mi viejo amigo se perdía por la casa saludando a gente, yo aproveché para saborear un poco de carne de cordero estofada y unas verduras. Fui al frigorífico en busca de algo de beber. Al abrirlo, me sorprendió ver cervezas en su interior y me decanté por una Alhambra.

Después de media hora cenando y conversando con personas desconocidas, apareció mi amigo por la cocina con un porro de marihuana en sus manos y una tremenda sonrisa dibujada en su cara.

—¿Quieres fumar? —me preguntó.

—No, gracias. Todavía estoy con los postres —respondí mientras le mostraba el *briwat* de almendras que me estaba comiendo.

—¿Eso son *briwats* marroquíes? Me apetece mucho comer algo dulce. ¿Dónde hay más?

Le indiqué donde se encontraban los dulces y cogió el plato entero. Con una mano se metía a la boca uno tras otro y con la otra le daba profundas caladas al porro.

Dejé a Sofian en la cocina saciándose de dulces y porros. Ya en el salón de la casa y con una nueva cerveza en mis manos, empecé a bailar música típica marroquí. La gente bebía, fumaba, hablaba y bailaba. En torno a varios sillones y un sofá, la gente había improvisado una peculiar pista de baile. La música estaba bastante fuerte, no así la luz, ligeramente tenue.

Pude ver a dos chicas que bailaban y se reían mientras me miraban. Las observé durante varios minutos algo nervioso, hasta que decidí unirme a ellas. Al acercarme, siguieron cuchicheando y sonriéndome. Bailaban, me miraban, se tocaban el pelo nerviosas, hablaban entre ellas, me sonreían.

Ya de cerca, pude ver que también eran magrebíes. Sus rasgos faciales eran norteafricanos. Esto me excitó bastante. Pero pese a parecer musulmanas vestían de forma occidental. Esto me excitó aún más. Una de ellas se acercó por detrás de mí bailando y empezó a rozarse conmigo como si de una serpiente se tratara. La otra bailaba delante de mí sonriéndome y bebiéndose su copa. Le pegué un gran trago a mi cerveza hasta acabármela. Intentando evitar el peligro, me di media vuelta y me encontré cara a cara con la otra chica, la serpiente. Era bella, muy bella. Nervioso y excitado, mantuve las distancias mínimas recomendables intentando no caer en pecado. Justo en ese momento, noté como la otra chica se rozaba con mi espalda jugueteando. Me encontraba totalmente acorralado, entre la espada y la pared.

—Hola Karam —dijo una de ellas.

—Hola chicas. ¿Nos conocemos?

—Tú a nosotras no, pero nosotras a ti sí. Te hemos visto por el barrio y por la facultad —respondió la otra chica a mis espaldas, justo antes de besar mi nuca.

—Entiendo. ¿Y de dónde sois? ¿Marruecos? —pregunté.

—No, argelinas. Yo soy Fátima y ella Nadia. Somos primas y llevamos casi toda la vida viviendo en España.

En ese preciso instante me abalancé sobre ella y le mordí la boca, abrazándola por la cintura. Con mucha ternura ella separó sus labios de los míos y puso su dedo índice sobre mi ansiosa boca.

—No tan deprisa, chico —dijo Fátima—. Creo que aquí hay demasiadas personas. Vamos a buscar un lugar más íntimo.

Nadia se dirigió hacia la cocina en busca de algunas bebidas frescas. Fátima, cogida de mi mano, me arrastró hacia el aseo. Al abrir la puerta, vino a mi mente Moraima. La primera vez que hice el amor con ella había sido en los servicios de aquel restaurante italiano. Intenté quitármela de la cabeza, pero no pude. Solo la voz de Fátima me sacó de mi abstracción.

—¿Quieres una raya?

—¿Cómo? ¿Una raya?

—Sí, Karam, un raya de cocaína. ¿Te apetece o no? —me preguntó Fátima.

—Sí claro, como no.

No recordaba la última vez que me había metido una raya, hacía ya muchos años desde la última vez. Fátima había sacado una papelina de coca y preparaba las rayas sentada en la tapa del váter de espaldas a mí. Apoyada sobre la cisterna, hacía tres rayas. Yo, mientras tanto, mirándome en el espejo intentaba relajarme de la excitación vivida. Abrí el grifo y dejé correr el agua. Empapé mis manos y me las llevé a la cara. Miré a Fátima a mi derecha mientras ella seguía dibujando unas rayas sobre un pequeño espejo.

En ese instante se abrió la puerta del servicio. Era Nadia. Traía tres cervezas en sus manos y un porro de hachís. Me pasó el porro y una cerveza. Le pegué una honda calada al porro y un enorme trago a la cerveza. En el estrecho habitáculo en el que nos encontrábamos, el espacio vital apenas existía. Nadia se rozó varias veces conmigo mientras se acercaba a Fátima para hablar con ella. En una de esas, se apoyó en mí, de espaldas, dejando descansar su culo sobre mi miembro. La cogí de la cintura y le di otro trago a mi cerveza. Ella giró su cara buscando la mía. La besé con el cuello girado mientras notaba su culo rozándose conmigo. Embriagado por el alcohol y las drogas, me dejé llevar. Cerré los ojos y saboreé los labios de aquella apacible argelina. Los abrí cuando noté a Fátima, la otra argelina, besándome el cuello. Se acababa de meter su raya y me acercaba el espejo a mí. Lo cogí y solté a Nadia, dejando mi cerveza sobre el lavabo. Mientras me metía la raya de cocaína noté como Nadia se arrodillaba y bajaba la cremallera de mis pantalones. Una gran amargura se deslizó por mi garganta. Había olvidado el amargo sabor de la cocaína. Fátima seguía mordiendo mi cuello. Dejé el espejo sobre el lavabo y cogí a Fátima del cuello acercando su boca a la mía. Tremendamente excitado por la situación, el alcohol y las drogas, le comí la boca a Fátima, mordí su cuello y lamí sus pechos. Nadia me había bajado los pantalones hasta los tobillos y me estaba haciendo una maravillosa felación. Pero no me encontraba cómodo en ese aseo tan pequeño. Necesitábamos una cama para poder dar rienda suelta a nuestra imaginación.

—Un segundo chicas.

—¿Qué pasa? —dijo Fátima sin casi separar su boca de la mía.

—Vamos a una habitación a buscar una cama. Esto lo tenemos que hacer bien.

Al salir del lavabo noté la música más tenue y la casa más oscura. Parecía como si yo fuera el protagonista de un videoclip donde todo ocurría borroso, de forma muy lenta. “Será el poder del alcohol y de las drogas”, pensé. La gente continuaba bailando en el salón. Había invitados hablando tirados en el suelo del pasillo. Camino de una de las habitaciones pasamos por la puerta de la cocina. Al pasar, algo llamó mi atención. Desanduve lo andado y me asomé a la puerta de la cocina. No me lo podía creer. Era Sofian bailando encima de una silla rodeado de los tres chicos valencianos. Estaban los cuatro solos en la cocina. Invité amablemente a mis amigas argelinas a que me esperaran en la habitación mientras yo iba un minuto a la cocina a por más cervezas. Ellas aceptaron a regañadientes.

—Hombre, Karam, ¿dónde te habías metido? —preguntó Sofian eufórico al verme entrar.

—Estaba hablando con unas chicas en el sofá. ¿Y tú cómo vas? Has fumado bastante, ¿verdad?

—Lo de siempre Karam. Mira, estos son unos colegas valencianos que estudian en mi facultad.

Entonces me percaté de que mi amigo lleva un vaso en la mano. Se lo quité y me lo llevé a la boca. Llevaba whisky. Sofian no había bebido alcohol en su vida. Él era incapaz de beber alcohol a sabiendas, era demasiado extremista para eso. El Corán no se lo permitía. Miré a los valencianos y empezaron a reírse. No me lo podía creer. “Cabrones”, pensé para mis adentros. Habían emborrachado a mi amigo mezclándole su bebida con whisky.

Lo saqué de la cocina y me lo llevé al salón. Al entrar en él miré a la habitación del fondo, conocedor de la bacanal que allí me esperaba. Muy a mi pesar, hice caso omiso a mis impulsos más carnales y acompañé a Sofian al sofá.

—Me lo estoy pasando en grande Karam —dijo mi amigo ya sentado en el sofá.

—Yo también Sofian. ¿Sabes qué? He conocido a dos argelinas que me están volviendo loco. Están tremendas.

—Déjate de mujeres Karam —dijo mi amigo algo ebrio—. Las mujeres son la perdición. Donde estén los amigos, que se quiten todas las mujeres del mundo. Somos amigos desde la infancia y espero que jamás nada nos separe. Eras mi mejor amigo de pequeño y te he echado mucho de menos estos años. Durante este tiempo separados nuestra forma de pensar se ha distanciado, pero no así nuestra amistad. Pese a que pensemos de forma diferente, vamos a continuar siendo amigos, ¿verdad?

—Vas muy borracho Sofian, así que no te pongas cariñoso —contesté yo entre carcajadas.

—Eres gilipollas Karam. Yo hablándote de sentimientos y tú diciendo tonterías.

—Tienes razón. Mira, vente conmigo. En la habitación del fondo están las dos argelinas esperándome. Me acompañas, te las presento y nos las follamos. ¿Qué te parece?

—No sé Karam, es que yo...

Cogí a Sofian del brazo y lo levanté del sofá. Sin tiempo para reaccionar me tuvo que seguir casi a la fuerza. Al abrir la puerta de la habitación me encontré a las dos primas semidesnudas. El ambiente era bastante vaporoso. Una pequeña lámpara en la mesita de noche, era la única luz que iluminaba la habitación. Nadia se encontraba tumbada en la cama en ropa interior con las piernas abiertas. Un exquisito conjunto negro era lo único que no me dejaba ver su cuerpo desnudo. Al verme se empezó a rozar contra la cama a la vez que acariciaba sus pechos. En cambio, Fátima estaba sentada en un sillón en sujetador, quitándose los pantalones y fumándose un porro.

—Perdonad el retraso, pero es que mi amigo Sofian también se quiere unir a la fiesta. ¿No os importa, verdad? —pregunté mirándolas a las dos.

—De ninguna manera —respondió Fátima alargando la mano e invitando a Sofian a que se arrojara.

Dejé a mi amigo con Fátima, mientras yo me acercaba a la cama. Me saqué la camiseta sin quitar la vista del escultórico cuerpo de Nadia tendido sobre las sábanas. Ella se tocaba su sexo con muchísima delicadeza y me miraba a los ojos retorciéndose de placer. Con el torso descubierto, me quité los pantalones. Nadia seguía masturbándose mientras me miraba. Me saqué mi miembro y se lo puse en la boca. Empezó a lamerlo dulcemente, sin descanso. Yo deslicé mi mano por su vientre hasta alcanzar su sexo.

Fue entonces cuando giré mi cabeza para ver cómo iban las cosas entre mi amigo y la otra argelina. Sofian, de pie junto a Fátima, dejaba que ella acariciara su cuerpo. Mi mirada se cruzó con la de Sofian, que observaba como Nadia chupaba mi sexo. Estaba plantado sin camiseta y con un porro humeante en su boca. Mi amigo tenía dibujada una insaciable cara de satisfacción, lo que denotaba que estaba disfrutando.

Me tumbé sobre Nadia rozando mi miembro contra su sexo. Ella se giró bruscamente sobre mí, cambiando nuestras posiciones en la cama, y se arrodilló encima de mí, agarrando mis brazos con sus manos y besándome la boca. Ahora mandaba Nadia, quería tener el control de la situación. Fue restregando su sexo por mi pecho hasta llegar a la altura de mis labios. Arrodillada sobre mi cara, puso su sexo en mi boca. Agarré su culo con fuerza. Cerré los ojos dejándome llevar por el placer y por la tremenda borrachera que llevaba. Un portazo se escuchó al otro lado de la habitación. No hice mucho caso a ese ruido. Supuse que mi amigo la habría vuelto a liar. No le di importancia y seguí a lo mío. Aparté las braguitas de la argelina con la mano y empecé a lamer suavemente su clítoris. Saboreé su sexo totalmente excitado. Abrazado a los muslos de Nadia jugueteé con su sexo insaciablemente. Ella gemía con locura. Noté como Fátima se unía a nosotros, deslizándose por mis piernas. Mientras yo lamía el sexo de Nadia, Fátima empezó a chupar mi miembro. El goce era máximo. Dar y recibir placer al mismo tiempo. Alargué mi mano buscando acariciar la cabeza de Fátima. Busqué su larga melena, pero no la encontré. De repente, la había perdido. Tenía el pelo corto, demasiado corto. Algo no me cuadraba. Abrí los ojos desconfiado.

—¡Sofian! —grité.

Al abrir mis ojos encontré a Sofian desnudo tumbado en la cama y saboreando mi sexo. No había sido él quien se había ido minutos atrás, sino Fátima tras discutir con mi amigo. Este se había negado a tener sexo con Fátima y ella se había marchado enfadada.

—¡Qué mierda haces Sofian! —volví a gritar mientras apartaba a Nadia de mi cara.

—¿No te gusta? —preguntó él.

Al ver que mi amigo no cesaba en su empeño, le propiné un empujón con mis piernas, cayendo de la cama hacia atrás. Mientras tanto, Nadia aprovechó para recoger su ropa y salir corriendo de la habitación.

—¿Qué mierda haces Sofian? —le pregunté gritando.

—No lo sé Karam. Pensaba que a ti también te iba a gustar.

—¿Cómo me iba a gustar, Sofian? No estoy tan borracho como para eso, aunque veo que tú sí.

—Sí, algo colocado sí que voy, pero no es eso Karam.

—¿Entonces qué cojones es?

—Karam, tú me gustas.

—¿Qué? Creo que has bebido demasiado, Sofian.

—No, Karam. Te lo voy a explicar —dijo mientras se vestía—. A mí no me gustan las chicas, nunca me han gustado. Por eso no quería entrar a la habitación con esas dos argelinas. Tú has insistido, he entrado aquí y al verte desnudo me he excitado. Luego he mandado a Fátima a la mierda y el resto ya lo sabes.

—Pero Sofian, no entiendo nada.

—Karam, hombre, que soy gay. Eso lo entiendes, ¿no?

—Pero, ¿por qué no me habías dicho nada antes? —pregunté yo intrigado.

—Nuestra religión está totalmente en contra de la homosexualidad. Tanto el Corán como la Sunna prohíben los actos sexuales entre personas del mismo sexo. Sabes que en la mayoría de países musulmanes es un delito ser homosexual. Nunca me han interesado las chicas. Desde pequeño siempre he sentido atracción por los hombres. Pese a que he intentado luchar contra ello y esconder mis sentimientos, jamás lo he conseguido. Mis profundas creencias islamistas chocan de lleno con mis sentimientos. Por mi propio interés, creo que es un problema que no mucha gente debe saber. Nadie de mi familia y mis amigos conoce mi verdadera sexualidad.

—Entonces, ¿por qué te has acercado a mí con esas intenciones? —pregunté.

—No lo sé Karam. Me he dejado llevar. Siempre he sentido atracción y admiración por ti, desde la infancia, aunque nunca te dije nada. Al separarnos creí que mis sentimientos hacia ti habían desaparecido. Pero al verte de nuevo aquel día en el aeropuerto, al cruzarse nuestras miradas, un nudo se hizo en mi estómago, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y me di cuenta de que seguía enamorado de ti. Karam, te quiero y estoy locamente enamorado de ti.

—Pero yo no soy gay. A mí me gustan las mujeres. Jamás me fijaría en un hombre. Solo pensarlo, me da asco joder.

Justo en el momento en el que dije la última palabra me arrepentí de haberla dicho. Vi como los ojos de mi amigo se llenaban de lágrimas. No había estado a la altura de la situación y no había medido mis palabras. Mi amigo acababa de abrirme su corazón, acababa de contarme algo que jamás le había contado a alguien cercano y yo lo trataba como a una mierda.

—¡Perdona Sofian, no quería decir eso! —exclamé yo.

—Querías decir lo que has dicho Karam —dijo mi amigo llorando—. Da igual, no te tendría que haber contado nada. Espero que por lo menos seas lo suficientemente sensible e inteligente como para no contarle nada a nadie. Esto no debería haber pasado nunca, así que bórralo de tu memoria. Aquí no ha pasado nada.

Sofian salió corriendo de la habitación dejándome con la palabra en la boca y dando por terminada nuestra conversación. Segundos después escuché como mi amigo cerraba la puerta de la casa con un gran portazo.

Me quedé tumbado en la cama totalmente desnudo, boca arriba, mirando al techo, pensativo, con las manos entrelazadas detrás de mi nuca. No me podía creer lo vivido aquella noche. No sé si las drogas y el alcohol tenían algo que ver en todo lo sucedido, pero lo que me había dejado completamente escéptico era una cosa. Sofian enamorado de mí.

ventana. Al abrir los ojos no recordaba donde me encontraba. Al incorporarme pude reconocer mi habitación. Una gran resaca me hizo volver a tumbarme y acordarme de la melopea que me había pillado la noche anterior.

Al intentar recordar algo de lo sucedido la noche anterior, encontré muchas lagunas en mi memoria. Pero había una cosa que no se me había olvidado. La embarazosa situación vivida con las argelinas y con Sofian. Un pensamiento no dejaba de dar vueltas en mi cabeza: mi amigo estaba enamorado de mí.

Bajé al piso inferior y me tomé un zumo de naranja con Hakim. Intenté comer algo, pero mi cuerpo no aceptaba ningún alimento sólido. Pregunté a Hakim por Sofian, pero me dijo que no sabía nada de él. Tenía que hablar con él lo antes posible. Cogí el móvil y marqué su número. Dejé que los tonos sonaran una y otra vez. No tuve ninguna respuesta. Lo llamé varias veces, pero la respuesta era siempre la misma. Ninguna.

Pese a la resaca y a la pesadez, saqué fuerzas de flaqueza, me vestí y bajé a la calle. Primero fui a casa de Sofian, pero no lo encontré. Estuve merodeando por las calles adyacentes a su casa para ver si daba con él, pero nada de nada. Supuse que estaría durmiendo la resaca, así que desistí en mi intento de encontrarlo. Dejé esa conversación pendiente para otro momento.

Entré en mi locutorio, con la idea de trabajar un poco en los negocios familiares para tener la mente ocupada y no pensar en Sofian. Saludé al dependiente al pasar junto al mostrador y le dije que no estaba para nadie, necesitaba estar solo. Sentado en el sillón de mi despacho no dejaba de darle vueltas al mismo tema, cuando oí que alguien preguntaba por mí al otro lado de la tienda. Intuí que era Sofian y le dije al dependiente que le hiciera pasar.

—¡Moraima! — exclamé al verla entrar.

—¿Quién pensabas que era? ¿Esperabas a otra persona?

—No, no. Pensaba que era Sofian.

Al acercarse a darme un beso en los labios, un inmenso sentimiento de culpabilidad me inundó. Ella lo notó en seguida, como buena mujer.

—¿Te pasa algo? Tienes mala cara Karam.

—Sí. Bueno. Anoche me pillé una buena tajada en la fiesta de los amigos de Sofian. Tengo una gran resaca, simplemente.

Nervioso, contesté a la pregunta de Moraima como si de un interrogatorio policial se tratara. No entendía el motivo. En otras ocasiones había engañado a antiguas novias con otras chicas y no me había sentido tan mal. La verdad es que yo no había sido el mejor ejemplo de novio con mis parejas. Había sido bastante golfo y no me había importado, hasta ese preciso momento. Ahora era distinto. Me sentí culpable, sucio, como un cerdo. Había metido la pata hasta el fondo. En ese instante, sentado delante de Moraima como si de un delincuente se tratara, me di cuenta de que la había cagado. Me sentía fatal, como nunca antes me había sentido en mi vida. La resaca, el malestar por lo ocurrido con Sofian, y ahora esta gran desazón. Pero no le podía mentir, y menos a ella. Tenía que contárselo. Seguro que lo entendería. Tenía entendido que las mujeres españolas eran muy abiertas y muy liberales.

—Moraima.

—¿Qué te pasa cariño? Estás muy raro.

—Nada. No me pasa nada —contesté dubitativo.

—Cuéntame Karam.

—Anoche tomé muchas drogas y bebí mucho.

—Bueno, no pasa nada. A mí también me ha pasado alguna vez cuando he salido con mis amigas de fiesta.

—Ya. Pero es que hay algo más. Me dejé llevar por las drogas y el alcohol, ¿sabes? Y me lié con dos chicas argelinas —dije de forma ingenua pensando que Moraima entendería la situación.

—¿Qué? —gritó Moraima.

—Pues eso cariño. No sabía lo que hacía. Estoy muy arrepentido. Solo te pido que me perdones.

—¿Te las follaste, Karam?

—¿Cómo? —pregunté yo confuso.

—¿Qué si te las follaste, joder? —gritó todavía más fuerte.

—Sí, bueno no. Da igual. ¿Eso qué importa, Moraima?

—Tienes razón Karam, eso no importa —replicó Moraima totalmente fuera de sí—. Nada importa ya. Ni tú, ni yo, ni nada. Mira que mis amigas me lo advirtieron. Mira que me dijeron que no me enamorara de un moro de mierda, que los moros son unos machistas y unos putos polígamos. Y yo no les hice ni puñetero caso. Me das asco. ¿Sabes lo que te digo, Karam? Que te vayas a la mierda, que me olvides y que no quiero volver a saber nada de ti.

—Pero Moraima, eso son prejuicios. Tú no piensas como tus amigas. Déjame que te explique...

—No hay nada más que explicar. ¡Vete a la mierda! —gritó mientras salía de mi despacho llorando.

No supe reaccionar. La situación me superaba. Dejé que se fuera con los ojos enrojecidos y las lágrimas deslizándose por su rostro. No supe qué decir, no tenía excusa. Le había fallado y merecía todo lo que me había dicho.

Me quedé con los codos apoyados sobre la mesa del despacho y la cabeza entre mis manos. Acababa de perder al que había sido el amor de vida hasta ese momento. Si no había tenido suficiente con el malentendido de la noche anterior con Sofian, la discusión con Moraima me dejaba tocado y hundido.

Las semanas siguientes las pasé entre idas y venidas de casa de Moraima al locutorio; del locutorio a casa de Sofian; de casa de Sofian a mi casa; de aquí a casa de Moraima; de casa de Moraima al locutorio, y así un día tras otro. Apenas dormía ni comía nada. Desatendí totalmente el locutorio y mis negocios. Me obsesioné de tal manera, que llegué a pasar algún día entero durmiendo en la puerta de casa de Sofian o de Moraima. Alguna vez llegué a cruzarme con ellos, pero tanto el uno como la otra me esquivaban, me ignoraban continuamente, hacían como si yo no existiera. No querían saber nada, absolutamente nada de mí. Mis incesantes llamadas de teléfono no eran respondidas. Mis constantes mensajes de móvil no eran devueltos. Mis continuos correos electrónicos no tenían contestación.

Hasta que un día, después de tres semanas, recibí un correo electrónico de Moraima. En él se despedía de mí. Me confesaba que, tras haberlo meditado muchísimo, no quería saber nada

sobre mí. Le había hecho mucho daño y quería olvidarme. Se iba un tiempo a vivir a Madrid a casa de una amiga. Necesitaba desconectar, huir de Granada, desaparecer, dejar atrás todo lo que le recordara a mí. En ese correo me decía, que pese al tremendo daño que le había hecho, me seguía queriendo, que pese a todo lo sufrido, se quedaba con los mágicos meses que habíamos compartido juntos. Por último, me decía que no la molestara más, que no la llamara ni le escribiera, que tenía derecho a tener un poco de paz y tranquilidad.

Fue la última noticia que tuve de Moraima. Hice lo que me pidió. No la molesté más. Tenía razón. Suficiente daño le había hecho ya, como para continuar incomodándola. No la volví a llamar.

Aquellos fueron días de soledad, de meditación y de búsqueda de uno mismo. Dicen que quien más te quiere, es quien más daño puede hacerte. Y así me pasó a mí con la tierna Moraima. La indiferencia de Moraima, su pasotismo, el no tener derecho a saber nada de ella, me sumió en la más profunda de las tristezas. Pasé noches enteras en vela, dándole vueltas al mismo tema, Moraima, Moraima y más Moraima. No podía creer que por una noche de fiesta y unas malas decisiones, hubiera perdido a la dulce Moraima. Finalmente tuve que admitir que la había perdido definitivamente. Además tenía que aprender de los errores cometidos para no volver a cometerlos en futuras relaciones.

Me centré entonces en acercarme, de alguna manera, a mi amigo Sofian. Y la única manera que tenía era una que no me agradaba nada. Estrechar el contacto y las relaciones con sus amigos islamistas.

Continué trabajando con ellos. Les abaraté el coste de mi mercancía para que se vieran obligados a continuar comprándomela a mí. Yo sabía que Sofian les iba a persuadir para que dejaran de comprar mi hachís. Él quería distanciarse de mí a toda costa. Les iba a presentar otros vendedores para que les compraran sus mercancías. Lo conocía lo suficiente como para saber que haría lo imposible para no tener ningún contacto conmigo. Pero no lo consiguió.

Faysal, el Chino, regentó continuamente mi locutorio durante esos días. No le gustaba cerrar los negocios por teléfono y prefería hablarlo todo cara a cara. Se mostró muy interesado en continuar con el intercambio de mi producto. Yo, me mostré todo lo hospitalario que pude con él, para así tener noticias frescas continuamente de Sofian. Gracias al Chino pude saber que mi viejo amigo estaba bien, que veía casi diariamente a sus amigos extremistas y que seguía centrado en los exámenes de la carrera.

Fue una gélida noche de invierno cuando lo volví a ver. Caminaba yo en dirección a casa por las sinuosas calles cercanas a la Catedral de Granada cuando me di de bruces con Sofian. Iba acompañado de su amigo Abdel. Este último me saludó de forma cordial, mientras Sofian agachaba la mirada y miraba al suelo.

—¿Dónde vas, Karam? —preguntó Abdel.

—A casa —respondí—. Voy a ver si ceno algo y me acuesto, que hoy estoy muy cansado. ¿Y vosotros?

—Vamos a casa de Hakim —respondió Abdel.

—Abdel, ¿te importa si nos quedamos Sofian y yo unos minutos aquí hablando? —pregunté.

Sofian levantó la cabeza e intentó matarme con la mirada. Indudablemente, no lo consiguió. Nadie sabía que mi viejo amigo y yo estábamos peleados, así que no se pudo oponer a mi encerrona. Abdel se despidió de nosotros y continuó su camino hacia la cercana casa de Hakim.

Pasamos varios minutos sin decir nada. Ninguno de los dos sabía qué decir. Él, nervioso, agachaba la cabeza con las manos en los bolsillos mirando como sus pies no paraban de moverse.

Yo, nervioso también, miraba a un lado y a otro continuamente, comprobando que nadie escuchara nuestra conversación.

—Karam, tengo que pedirte disculpas —dijo Sofian con tono de culpabilidad.

—¿Disculpas? ¿Tú a mí, por qué? —pregunté yo confundido.

—No sé Karam. Por varios motivos. En primer lugar, por no haber respondido a ninguna de tus llamadas ni de tus mensajes. En segundo lugar, por esquivarte continuamente durante estas últimas semanas. Y por último, por lo que pasó aquella noche en casa de mi amigo.

—No pasa nada Sofian, acepto tus disculpas. Aunque creo que soy yo quien debería pedirte disculpas a ti. Mis palabras aquella noche fueron bastante desafortunadas. Realmente no pensaba lo que decía.

—Ya no me acuerdo ni de lo que me dijiste.

—Entonces, ¿por qué has estado cabreado tanto tiempo conmigo y me has esquivado un día tras otro? —pregunté yo.

—Yo no estaba cabreado contigo. Todo lo contrario. Estaba cabreado conmigo mismo, cabreadísimo. Sentía vergüenza por todo lo ocurrido en aquella habitación y te evité todo lo que pude. Entiéndeme Karam, para mí ha sido una situación muy difícil. Un buen musulmán no haría lo que yo hice aquella noche.

—Eso no es así, Sofian. Tienes que admitir tu sexualidad y ya está. No eres ni mejor ni peor persona por sentirte atraído por hombres. Es totalmente normal. No te fustigues más a ti mismo.

—Agradezco tus sabias palabras amigo, pero no me apetece hablar de ese tema ahora. ¿De acuerdo?

—No te preocupes. Te entiendo perfectamente. Ven aquí y dame un abrazo Sofian.

Ambos nos fundimos en un eterno abrazo, sabedores de que, con nuestro distanciamiento, estuvimos cerca de echar al traste una labrada amistad. Me quité de encima un enorme peso con aquel abrazo, fue como rejuvenecer cinco años de golpe.

De camino a casa le conté a mi amigo lo ocurrido con Moraima y lo mal que lo había pasado en las últimas semanas.

Aquella era una mañana triste de invierno, muy fría. El día amaneció mustio, sin chispa, como adelantándome que aquel no iba a ser un día alegre en mi vida. El cielo estaba totalmente encapotado y no dejaba de llover. Los paraguas y los charcos inundaban la ciudad. El frío se te metía en los huesos, como si quisiera aferrarse a ellos. Los turistas asomaban sus cabezas a las puertas de los hoteles, sabedores que aquel no era el mejor día para pasear por la urbe.

Estudiando me encontraba yo en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada, cuando recibí un mensaje en mi móvil de Hakim: “Ven a mi casa lo antes posible. Es muy urgente”.

De camino a casa de Hakim intenté hablar con él por teléfono varias veces, pero no lo conseguí. Apenas tardé veinticinco minutos en plantarme en casa del viejo amigo de mi padre. Al tocar el timbre, me abrió la puerta Sofian, quien me hizo pasar al salón. Hakim me recibió de pie, algo nervioso, mientras su esposa estaba llorando sentada en el sofá.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunté yo muy alterado.

—Relájate Karam, por favor —contestó Hakim—. Siéntate. Sí, ha ocurrido algo en Marruecos.

Tienes que llamar a tu padre de forma inminente.

Me senté al lado del teléfono e intenté relajarme mientras la mujer de Hakim me acercaba una taza de té. No lo conseguí. Es más, me puse más nervioso todavía, así que me levanté mientras marcaba el número de teléfono de casa de mis padres en Ketama. Se me hicieron eternos los escasos segundos que pasaron hasta que pude oír una voz al otro lado del aparato.

—¿Padre? —pregunté.

—Hola Karam, ¿cómo estás?

—Yo bien, ¿y vosotros? ¿Ha ocurrido algo? Hakim me ha dicho que te llamara. Dime, ¿qué es lo que pasa?

—Ha ocurrido una desgracia, hijo mío —contestó mi padre llorando—. Han matado a tus dos hermanos.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo padre? Eso no puede ser, eso es imposible —grité yo incrédulo mientras me volvía a sentar, de nuevo, en el sofá.

—Sí hijo, sí. Anoche les pegaron un tiro en la cabeza cuando estaban cenando en un restaurante del centro de Fez. Estaban allí arreglando unos negocios, cuando aparecieron cinco hombres armados y les asesinaron.

—Pero, ¿por qué? ¡No entiendo nada! —grité a la vez que mis ojos se empapaban de lágrimas.

Fue entonces cuando mi padre me lo explicó todo. Desde hacía dos años, mi familia había estado recibiendo amenazas de todo tipo por parte de un nuevo clan de la droga que se había hecho fuerte en el norte de Marruecos. Nuestra familia siempre había respetado a los clanes rivales, firmando con ellos contratos temporales que se iban renovando anualmente. Todo funcionaba de forma pacífica. Esto había sido así durante los últimos cincuenta años. Pero en los últimos tiempos, un nuevo grupo dirigido por el Negro, un joven marroquí muy violento y sin principios, se había instalado en la zona. Este quería controlar el mercado del hachís a toda costa, y para ello utilizaba métodos de todo tipo. Engañaba a sus clientes, persuadía a sus competidores, los torturaba e, incluso, amenazaba de muerte a muchos de ellos.

Según me relató mi padre, este fue el motivo por el que mi familia me envió a España meses atrás. Yo pensé en su momento que mi padre me había apoyado en mi decisión de viajar a España porque estaba de acuerdo conmigo. Pero no había sido realmente así. Mi padre nunca se hubiera alejado de mí con tanta facilidad como lo hizo, si no hubiera sido por el miedo a perderme. La pudiente posición económica de mi padre no necesitaba enviar a uno de sus hijos a España para controlar el negocio en la zona. No me apoyó en la decisión de ir a Europa por hacer realidad mis sueños, sino por miedo a que su hijo fuera asesinado por la banda del Negro. Durante los meses anteriores a mi partida de Marruecos, mi padre estuvo recibiendo numerosas cartas amenazadoras en las que se le advertía que, si no cesaba en su empeño de controlar gran parte del mercado español su hijo pequeño sería asesinado. Este fue el verdadero motivo por el cual mi familia me envió de forma inminente a Europa. Yo me enteré de todo esto con aquella triste llamada.

Mis dos hermanos, algo mayores que yo, disponían de su propia seguridad y de sus guardaespaldas personales. Llevaban muchísimos años en el negocio familiar y sabían cuidar de sí mismos. Conmigo en España, mi padre se sintió mucho más tranquilo, ya que jamás hubiera imaginado que las amenazas cambiarían su objetivo de mí a mis hermanos mayores.

—¡Pero ahora tenemos que vengarnos! —exclamé tras la explicación de mi padre.

—Tranquilo hijo. Por eso no debes preocuparte, déjalo en mis manos. No quiero empezar una guerra abierta que no beneficiaría a nadie.

—Pero entonces, ¿se van a ir de rositas estos asesinos? —pregunté indignado.

—Hijo mío, ¿pones en duda mi honor? Van a pagar todos por ello. Cada uno de los que se ha visto involucrado en el asesinato de mis hijos pagará por ello. Pero lo haremos de forma sutil, como se hacen las cosas, a la antigua usanza y sin dejar rastro alguno. No hoy, ni mañana, pero lo van a pagar con su vida. Ahora debemos centrarnos en enterrar a tus hermanos como se merecen y dejar que descansen en paz.

—De acuerdo padre. Tienes razón. Ahora lo importante es enterrar a mis hermanos. Hoy mismo cojo un vuelo a Marruecos y estoy ahí con vosotros.

—No, Karam, tú no vas a ningún sitio. En estos momentos Marruecos no es un lugar seguro para ti. Puede haber más asesinatos en los próximos días y no voy a permitir que mi hijo pequeño, el único que me queda con vida, corra la misma suerte que sus hermanos.

—Pero padre, no me puedes hacer esto.

—Karam sabes que todo esto lo hago por tu seguridad. Ahora mismo estamos en el ojo del huracán, así que tienes que extremar las precauciones. España tampoco es un lugar seguro para ti. Tienes que andar con mil ojos y no fiarte de nadie. Tienes que estar alerta, ahora más que nunca. Contrata seguridad privada que te acompañe día y noche. Hakim sabrá cómo actuar. Tiene experiencia en estas cosas. Pásamelo y le doy las directrices a seguir.

—De acuerdo —dije yo resignado—. ¿Padre?

—Dime hijo.

—Os quiero mucho. Díselo a madre. Cuidaos y mantenedme informado, por favor.

—Lo haremos hijo, no lo dudes. Nosotros a ti también te queremos y te echamos de menos. Cuídate mucho Karam.

Le pasé el teléfono a Hakim mientras yo me levantaba a estirar las piernas. No podía creer lo que me acababa de contar mi padre. Ante él me había mostrado bastante entero, pero sin él al otro lado del teléfono, me puse a llorar como un niño pequeño, me abracé a Sofian y me derrumbé.

En las últimas semanas la vida me había dado muchos golpes, pero ninguno como este último. La pelea con Sofian y la ruptura con Moraima fueron dos duros mazazos que me habían dejado tambaleándome. Sin embargo, logré mantener el equilibrio y seguí luchando en este largo combate de boxeo que es la vida. En cambio, este último rechazo que me acababa de dar la vida con el asesinato de mis dos hermanos, me dejaba totalmente noqueado. Ni podía, ni quería seguir peleando. Estaba cansado de luchar continuamente. Además me encontraba solo, muy solo. Moraima me había dejado, mis hermanos habían muerto y mis padres estaban muy lejos. Ni tan siquiera podía verlos y abrazarlos en estos momentos tan difíciles de nuestras vidas. No podíamos apoyarnos mutuamente para poder llevar de la mejor manera posible aquella dolorosa pérdida.

Esa misma tarde enterraron a mis dos hermanos en el cementerio de Ketama, envueltos en un sudario, sin ataúd y orientados hacia la Meca. Cientos de personas del norte de Marruecos se acercaron a mi ciudad natal para apoyar a mi familia en esos momentos tan duros. Yo, desde la lejanía, recé por mis hermanos, como hacía tiempo que no lo hacía, para que descansaran en paz y tuvieran un plácido tránsito a la otra vida.

Sofian y Hakim estuvieron encima de mí durante las siguientes semanas, sobre todo el primero. Hakim se encargó de ponerme dos guardaespaldas detrás de mí todo el día, como había ordenado mi padre. Sofian se preocupó de que yo estuviera acompañado casi en todo momento, algo de agradecer en mi situación. Me acompañaba a la universidad cada mañana. Por las tardes intentaba tenerme ocupado llevándome al cine o acompañándome a ver algún partido de fútbol en

algún bar céntrico. Además intentaba que no pasara mucho tiempo en el locutorio solo. En aquellas duras semanas descubrí la verdadera y fuerte amistad que me unía con mi viejo amigo de la infancia. Supe valorar el tiempo que me dedicaba mi amigo, pese a que, seguramente, tuviera mejores cosas que hacer. No pasó ni un solo día, ni un solo minuto en que Sofian no estuviera a mi lado. Durante esos días mi amigo no me habló nunca de sus amigos de Madrid, ni tan siquiera contempló la posibilidad de desplazarse a la capital como hacía habitualmente, pese a que yo imaginaba que tenía cosas importantes que solucionar allí. Como dijo Len Wein, “un verdadero amigo era aquel que estaba a tu lado, cuando preferiría estar en otra parte”.

Durante la primera semana, Hakim se encargó del locutorio y del contrabando de hachís. Pero a partir de la segunda semana, me vi en la obligación de ser yo quien continuara encargándose del negocio familiar. Quería demostrarle a mi padre que podía confiar en mí, que me podía levantar yo solo de aquel duro golpe y así darle fuerzas a él y a mi madre para que continuaran mirando a la vida a los ojos y con la cabeza alta.

Una tarde estábamos Sofian y yo tumbados en el sofá de casa viendo un canal marroquí, cuando una noticia nos sobresaltó. Quince cuerpos sin vida se habían encontrado a las afueras de Meknés, ciudad cercana a Fez. Todos aparecieron sin cabeza y sin manos, lo cual estaba haciendo muy difícil su identificación. Los cuerpos mostraban evidentes signos de tortura. Todo ello hacía sospechar a la Policía que se trataba de algún tipo de ajuste de cuentas entre bandas. No pude remediar esbozar una gran sonrisa en mi cara al escuchar la dantesca noticia. Mi padre, como me prometió, había cumplido con su palabra.

A la mañana siguiente Sofian tuvo que partir para Madrid. Tenía cosas que hacer con sus amigos fundamentalistas, así que lo acerqué a Albolote, donde le estaban esperando el Chino y Abdel. Desde allí partirían para la capital. Al llegar aparcamos el coche en doble fila y bajamos del coche. Al acercarme a saludar a sus amigos, me encontré con una sorpresa. Además del Chino y Abdel también estaba allí Abdul, el Italiano, de quien no guardaba muy buenos recuerdos desde el día que lo conocí en aquella reunión informal en las cercanías de la mezquita de la M-30 de Madrid.

—Siento mucho la muerte de tus hermanos Karam —dijo el Italiano al acercarse a mí mientras Sofian hablaba con el resto de presentes.

—Gracias —contesté—. ¿De nuevo a Madrid? No ganáis para gasolina con tantas idas y venidas a la capital.

—Bueno, yo vivo allí. Sí que es cierto que últimamente vamos un poco justos de dinero —contestó el Italiano—. Ya sabes Karam, nuestros planes requieren de una importante inversión económica.

—Imagino. Aunque prefiero no saber nada de vuestros planes. Recuerda que yo no comparto vuestras ideas.

—Pues deberías, Karam, deberías. Si quieres algún día me paso por tu locutorio y te explico mi visión del islam. Seguro que así, te unirías a nosotros.

—Mejor no, déjalo. Tengo mejores cosas que hacer. No creo que consiguieras lavarme el cerebro como has hecho con otros. Yo tengo las ideas muy claras respecto a la religión musulmana.

—¡Yo no le lavo el cerebro a nadie, niño! —gritó el Italiano en tono amenazador mientras se subía al coche—. Les hago ver la verdadera visión del islam y de la yihad. ¡Que te quede claro imbécil!

—Déjalo Karam, está muy nervioso —dijo Sofian intentando calmar los ánimos—. Últimamente vamos muy justos de dinero. Con la venta del hachís que tú nos vendes no nos da para llevar a cabo nuestros planes y esto le está poniendo muy irascible.

—Ese no es mi problema, Sofian. Ya tengo yo bastante con lo mío, para que encima venga el gilipollas este a insultarme.

Finalmente Sofian y sus amigos también se subieron en el coche. El Italiano giró su cabeza y me dedicó una irónica sonrisa como despedida. Yo le despedí con la mejor de mis peinetas, sin más.

De camino a casa mi cabeza empezó a darle vueltas a un tema que llevaba muchas semanas sin tratar. Con los difíciles acontecimientos vividos en el último mes, no había tenido tiempo de pensar en los planes macabros de Sofian y sus amigos.

La última vez que supe algo al respecto fue en Guadix, cuando me tuve que desplazar hasta allí y llamar a la Policía para avisar de los preparativos de un atentado en Madrid por un grupo islamista. No me arrepentía de nada, pero no sabía si mi plan había surtido efecto. Durante el último mes no había tenido tiempo para hablar del tema con mi amigo. Por lo que parecía, mi plan no había tenido mucho éxito, puesto que los amigos de Sofian continuaban con su propósito. Tenía muy claro que el viaje de Sofian y sus compañeros no era un viaje de placer, era un viaje para reunirse con el resto de camaradas extremistas y seguir preparando el atentado. El Italiano me lo acababa de decir muy claro. Sus planes requerían de una importante inversión económica.

Empecé a preguntarme si yo tenía que hacer algo más para intentar evitar el plan maléfico de los amigos de Sofian. Pero, ¿qué más podía hacer yo para intentar disuadirles de sus macabras intenciones? Igual tenía que volver a llamar a la Policía para informar del viaje de Sofian y sus amigos a Madrid. Igual sí, pero no lo hice.

Después de medio año en España no me sentía realizado. Mi sueño de vivir en el mundo occidental se había hecho realidad, pero todos los demás no. El negocio familiar funcionaba prácticamente solo, aunque todavía no me había servido para enriquecerme. Apenas había viajado por culpa de mi negocio y de mis estudios en la Universidad de Granada. Mis únicos viajes habían estado relacionados con los problemas de Sofian. Un viaje relámpago a Asturias y otro a Florencia. Esta no era la idea que tenía yo cuando vivía en Marruecos de conocer mundo. En cuanto a mis estudios en Filología Hispánica, no me iban muy bien. Me encontraba en plenos exámenes de febrero y apenas tenía tiempo ni ganas de estudiar. Era muy posible que suspendiera las cinco asignaturas en las que me había matriculado. Esta no era mi idea de ampliar mis conocimientos. Mi relación con Moraima se había ido al garete. Jamás había estado tan enamorado como aquella vez y había desaprovechado la oportunidad. Además como colofón, me estaba viendo involucrado, de forma indirecta y sin quererlo, en la preparación de un atentado terrorista.

Quizás debía de volver a Marruecos, al amparo de mis padres, ahora que tanto me necesitaban. Pero no podía, era imposible. Ahora no, y menos tras las represalias de los hombres de mi padre con la tortura y posterior asesinato del Negro y sus hombres. Realmente no podía tirar la toalla a la primera de cambio. Tenía que ser fuerte. ¿Qué pensaría mi padre si volvía de nuevo a casa tras seis meses fuera? Nadie me había dicho que fuera a ser fácil, así que si quería cumplir mis sueños tenía que luchar duro por ellos.

Estaba yo meditando sobre estos temas cuando sonó mi teléfono móvil.

—Dime Sofian —contesté—. ¿No te habrás metido en otro lío?

—No, que va —respondió mi amigo.

—Menos mal. Me das miedo cada vez que te vas de viaje y me llamas por teléfono. ¿Qué tal todo por Madrid?

—Muy bien Karam. Sabes que me encanta venir a Madrid a ver a mis camaradas. Ayer estuve en el barrio de Lavapiés todo el día. En cambio hoy estoy en Chinchón arreglando unos temas con el

Chino.

—¿Chinchón? ¿Dónde está eso Sofian?

—Es un pueblecito pequeño a unos cuarenta y cinco minutos de Madrid, al sureste de la región. Aquí tiene el Chino una casa de campo, la casa de Morata de Tajuña, donde suele venir a pasar los fines de semana.

—Pensaba que el Chino vivía en Granada o en Albolote.

—No, no. Desde que salió de la cárcel vive aquí en Madrid con su novia y su hijo. Lo que pasa es que se mueve bastante. Viaja mucho a Granada a visitar a algunos amigos, como a mí. Por cierto, te llamaba para pedirte un nuevo envío.

—¿Cuánto necesitas, Sofian?

—Esta vez vamos a necesitar treinta kilos.

—De acuerdo. ¿Para cuándo los necesitas?

—Lo antes posible Karam. Un par de días o así. Pero podrías bajarnos un poco el precio. Mis amigos van muy justos de dinero. ¿Qué tal setecientos euros el kilo?

—Imposible Sofian. Ya sabes que el precio que te hago es un precio muy bueno. Inmejorable.

—Sí, lo sé. Pero es que ahora mismo mis amigos necesitan el dinero para invertirlo en otras cosas y no sé si tendrán esa cantidad disponible.

—¿Qué cosas? Si se puede saber.

—Nada importante. Quieren comprarse una furgoneta nueva, reformar la casa de campo de Morata de Tajuña...

—De acuerdo Sofian. Mi última oferta. Setecientos cincuenta.

—Hecho, Karam. Perfecto. Muchas gracias.

—No hay de qué. Ah, otra cosa. Que sea la última vez que me llamas por teléfono para hablar de estos temas. Sabes que no me gusta nada. La próxima vez hablamos en persona, ¿vale?

—Vale. Lo siento. Es que ha sido una urgencia.

Al día siguiente el pedido ya estaba preparado y de camino a Madrid. Una furgoneta de verduras cuyo destino era una tienda del barrio de Lavapiés de Madrid, llevaba escondida una caja con los treinta kilos de hachís.

Me estaba viendo bastante beneficiado económicamente por los contactos que me había facilitado Sofian. Pese a sus macabras intenciones, mi negocio se había visto mejorado gracias a Sofian. Más que por la mercancía vendida aquí en España a sus amigos, por la apertura del mercado italiano. Poco a poco, mi mercancía iba entrando por el norte de Italia gracias a la colaboración con el Argelino. Con cuenta gotas, el hachís iba desembarcando en el puerto de Génova. Pero eso sí, en grandes cantidades.

En ese instante sonó el timbre de mi casa. No esperaba a nadie. El timbre volvió a sonar. Me levanté del escritorio, cerré el portátil y abrí la puerta.

—Hola Karam, ¿cómo estás?

—Hola Moraima —respondí casi sin respiración—. ¿Qué tal? No te esperaba por aquí.

Algo inquieto, no supe nada mejor que decir. Me acababa de dar un vuelco el corazón. No podía creer lo que veían mis ojos. La dulce Moraima de nuevo ante mí. Nervioso, intenté mostrar la mejor de mis sonrisas, pero no pude.

Había pasado casi mes y medio desde la última vez que había sabido algo de Moraima. Desde aquel fatídico correo electrónico, nada de nada. Como me pidió, no la volví a molestar. Ni una llamada, ni un mensaje, ni un solo correo electrónico. Suficiente daño le había hecho como para seguir molestándola.

—¿Qué haces por aquí Moraima?

—Nada, que he venido a Granada a recoger algo de ropa y a visitar a mis padres —respondió ella sonriente como siempre—. Me he enterado de lo que les ocurrió a tus hermanos y venía a darte el pésame. Te acompaño en el sentimiento Karam.

—Gracias. Ya estoy mejor.

—Ya. Seguro que la procesión se lleva por dentro —dijo Moraima con cara de compasión—. Lo habrás pasado fatal estas últimas semanas. ¿Cómo están tus padres?

—Ahí van. Para ellos ha sido un golpe muy duro. Pero poco a poco van recuperándose. Pero pasa Moraima, pasa, no te quedes ahí —dije yo después de varios minutos hablando en la puerta de mi casa.

Al pasar junto a mí, su olor impregnó todos mis sentidos. No había olvidado su fragancia. Cerré los ojos e inspiré fuertemente su aroma, viniendo a mi memoria recuerdos de inolvidables tiempos pasados. Pude ver que estaba igual de bella que el primer día que la conocí. Su moreno pelo, más largo de lo habitual, iba recogido por una trenza que descansaba sobre uno de sus hombros. Al entrar en mi habitación y girarse, su mirada se cruzó con la mía. Me pareció percibir como sus penetrantes ojos oscuros leían mis pensamientos. Entonces su boca esbozó una sonrisa, se acercó a mí, apoyó su cuerpo sobre el mío dejando la palma de su mano descansar sobre mi cuello, me miró a los ojos, luego a mis labios, volvió a sonreír y me besó. El dulce sabor de su boca empapó la mía. Cerré los ojos y me dejé llevar por la pasión. La cogí de la cintura, la levanté y ella abrazó sus piernas a mis caderas. La llevé en volandas hasta la pared. Separé mis labios de los suyos, los acaricie con mi mano derecha mientras ella mordía mis dedos. Suspiré hondo. La miré a los ojos y volví a suspirar.

—No ha pasado un solo día que no pensara en ti, Moraima —le dije a escasos milímetros de su ansiada boca.

—No te creo Karam. Eres un golfo —dijo ella mirando mi boca.

—Te lo prometo, te lo juro por mis hermanos que están muertos.

Levantó su mirada y me volvió a mirar a los ojos. Sonrió y me volvió a besar. Esta vez de forma más delicada. Enganchada a mí a través de sus piernas la llevé en peso hasta mi cama. La dejé caer poco a poco sobre las sábanas, con mucho tacto, mientras ella seguía abrazada a mi cuello. Nuestras bocas solo se separaban por necesidad, para poder respirar, para poder coger aliento para seguir besándonos. Tumbado encima de ella, nuestros cuerpos se rozaban con ansiedad, nuestros sexos se buscaban mutuamente con ternura deseosos de volver a tocarse, deseosos de volver a tenerse el uno al otro. Me incorporé sobre mis rodillas y me quité la camiseta. Moraima, tumbada, observaba mi torso desnudo con impaciencia, con una ligera sonrisa en su boca. Se incorporó y me besó el pecho, aprovechando yo para quitarle la camiseta de tirantes que llevaba puesta. Nuestros torsos desnudos se volvieron a reclinar y se encontraron de nuevo, después de muchas semanas. Piel con piel, sudor con sudor, pecho con pecho. Con mi mano izquierda acariciando su nuca, me deslicé besando su oreja derecha hasta llegar a su cuello. Lo rocé con mis húmedos labios, provocando que Moraima se retorciera. Besé su cuello tiernamente. Una, dos y tres veces. Resbalé por su cuello hasta llegar a sus pechos. Lamí sus pezones como nunca antes los había lamido. Los besé con extrema delicadeza, sabedor de que allí se encontraba uno de los puntos más lascivos de Moraima. Sin prisas, dediqué varios minutos a jugar cariñosamente con ellos. Dejé que Moraima se estremeciera de placer, dejé que ella sufriera de impaciencia y dejé que disfrutara del placer de ser devorada por la persona amada. Desabroché su pantalón vaquero. Se lo quité mirándola a los ojos. Se quedó en ropa interior sobre mi cama mirándome, mientras yo me quitaba la ropa. Me quedé totalmente desnudo. Ella soltó su sujetador y se lo quitó despacio. Me acerqué a su sexo y la desnudé por completo. Me volví a tumbarme sobre

ella mientras ella abría sus piernas. Por fin mi sexo encontró al suyo. La noté mojada, muy mojada. La penetré delicadamente, disfrutando de cada pequeño y cuidado movimiento. Intenté que los deseos carnales no superaran la dulzura, y lo conseguí. Hicimos el amor como nunca antes lo habíamos hecho, con ternura extrema, con suavidad y con delicadeza, disfrutando de cada gesto, de cada jadeo, de cada mirada, sabedores de que llevábamos mucho tiempo deseando disfrutar de aquel momento.

Moraima se quedó dormida entre mis brazos, apoyada sobre mi pecho, serena después de la energía gastada. Acaricié su piel, su barriga, sus brazos, dejando que la yema de mis dedos le transmitiera todo el amor que había guardado en las últimas semanas para ella. Me quedé embobado viéndola dormir, viéndola respirar con la boca entreabierta totalmente relajada. Disfruté durante eternos minutos de la paz y la relajación que me transmitía la Moraima dormida, la Moraima soñadora. La observé adormecida, analizando su boca, sus labios, sus párpados y sus mejillas, sus pestañas, sus cejas, su pelo y su barbilla, cada detalle de su dulce rostro. Estudié sus defectos, sus imperfecciones perfectas, esos detalles que no me agradaban del todo, pero que no cambiaba por nada.

De repente abrió sus ojos negros, muy poco a poco, intentando situarse en el espacio y en el tiempo. Aproveché de nuevo para besar sus frescos labios, aunque esta vez me devolvió un beso seco, cortante, acompañada de una mirada de total culpabilidad.

—Karam, yo no había venido aquí a esto —dijo incorporándose de la cama.

—¿Cómo? No te entiendo. Explícate.

—Pues eso. Que yo había venido a ver como estabas, a darte el pésame y a hablar un poco, pero no a acostarme contigo. No era esa la intención de mi visita. No quiero confundirme más todavía, ni confundirte a ti.

—A mí no me confundes nada, Moraima —dije yo totalmente convencido—. Yo tengo las cosas muy claras respecto a ti. Este tiempo que hemos pasado separados me ha servido para darme cuenta de lo que te quiero y de lo mucho que te he echado de menos. Sé que cometí un error, pero no volverá a ocurrir. Antes de conocerte yo era un golfo, un cerdo, pero tú me has hecho cambiar. Ahora me he dado cuenta de que quiero compartir el resto de mi vida con una sola mujer, y esa mujer eres tú, Moraima.

—No sé, Karam, tengo muchas dudas respecto a lo nuestro. Tengo claro que te quiero, que te quiero con locura, como jamás había querido a nadie. Pero ahora mismo no confío en ti. No sé si te he perdonado, si puedo olvidar, si seguirán viniendo a mi mente imágenes tuyas follándote a las dos argelinas esas. No sé, Karam. Ahora mismo estoy hecha un lío y lo que acaba de ocurrir no me ayuda nada a aclararme.

—Pero, ¿es que no te ha gustado? —le pregunté.

—Claro que me ha gustado. Me ha encantado. Nunca me habías hecho el amor así, con tanta ternura y con tanto sentimiento. Es más, jamás me habías hecho nadie el amor de esta forma. Por eso digo que el haberme acostado contigo lía más mi cabeza. Pero lo digo en positivo. Yo no había venido a esto, aunque realmente estaba deseando que ocurriera. Cuando he entrado en tu habitación y te he mirado a los ojos, he visto a un Karam distinto, he visto un Karam maduro, sincero. No sé. Has ganado muchos puntos sin apenas decirme palabras.

—Gracias Moraima. Lo vivido en los últimos meses me ha hecho madurar muchísimo. He sufrido la pérdida de mis dos hermanos, he tenido problemas con Sofian y casi te pierdo a ti. Están siendo unos tiempos difíciles para mí, aunque no pienso tirar la toalla. He decidido coger al toro por los cuernos y afrontar todos estos problemas. Y tú Moraima, no te vas a escapar. No voy a dejar escapar a una mujer tan importante para mí, jamás me lo perdonaría. Siempre y cuando me dejes,

voy a intentar cuidar de ti, protegerte y hacerte la mujer más feliz del mundo.

—Me encanta oír eso de tu boca, Karam. Pero te pido tiempo. No quiero tomar una decisión precipitada, cohibida por los acontecimientos externos. Mañana por la mañana volveré a Madrid. Quiero estar allí tranquila un tiempo más. No sé si un mes, dos o tres. Cuando haya tomado una decisión te llamaré y te la haré saber, ¿de acuerdo?

—¿Te podré llamar? —le pregunté con cara de pena.

—Yo te llamaré —respondió ella sonriendo—. Sé paciente guapo.

Se despidió de mí con un hasta pronto y un cálido beso que dejó un sabor agridulce en mis labios. Pese a la negativa de Moraima, era lo más cerca que me había encontrado de ella en los últimos tiempos. Sus palabras y sus gestos me dejaron muy tranquilo. Algo en su mirada me decía que volvería a verla pronto.

Los gélidos días de finales de febrero, dejaban paso a alguna mañana soleada y luminosa que hacía entrever que la primavera ya no quedaba muy lejos. Aquella era una de esas mañanas casi primaverales. Me levanté de muy buen humor, posiblemente por la inestimable colaboración del tiempo. Ayudaba también el esperanzador encuentro que había tenido con Moraima días atrás. Pese a que hacía casi una semana que había vuelto a Madrid y no sabía nada de ella, mis esperanzas de volver junto a Moraima seguían intactas.

En cambio, Sofian me tenía algo preocupado. Llevaba una semana sin saber nada de él. Tras el envío de los treinta kilos de hachís a la verdulería de Lavapiés, mi amigo había desaparecido por completo. Lo había llamado un par de veces esa última semana, pero en ninguna de ellas había conseguido contactar con él. No era propio de él no contestar a mis llamadas, y menos aún no devolvérmelas.

Bajé a casa de Hakim a desayunar con mi socio como tenía por costumbre.

—Oye Hakim, ¿sabes algo de Sofian?

—No —respondió tajante y seco.

—Es que me tiene algo preocupado. Últimamente lo llamo y no me coge el teléfono.

—Lo sé Karam. Ya sabes que desde que se echó esos amigos extremistas de Madrid ha cambiado mucho. Ahora solo tiene ojos y tiempo para ellos. Hace ya casi dos meses que le he tenido que sustituir en mi locutorio. No aparecía por allí y he tenido que poner a otro de encargado. Se tira todo el día pegado al ordenador y al teléfono hablando con ellos. Yendo y viniendo a Madrid. Para lo único que ha sacado algo de tiempo en los últimos meses, ha sido para ti Karam.

—Pero él antes no era así, ¿verdad?

—¿Sofian? —dijo Hakim sacándose la tostada de la boca y mirándome con perplejidad—. ¡Qué va! Ha trabajado para mí durante los últimos cinco años y él antes era un chico muy tranquilo y trabajador. Llevaba el locutorio él solo, sin necesitar ayuda de nadie. Pero desde junio del año pasado todo cambió. Empezó a ir a menudo a Madrid con cualquier excusa. Primero me decía que a visitar a un viejo amigo de Marruecos, luego que quería visitar algún museo o quería ver una exposición de fotografía. Cada vez que volvía, sus comentarios religiosos eran cada vez más y más extremistas. Él siempre ha sido muy creyente, pero nunca hasta ese extremo. Esas compañías no le están haciendo ningún bien Karam. Al final acabará metiéndose en un lío gordo, ya lo verás.

Las palabras que acababa de tener con Hakim me hacían sospechar que él sabía mucho más de lo que decía, aunque parecía no estar involucrado en los planes de Sofian y sus amigos. Pero no me podía fiar de nadie, así que decidí dar el tema por zanjado y no contarle a Hakim nada de lo que yo sabía. Subí de nuevo a mi casa y cogí el teléfono.

—Hombre Sofian, por fin —dije al oír descolgar el teléfono al otro lado de la línea.

—Hola Karam, ¿qué tal va todo por ahí? —preguntó mi amigo con total normalidad.

—Por Granada todo bien, aunque me tenías algo preocupado. Te he estado llamando estos últimos días y no has cogido mis llamadas.

—Ah sí, disculpa. Últimamente voy muy liado. Ya sabes. Mis cosas.

—No sé Sofian. Explícame que son esas cosas tuyas que te tienen tan ocupado últimamente como

para no poder responder ni a mis llamadas.

—Mira Karam ahora no puedo hablar. Voy en el coche con unos amigos por Burgos y no hay mucha cobertura. ¿Hablamos más tarde?

—¿Y qué haces en Burgos? —pregunté haciendo caso omiso a su pregunta.

—Mejor no te lo cuento. Creo que no te gustaría saberlo. Ahora mismo vamos de vuelta a Madrid.

—Mierda Sofian —dijo una tercera persona dirigiéndose a mi amigo dentro del coche—. Un control de carretera de la Guardia Civil. Joder, han parado al Chino. Como abran el maletero de su coche la hemos jodido.

—Karam, te tengo que dejar —dijo muy alterado mi amigo Sofian—. Estamos en problemas. Te llamo luego más tarde.

No me dio tiempo a hacer ninguna pregunta más. Mi amigo cortó la llamada de inmediato, muestra de que realmente se encontraban en dificultades.

Por lo que pude adivinar a través de la conversación mantenida con Sofian, este se encontraba viajando hacia Madrid en coche con alguien más en el vehículo. No llegué a reconocer la voz de esa persona, pero sí que escuché que el Chino les acompañaba en otro coche. Así que al menos eran tres personas las que se dirigían a Madrid en dos vehículos diferentes, por lo que supuse que al ser dos coches debería haber alguna persona más. No quise imaginar que llevaba el Chino en el maletero, aunque tenía alguna ligera sospecha. Estaba yo haciendo mis cábalas mentales cuando sonó mi móvil.

—Dime Sofian —respondí.

—Perdona Karam. Es que la Guardia Civil había parado a mi amigo en un control rutinario de carretera.

—¿Pero ha ocurrido algo? ¿Os han pillado el hachís?

—No que va, no era hachís lo que llevaba el Chino en el maletero. Simplemente le han multado por no llevar la documentación encima y por exceso de velocidad. Ha pagado la multa al momento y hemos continuado. Menos mal. De la que nos hemos librado. Si llegan a abrir el maletero...

—¿Y qué lleváis en el maletero? —pregunté totalmente confundido.

—Karam ya te he dicho que ahora no puedo hablar. Hablamos en otro momento con mayor tranquilidad, ¿vale? No te preocupes por mí que yo estoy bien y sé cuidar de mí mismo. Voy a pasar unos días más en Madrid. A mi vuelta a Granada, paso por tu casa y te lo cuento todo. Te lo prometo.

—De acuerdo Sofian. Ten mucho cuidado con lo que haces y no te metas en líos.

Sabía que Sofian iba a hacer oídos sordos a mis consejos. Es más, estaba totalmente seguro que ya estaba metido en algo peligroso, en algo verdaderamente grave. No quería pensarlo, pero intuía que lo que estaban tramando estaba relacionado con los preparativos del atentado que meses atrás él mismo me había contado. Hacía tiempo que había asumido que Sofian y sus amigos estaban preparando un atentado terrorista. Quería pensar que iba a ser un atentado pequeño, sin muertes, sin damnificados, un atentado simplemente para llamar la atención. No podía imaginar a mi amigo haciéndole daño a alguien y menos matando a una persona. Sofian jamás había matado a una mosca, así que supuse que sería un atentado sin muertes.

Aquella misma noche tuve que coger un tren con destino a Barcelona. Tenía unos negocios que cerrar en la ciudad condal, así que aproveché para pasar unos días allí.

Eran sobre las diez de la mañana cuando el tren entró en la estación de Sants de Barcelona. El viaje había sido muy placentero, puesto que había aprovechado la mayor parte del tiempo para dormir. Apenas llevaba media hora despierto cuando el tren llegó a su destino.

Una marabunta de gente parecía que iba de un lado a otro sin control, sin mirar a nadie,

corriendo, observando únicamente las pantallas de los trenes de llegada y de salida. Esto fue lo que me encontré nada más bajar del tren. Perdido por la estación, tardé casi media hora en poder salir de ella. Omar, un amigo de Hakim que vivía en el barrio del Raval, debía de estar esperándome en alguna parte de la estación. Supuse que estaría en la puerta con su coche en doble fila así que no lo llamé hasta que conseguí salir de aquel laberíntico infierno.

—¿Omar? —pregunté al ver a un marroquí apoyado en un coche azul.

—Sí —respondió el extraño, saludándome a continuación con el típico saludo musulmán—. Karam, *As-salamu alaykum*.

—*Wa aleykum-us-sallam*.

—Supongo que te habrás perdido por Sants, ¿verdad?

—Así es, Omar. Esta estación es un tanto caótica.

—Realmente no, lo que pasa es que la primera vez que vienes parece un poco sinuosa. Bueno, ¿vamos para mi casa?

Iba a pasar tres o cuatro días en casa de Omar. Mis guardaespaldas personales de las últimas semanas se habían quedado en Granada a petición mía. Necesitaba algo de soledad, desconectar de aquel continuo aliento en el cogote día tras día de mi seguridad personal. Los únicos momentos del día en que me libraba de ella era cuando estaba en casa o en el locutorio, cuando el guardaespaldas se quedaba esperándome en la calle. La única condición que puso Hakim para que viajara sin vigilancia fue que mi estancia en Barcelona la pasara en casa de Omar, amigo personal de Hakim que medía casi dos metros de alto y era cinturón negro de taekwondo.

Después de dejar mi maleta y darme una ducha en casa de Omar, me adegenté y nos fuimos a comer a un restaurante sirio en el barrio de Gracia. Allí nos esperaba el motivo de mi visita a la ciudad, Mohamed, punto de referencia del entramado comercial de mi padre en Cataluña. Era un hombre de unos sesenta años, con la cabeza rapada al cero, los labios prominentes y una inmensa caja de dientes en forma de boca. Pese a que vestía a la manera árabe, ningún otro detalle de su físico hacía entrever que fuera marroquí.

—En primer lugar, Karam, quiero darte el pésame por lo sucedido con tus hermanos y deseo que le hagas llegar a tu estimado padre mis más sinceras condolencias —dijo Mohamed al sentarnos a la mesa—. Todo está predestinado hijo mío, entereza y sosiego. Ya hablé con tu padre semanas atrás y parecía muy apenado. Ha sido un golpe muy duro para vuestra familia, pero debéis saber que nosotros estamos con vosotros. Las tradiciones y los contratos están para cumplirlos, y quien no lo haga debe pagar por ello.

—Muchas gracias Mohamed, supongo que ya te habrás enterado de que quien mató a mis hermanos ya ha pagado por lo ocurrido —dije yo mientras Mohamed asentía con la cabeza—. Me hubiera encantado haberme encargado yo mismo de esa venganza, pero mi padre no me permitió ni tan siquiera asistir a los funerales de mis hermanos.

—Sabía decisión la de tu padre, Karam. Después de lo sucedido con tus hermanos hubiera sido demasiado arriesgado que aparecieras por Ketama. Tu padre ya ha perdido a dos hijos y no querrá perder a un tercero.

—¿Les tomo nota caballeros? —interrumpió una camarera nuestra conversación.

—Sí, gracias —respondí—. Yo quiero un plato de *shawarma* de pollo y un plato de *humus*. De beber tráigame una botella grande de agua.

—A mí me pones lo mismo —dijo Omar.

—Yo tomaré un plato combinado de *falafel* y un zumo de naranja para beber —dijo Mohamed mientras la camarera tomaba nota y se marchaba.

—Pues sí, Mohamed —dije yo continuando con la conversación—. Estoy deseando que todo se

calme un poco para poder volver unos días a Ketama a visitar a mis padres.

—Tiempo al tiempo, Karam, tiempo al tiempo. No tengas prisa. Sabemos que tu padre se ha encargado personalmente del Negro y de sus hombres. Pero lo que no sabemos es si el Negro tiene más hombres, o algún familiar buscará venganza. Así que creo que si deseas ver a tus padres, todavía tendrás que esperar un tiempo.

Disfrutamos entonces de la sabrosa comida que nos sirvieron. Dejamos de lado el tema de la muerte de mis hermanos y nos enfrascamos en una ardua negociación. El fin de la misma era renovar el contrato de compraventa de hachís que Mohamed tenía con mi familia para los próximos dos años. Hakim me había avisado que Mohamed era un brillante regateador, así que puse todo mi empeño en sacar el máximo partido a la negociación. Mohamed controlaba gran parte del cannabis que entraba en Cataluña, así que me interesaba muchísimo llegar a un acuerdo con él. Pasaron dos horas y media hasta que lo conseguí. Tuve que bajarme un poco los pantalones debido a la creciente competencia, pero finalmente llegamos a un acuerdo que dejaba contentas a las dos partes.

Me despedí de Mohamed con una sensación muy positiva, con una impresión de total empatía hacia él. Pese a su continuo regateo a la hora de negociar, me había demostrado ser una persona cercana y comprensiva durante toda la velada.

Era ya de noche cuando llegamos al barrio del Raval. Me sorprendió la pluralidad que se respiraba en las calles de aquel barrio. Apenas me crucé con españoles en el trayecto desde la Rambla, donde nos dejó el taxi, hasta casa de Omar. Lo único que me hacía saber que me encontraba en Cataluña en aquel momento, era solamente el nombre de las calles que se asomaban en cada esquina. Por lo demás, parecía que andábamos por una majestuosa Torre de Babel donde reinaba la total y más rica diversidad.

Me desperté con la sensación de haber hecho bien mi trabajo y de haberlo hecho antes de lo previsto, por lo que entonces tenía varios días para relajarme y disfrutar de la ciudad.

Acompañado de mi nuevo e improvisado guardaespaldas, Omar, bajé a la calle en busca de nuevas emociones. La mañana invitaba a ello. Había amanecido un cielo totalmente despejado, temperatura primaveral en la ciudad condal, donde la luz mediterránea inundaba cualquier rincón de Barcelona. Así que paseamos toda la mañana por la ciudad. Primero por las ramblas hasta llegar al monumento de Colón. Desde allí hasta el puerto y la Barceloneta. Luego nos adentramos

en el barrio Gótico hasta llegar al parque de la Ciudadella. A mediodía habíamos cogido un taxi para comer en el Castillo de Montjuic, desde donde la panorámica era envidiable. Entonces le dije a Omar que me llevara al lugar más bonito de la ciudad, a su lugar preferido de Barcelona, al lugar más mágico. Y allí me llevó.

El Parque Güell daba la bienvenida al turista con una postal de dibujos animados, con una entrada enmarcada por dos casitas que parecían hechas de chocolate. Me quedé atónito al ver aquellas formas tan extrañas en un edificio, ya que en aquel momento desconocía por completo la arquitectura del autor que había realizado aquella obra, Antonio Gaudí. Mi amigo me fue introduciendo en el mundo de Gaudí, me fue explicando el porqué de aquellas formas propias de la naturaleza en la arquitectura. Tras ascender una bella escalinata, nos adentramos en un bosque de columnas que se asemejaba, en cierto modo, a otro bosque de columnas que yo mismo había visitado meses atrás en la antigua capital califal. Quién sabe si el propio arquitecto de la obra también visitó aquella maravilla cordobesa. No me importó que la muchedumbre que visitaba el parque le quitara algo de encanto al lugar, ya que le sobraba embrujo a raudales. Como a Omar le gustaba hacer, le dedicamos la tarde entera a pasear por el Parque Güell disfrutando de cada uno de sus olores, de cada una de sus panorámicas, de cada uno de sus rincones. Nos sentamos en sinuosas culebras de azulejos resplandecientes; entramos dentro de animales vertebrados que parecían descansar; acariciamos a lagartos multicolores; tuvimos el mundo a nuestros pies durante escasos momentos; y disfrutamos de extrañas formas de la naturaleza difíciles de imaginar. Desde lo más alto del parque y acompañados de un buen porro de hachís, saboreamos un atardecer de ensueño en el que simplemente sobraron las palabras entre mi improvisado guardaespaldas y yo. Cuando salíamos del parque me di media vuelta y miré hacia arriba, luego a un lado y después al otro. Acababa de estar en el lugar más mágico de Barcelona, o eso decía Omar.

Entrada la noche volvimos de nuevo a casa de Omar con la intención de cenar y descansar un poco. Pero antes de subir decidí invitar a cenar a mi nuevo amigo. Todavía no tenía ganas de meterme en casa a descansar, así que fuimos a comer algo y a tomar unas cervezas.

Al entrar en un bar cercano algo llamó mi atención. Pese al cansancio acumulado, logré adivinar entre los viandantes una cara familiar, algo extraño ya que era mi primera vez en la ciudad. Era un hombre magrebí de unos treinta años vestido con un chándal que hasta ese instante no había conseguido relacionar. Me llamó la atención porque llevaba un pendiente de aro en la nariz, algo poco habitual en un magrebí. Llevaba viendo a ese hombre todo el día. Lo había visto fumándose un cigarro en las inmediaciones de la Barceloneta, andando por el barrio Gótico, tomándose un refrigerio en el Castillo de Montjuic y también paseando por el parque Güell. No le di más importancia, pensando que simplemente era fruto de la casualidad.

Tras cenar nos dirigimos a tomarnos unas cervezas a un garito cercano de casa de Omar. Él estaba ya bastante cansado, pero como buen anfitrión no rechazó mi oferta. Cuando estábamos a punto de llegar al local, Omar entró en un bar a comprar tabaco, mientras yo me quedé en la puerta fumándome un cigarro. En ese instante me sentí bastante observado, aunque no sabía por quién. Miré a un lado y al otro, pero no vi a nadie extraño, aunque al girarme me encontré una enorme sorpresa. El extraño magrebí del pendiente de aro que me había acompañado durante todo el día, venía hacia mí escoltado por otro hombre. En seguida me percaté de que no venían en son de paz y tiré mi cigarro al suelo. El acompañante de mi perseguidor sacó una navaja de su bolsillo y la abrió.

—¡Mátalo! —le gritó el hombre del pendiente en la nariz a su amigo—. Vas a pagar por lo que tu familia le ha hecho al Negro.

A duras penas pude esquivar el primer intento de apuñalamiento con un puñetazo, pero el

hombre seguía en pie y sus ganas de despellejarme intactas. Dos puñaladas al aire fueron su respuesta. Me lancé hacia él intentando quitarle el arma de sus manos, sabedor que si me daba alguna de aquellas puñaladas estaba perdido. Nos encontrábamos en una pequeña callejuela donde apenas pasaba gente a aquellas horas de la noche. Además tampoco tenía mucha esperanza en que algún viandante fuera a apaciguar una pelea entre dos magrebíes. Finalmente conseguí que tirara la navaja al suelo tras pegarle un rodillazo en el estómago. Lancé la navaja lo más lejos que pude con una patada mientras mi rival se encontraba de rodillas intentando recuperarse del golpe sufrido. Noté entonces un fuerte golpe en la parte trasera de mi cabeza que me dejó tambaleándome. Al girarme pude ver al hombre del pendiente en la nariz mirándome desafiante con una botella de cristal rota en su mano derecha. Me llevé la mano al lugar donde había recibido el golpe y me di cuenta de que el muy desgraciado me acababa de abrir la cabeza. Miré mi mano empapada en sangre y lo volví a mirar a él. Una macabra sonrisa se dibujó en su cara. Apenas me podía mantener en pie. Estaba perdiendo mucha sangre. De nuevo un duro golpe en mis costillas me devolvió a la pelea. El adversario que tenía a mis espaldas se había levantado y me acabada de lanzar una tremenda patada en uno de los lados de mi espalda. Totalmente mareado y con la vista nublada, ya no conseguía devolver ningún golpe. El hombre del pendiente en la nariz aprovechó para acercarse a mí y darme varios puñetazos en la cara. Perdí el escaso equilibrio que me quedaba y caí al suelo. De rodillas, con las manos abiertas y apoyadas sobre el suelo, intenté levantarme. No lo conseguí. Una descomunal patada en la boca me hizo claudicar y caer de lleno al suelo. Justo en ese momento noté como si varios de mis dientes salieran volando y perdí el conocimiento entrando en un profundo trance. Varios disparos fueron los últimos sonidos que escuché antes de entrar en un profundo sueño.

Empecé a volver en mí poco a poco, recobrando la conciencia con parsimonia. Todavía con los ojos cerrados, noté una gran pesadez en mi cuerpo. Abrí los ojos con gran dificultad y vi un manto luminoso, blanco y nebuloso sobre mí. Fue entonces cuando recordé la pelea y los disparos. No sabía en qué lugar me encontraba, ni si estaba vivo o muerto. Desconocía el tiempo que había pasado desde que aquellos dos extraños me atacaron sin ton ni son. Volví a cerrar los ojos, entrando de nuevo en un confuso letargo.

—Karam, Karam, despierta, abre los ojos —escuché una voz familiar pero muy lejana.

—Hermano, ¿eres tú? —pregunté—. ¿Dónde estás? No te veo. Quiere decir eso que estoy muerto, ¿verdad?

—¡Pero qué muerto y qué muerto! —exclamó esa voz familiar algo más cercana.

—¿No estoy muerto? Entonces, ¿dónde estoy?

—En mi casa. Soy Omar y estás en mi casa.

Al abrir los ojos puede ver de nuevo ese manto blanco que había visto con anterioridad, pero que ahora simplemente era el techo de una habitación. Al girar mi cara pude reconocer a mi

derecha a Omar. Le sonreí. Me incorporé sobre la almohada, no sin dificultad, y pude ver que no tenía ninguna herida sobre mi tronco y mis extremidades. Tenía todo el cuerpo tremendamente dolorido, pero nada roto ni ninguna lesión grave. Al notar un fuerte dolor, me llevé la mano a la parte posterior de mi cabeza, recordando el doloroso botellazo sufrido. Una pequeña gasa cubría parte de mi coronilla. Al ver que poco a poco iba reconociendo todas las partes de mi cuerpo, Omar me acercó un espejo para que me viera la cara. A duras penas pude reconocirme al mirarme. Tenía la cara totalmente deformada por los golpes sufridos. Derrames en los dos ojos, magulladuras y raspaduras por doquier, hinchazón en el pómulo derecho, además de dos pequeñas brechas, una en el tabique nasal y otra en el labio superior. Fue entonces cuando recordé la sensación de haber perdido algún diente y me llevé la mano al interior de la boca. Uno a uno fui examinándolos todos con la ayuda del espejo y comprobando que todos se encontraban en perfecto estado. Aquello se quedó solo en eso, en una sensación.

—Karam has tenido muchísima suerte. Si tardo diez segundos más en salir, ahora estarías muerto.

—Gracias Omar, te debo una.

—¿Sabes quiénes eran esos dos hombres? —preguntó Omar.

—Imagino que amigos o familiares del Negro. Cuando se abalanzaron sobre mí, uno de ellos, el del pendiente en la nariz, me dijo que iba a vengar la muerte del Negro.

—Así es, Karam. Le quité la cartera a uno de ellos, para que pareciera un atraco, y he podido comprobar que se trata de uno de sus primos.

—¿Y qué pasó con ellos? ¿Pudiste con los dos tú solo?

—Les pegué un tiro a cada uno en la cabeza. No tuve más remedio, Karam. Cuando salí del bar no te encontré en la puerta y al girarme hacia la derecha te vi tirado en el suelo en una de las esquinas de la calle, rodeado por dos extraños individuos. Al acercarme disimuladamente, pude ver como uno de ellos se acercaba a tu cuerpo inerte, levantaba tu cabeza por el pelo y acercaba una navaja a tu cuello. Solamente tuve tiempo de sacar mi pistola y pegarle un tiro a cada uno de ellos.

—¿Los mataste?

—Imagino Karam, aunque ni lo sé, ni me importa. Pero no debes preocuparte por nada. Nadie pudo ver nada ni identificarnos. Era de noche y nadie paseaba por aquella oscura calle. Llegando a casa dos amigos del barrio me ayudaron a subirme a casa y a curarte. Tengo esta zona del Raval plenamente controlada, así que tengo las espaldas muy bien cubiertas.

—¿Qué hora es? —pregunté intentando ubicarme en el tiempo.

—Las ocho de la tarde. Llevas todo el día durmiendo. Ahora mismo necesitas reposo, así que pasarás varios días aquí en mi casa recuperándote. Ya he informado a Hakim de lo sucedido. Él me ha dado su beneplácito para protegerte y cuidar de ti en los próximos días. Cuando te recuperes, dos de mis hombres te llevarán en coche hasta Granada. Allí estarás más seguro con tu seguridad personal, bajo la tutela de Hakim.

—Muchas gracias de nuevo, Omar.

—No hay de qué, Karam. Ahora come algo y duerme hasta mañana.

Los siguientes tres días los pasé en casa de Omar intentando recuperar fuerzas. Muchas horas de sueño y buenas comidas fueron la fórmula perfecta para recobrar mi estado físico y mental.

Había estado a punto de morir, lo cual no solo me había dejado secuelas físicas sino también psicológicas. Hasta aquel momento no le había dado mucha importancia a mi vida, ya que nunca la había visto peligrar tan de cerca. Pero a partir de aquel instante me di cuenta de la peligrosidad del mundo que me rodeaba, de mi vulnerabilidad, así que me preocupé más de mi propia seguridad.

Al tercer día de reposo, me encontré con fuerzas suficientes como para emprender el largo camino de vuelta hasta Granada. Me sentía cómodo en casa de Omar, persona hospitalaria y protectora, pero necesitaba volver a mi casa en la ciudad nazarí.

Me despedí de Omar con un fuerte abrazo y agradeciéndole los servicios y la ayuda recibida, sabedor de que le debía la vida a aquel alto y fornido individuo. Dos de sus hombres me acompañaron hasta un coche aparcado en la cercana Plaza de Castilla. Nos subimos los tres en él, saliendo de Barcelona por la Gran Vía de les Corts en busca de la AP-7 que nos llevara hasta nuestro destino.

A mi vuelta a Granada, tardé varios días más en retomar mi actividad normal. Durante esas jornadas me reuní en varias ocasiones con Hakim, para estrechar la vigilancia sobre mi persona. Había cogido algo de miedo a los extraños y a caminar de noche solo por Granada, uno de mis grandes placeres. Así que debía renunciar a algunos privilegios en beneficio de mi propia seguridad. El altercado vivido días atrás en Barcelona me había hecho darme cuenta de que tenía que extremar las precauciones. No sabíamos si el intento de asesinato sufrido había sido un hecho aislado o aún podía ser yo un posible objetivo para los hombres del Negro. Lo que estaba claro es que mi padre no se había deshecho totalmente de su gente y todavía había alguno de ellos que clamaba venganza. Hakim y yo decidimos no avisar a mi padre del altercado de Barcelona. No queríamos preocupar más a mi familia. Ellos ya tenían bastante con lo sucedido a mis hermanos, como para encima ahora preocuparles con la paliza que me habían dado. Sabía que si mi madre se enteraba de algo, se moriría del disgusto.

Estaba yo tan preocupado por mis negocios y por mejorar mi seguridad personal que apenas tenía tiempo para nada más. Ni tan siquiera contestaba a muchas de las llamadas que recibía en mi móvil personal, dejando este trabajo en manos de alguno de mis guardaespaldas. Hasta que una tarde, uno de mis hombres me enseñó un SMS que pensó que requería mi atención: “Hola guapo, soy Moraima. Te he llamado varias veces, pero no has contestado. Supongo que estarás ocupado. Pégame un toque en cuanto puedas, que tengo algo que contarte. Besos”.

Tardé diez segundos en echar a mis hombres del despacho y llamar a Moraima. Una extraña sensación de felicidad me inundó mientras marcaba su número.

—Hola Moraima, me has llamado ¿verdad?

—Hola Karam, sí, te estado llamando esta mañana, pero no lo has cogido —contestó ella

alegremente.

—Sí. Es que tengo mucho trabajo estos días en el locutorio. Pero bueno, ¿qué era eso tan interesante que me tenías que contar?

—Nada. Bueno son varias cosas, dos concretamente, pero no sé si contártelas.

—¿Son buenas o malas?

—Buenas no, buenísimas Karam.

—Pues cuenta, cuenta —dije yo intrigado.

—Que te quiero muchísimo Karam y creo que nos merecemos una segunda oportunidad. Todos cometemos errores en nuestras vidas y creo que lo tuyo fue solo eso, un error. O eso espero. Le he estado dando muchas vueltas a lo nuestro durante las últimas semanas. He pasado más de una noche sin dormir pensando en ti y me he dado cuenta de que me importas mucho, de que me importas de verdad. Me encantaría volver a Granada y pasar el resto de mis días junto a ti. Bueno en Granada o el cualquier otro sitio, pero lo que tengo claro es que tiene que ser junto a ti. Me vuelves muy loca y lo sabes, ya lo viste la última vez que nos encontramos en tu casa. Fui a tu casa a ver como estabas y acabé acostándome contigo. Pero eso sí, como me vuelvas a engañar con otra te corto los huevos y los hago fritos en una sartén, ¿vale?

Casi no me dio tiempo a oír lo de los huevos cuando solté mi móvil y empecé a dar saltos de alegría por el despacho. No me lo podía creer. Si tenía dudas de que algún día me perdonara, jamás hubiera imaginado semejante declaración de amor de Moraima después de lo sucedido entre nosotros.

—¿Karam? ¿Estás ahí? —escuché una voz lejana mientras cogía el móvil de nuevo.

—Sí, sí, perdona Moraima, se me había caído el teléfono mientras hablábamos —contesté yo haciéndome el interesante.

—¿Pero has oído lo que te he dicho?

—Alto y claro Moraima. Me has dejado sin palabras. No me esperaba esta declaración de amor por tu parte.

—¿No? ¿Y qué esperabas?

—No sé Moraima. Últimamente he tenido algunos problemas personales y ya no sé ni lo que esperaba de ti. No sabía si me querías o pretendías olvidarte de mí para siempre. Estoy un poco pesimista últimamente, solo es eso cariño.

—Bueno, verás como a partir de ahora irá todo mejor —dijo ella con ese poder tranquilizador que tiene toda mujer, ya sea madre, novia o esposa.

—A tu lado seguro que sí. Estoy deseando volver a verte y a disfrutar de tu agradable compañía. Por cierto, ¿cuándo vuelves para aquí?

—En dos o tres días estaré de nuevo a tu lado Karam. Espero que esta vez sea para siempre. Todavía tengo que hacer alguna cosa más aquí en la capital, pero espero haberlo terminado todo mañana o pasado mañana, a lo sumo.

—Perfecto. Pues mantenme informado Moraima y voy a recogerte a la estación cuando vengas, ¿de acuerdo?

—Perfecto cariño. Mañana te llamo y te confirmo la hora y el día de mi llegada a Granada. Un beso guapo.

—Mil para ti, bella. Te quiero mucho.

—Y yo a ti Karam.

—*Ciao bambina.*

—*Ciao.*

La de ocasiones que había soñado en las últimas semanas con reconciliarme con

Moraima y poder volver a sentirla en mis brazos. Ese sueño por fin se iba a hacer realidad. Ella me había perdonado y yo le iba a demostrar que nunca se arrepentiría de su decisión. Iba a cuidar a mi niña, a la dulce Moraima, como nunca antes la habían cuidado.

Recogí mi despacho rápidamente y me fui a casa dando un paseo. Aquella noche deseaba como nunca pasear solo por las sinuosas calles granadinas, aunque no me importó tener que seguir sintiendo el aliento en el cogote de mis guardaespaldas. Lo primero era mi seguridad, dadas las circunstancias. Con una eterna sonrisa perfilada en mi cara, caminé la escasa distancia que separaba mi negocio de mi hogar. Se me quedaban pequeñas las estrechas callejuelas del centro de la ciudad. Era como si no cupiera en mí de gozo, como si me faltara calle para pasear de lo pleno y feliz que me sentía.

Ya en la cama, no me podía quitar de la cabeza a Moraima. Desde que había salido de mi vida, las penalidades no me habían dejado de ocurrir, así que esperaba que con ella en mi vida de nuevo, la suerte y la tranquilidad me volvieran a acompañar. Pero en aquel momento algo enturbió mis pensamientos. Moraima me había dicho que había dos cosas que me tenía que decir, pero yo solo entendí que me había dicho una. Que volvía a mi lado. Pero la otra no me la dijo. “Se le debió olvidar”, pensé. Cogí entonces mi móvil para llamarla, pero al abrirlo vi que era demasiado tarde. No quería molestarla a esas horas. Apoyé de nuevo mi cara en la almohada y me quedé dormido soñando con una próxima vida mejor junto a mi dulce Moraima.

Algo me empezó a molestar en la espalda, pero no sabía lo que era. Al moverme a un lado, la molestia desapareció, pero entonces una lejana melodía me empezó a incordiar. Era mi móvil. Me había quedado dormido con el móvil debajo de mi espalda y alguien me estaba llamando. Al girarme para comprobar la hora pude ver que eran las siete y media de la mañana pasadas. “¿Pero quién me llamará a estas infames horas?” me dije a mí mismo mientras cogía el móvil.

—¿Moraima? —pregunté adormecido con los ojos medio cerrados al ver su nombre en la pantalla de mi móvil—. ¿Eres tú?

—Sí cariño, soy yo. Supongo que te he despertado, pero es que no podía esperar más.

—¿Esperar para qué? ¿Pero tú has visto qué hora es?

—Sí, pero necesitaba hablar contigo. Recuerdas que ayer te dije que te tenía que contar dos cosas, ¿no? Pues te conté solo una de ellas.

—Ya, me di cuenta al volver a casa.

—Pues eso, que necesitaba contarte esa segunda cosa.

—Me dijiste que era buenísima ¿verdad? —pregunté mientras me desperezaba en la cama.

—Creo que estoy embarazada, Karam.

—¿Cómo? —dije yo pegando un salto de la cama y abriendo los ojos como platos—. ¿Pero de quién? ¿De mí?

—Claro tonto, ¿de quién va a ser si no? A veces los hombres hacéis unas preguntas que tienen delito. Hacía más de un mes y medio que no me bajaba la regla y decidí hacerme el test del embarazo la semana pasada. Dio positivo, así que hoy voy al médico para que me examine y confirme la buena noticia. Estoy muy nerviosa.

Me quedé callado, totalmente en silencio durante varios segundos, pensativo. No sabía qué decir. La noticia me pillaba recién levantado y me dejaba helado. Moraima embarazada, y

embarazada de mí. Eso significaba que yo iba a ser padre. Nunca había pensado en esa posibilidad, no me había planteado hasta ese justo momento la posibilidad de tener hijos y formar una familia.

—¿Cariño, sigues ahí? ¿Te ha comido la lengua el gato?

—No, qué va —respondí yo vacilante—. Bueno, mejor dicho, sí. No sé, Moraima, me has dejado totalmente helado, no me esperaba esta grata noticia.

—No pasa nada, Karam, relájate y digiérela poco a poco —dijo ella intentando tranquilizarme—. Quería habértelo contado ayer, pero no me atreví. Ahora iba en el tren camino del médico y he pensado que necesitaba contártelo antes de llegar allí. Estoy muy nerviosa. Espero que todo salga bien.

—Saldrá bien cariño, ya lo verás —dije yo intentando calmarla cuando ni yo mismo lo estaba—.

¿Pero vas sola o vas con alguien?

—Sí, voy con mi amiga Laia. Yo no quería venir sola y se ha pedido la mañana libre en el trabajo. Estamos a punto de llegar a la estación de Atocha. Tengo cita con el médico a las ocho y media.

—Muy bien Moraima. Tú ve tranquila a la consulta y verás como todo saldrá...

Antes de terminar la frase un ensordecedor ruido se escuchó al otro lado del teléfono. Los pelos se me pusieron de punta y el corazón me dio un vuelco. Algo había ocurrido. Era como un colosal petardo, como un choque de trenes, como si se hubiera producido una gran explosión por algún extraño motivo. Dejé de oír a Moraima y comencé a oír a gente gritar y llorar. Empecé a ponerme muy nervioso, dando vueltas en calzoncillos de un lado a otro de mi habitación. No entendía nada de lo que estaba sucediendo en ese vagón de tren.

—¡Moraimaaa! —grité con todas mis fuerzas—. ¡Moraimaaaaaaaa! ¿Estás ahí? ¿Cariño, estás bien? ¡Moraimaaaaaaaaaaaaaa!

La comunicación se cortó de repente sin haber obtenido respuesta alguna. Tiré el móvil encima de la cama. Seguía sin entender nada de nada. Empecé a dar vueltas en círculo sin ningún sentido. Cogí el móvil de nuevo y volví a llamarla. Una, dos, tres, cuatro, mil veces. La respuesta siempre era la misma. El móvil al que usted llama está apagado o fuera de cobertura, inténtelo de nuevo más tarde. Cada vez que llamaba me ponía más y más nervioso. Algo estaba pasando en aquel vagón de tren que se dirigía a la estación de Atocha.

Me vestí en dos minutos y bajé a casa de Hakim corriendo. Todavía dormía, así que lo desperté de malas maneras pegando golpes en su puerta. Abrió adormecido y con cara de no entender nada. Entré sin saludar y le expliqué lo que me había sucedido cuando estaba hablando con Moraima por el móvil. Parecía no entender nada de lo que le explicaba.

—Tranquilízate Karam, estás muy alterado —dijo Hakim a la vez que aparecía en el salón su mujer—. Prepárale una tila a Karam cariño.

—¡No quiero tilas, joder! —contesté a la ofrenda totalmente fuera de mí—. Te digo que en ese vagón ha pasado algo extraño. He oído una gran explosión. Seguro que ha sido una colisión de trenes. He escuchado a la gente gritar.

—Pero puede haber sido un frenazo o un simple descarrilamiento —dijo Hakim.

—Te juro que ese ruido no era un simple descarrilamiento. Ha sido algo mucho más gordo. Estoy segurísimo.

—Bueno Karam, vamos a calmarnos. Ahora mismo llamaremos a Renfe a ver que ha ocurrido y ya está. Seguro que no ha sido nada. Cálmate, por favor.

—¡No puedo calmarme, joder! Moraima iba en ese tren al médico a que le confirmase que estaba embarazada de mí —dije yo derrumbándome y empezando a llorar como un descosido.

Me quedé llorando varios minutos como un niño pequeño en el sofá de casa de Hakim.

Con la cabeza apoyada sobre mis manos, no quería imaginar qué le estaba pasando a Moraima en esos mismos instantes. La impotencia no me dejaba pensar, así que fue Hakim quien se encargó de llamar por teléfono a Renfe. Allí no supieron informarle. No sabían lo que había ocurrido. La Policía Nacional tampoco pudo informar a Hakim en esos primeros minutos de lo que estaba pasando en aquel vagón de tren. Ante la desinformación existente, finalmente Hakim decidió poner un coche a mi disposición y llamó a dos de sus hombres. Yo sabía que algo le había pasado a Moraima, por lo que decidí ir lo antes posible en coche a Madrid.

Ya en el vehículo, los dos hombres de Hakim, Karim y Mohamed, se sentaron delante, uno conduciendo y otro de copiloto. Desde el asiento trasero, yo intentaba sintonizar en la radio alguna emisora en la que informaran de algo relacionado con un accidente de tren. Las noticias eran muy confusas en esos primeros momentos, aunque ninguna de ellas hablaba de accidente de trenes. Todas las informaciones citaban las mismas palabras. Atocha. Explosiones. Trenes. ETA. Atentado. De todas ellas, una se quedó grabada en mi mente. Atentado.

Mientras íbamos por la autovía en dirección a Madrid, las noticias llegaban a cuentagotas por la radio. Yo seguía marcando el número de Moraima, pero continuaba sin tener ninguna respuesta. Dos vagones destrozados con gente dentro, decía la radio. Hablaba de imágenes dantescas. Numerosos heridos y posibles víctimas mortales. Personas llenas de sangre siendo atendidas en los andenes. Gente corriendo, llorando y en estado de shock. Empecé a temblar al imaginar a Moraima en medio de ese caos. La rabia y la impotencia empezaron a comerme por dentro. Me decía a mí mismo que ella estaría bien, que no le habría pasado nada, pero eso no me tranquilizaba. Podría estar herida. Además estaba embarazada y el feto podría haber sufrido algún tipo de daño. Nuestro bebé, nuestro futuro hijo. Apenas había tenido tiempo suficiente para digerir la noticia del embarazo de Moraima. Íbamos a ser padres, Moraima y yo padres. No me lo podía creer, qué ganas y qué ilusión. Pero entonces la radio empezó a hablar de víctimas mortales, de numerosos muertos. No, no, no quería pensar en negativo, tenía que ser positivo. Moraima tenía que estar bien, seguro. Pero en ese preciso instante, algo me dejó muerto. La radio estaba emitiendo distintas entrevistas con gente que iba en el tren. Una emisora radiaba en directo un testimonio de una víctima.

—En directo, desde las inmediaciones de la estación de Atocha en Madrid —dijo el periodista—. ¿Me podría decir exactamente de dónde venía el tren?

—Yo lo he cogido en Santa Eugenia, pero creo que venía de Alcalá de Henares —respondió una voz femenina algo desorientada.

—Explíqueme, ¿qué ha ocurrido? —preguntó el entrevistador.

—Pues nada, íbamos en el tren y de repente hemos oído una fuerte explosión —respondió la voz femenina—. Hemos salido corriendo como hemos podido. No sabemos lo que habrá pasado. Supongo que será una bomba, pero no tengo ni idea.

—Veo que usted está bien —dijo el periodista dirigiéndose a la chica—. Me puede decir su nombre y así confirmar a su familia que se encuentra bien.

—Sí, yo estoy bien —dijo la chica—. Me llamo Laia Puig. Ya he llamado por teléfono a mi familia y saben que estoy bien. Pero no encuentro a mi amiga Moraima. Íbamos juntas en el vagón de tren y ha desaparecido tras la explosión. Estoy muy preocupada porque no puedo contactar con ella.

No me esperaba aquel sobresalto, que dejó mi moral por los suelos. Estaba seguro que aquella Laia era la amiga de la dulce Moraima, no tenía ninguna duda. Ahora la cosa pasaba de castaño a oscuro. Tenía que seguir aquella pista, tirar del hilo de aquella Laia e intentar contactar con ella. Me puse en contacto con los padres de Moraima, quienes al oír las noticias del atentado

por la radio, también intentaron ponerse en contacto con su hija. Pero nada de nada. Tampoco lo consiguieron. Les informé de lo que acababa de escuchar en la radio. Tenían que contactar con una amiga de Moraima que se llamaba Laia Puig. Así que se pusieron manos a la obra en busca de alguien que les pudiera dar el teléfono de esa chica.

En ese momento sonó mi teléfono móvil. “Mierda no es Moraima”, pensé. Era Hakim. Le expliqué mis malas vibraciones después del mensaje de la amiga de Moraima por la radio. La cosa cada vez se ponía más negra.

—Ten esperanza Karam —me dijo Hakim—. Verás cómo al final todo sale bien y Moraima se encuentra en perfectas condiciones.

—Eso espero Hakim. Estoy de los nervios. Me va a dar algo.

—Pues creo que la noticia que te voy a dar no te va a ayudar a calmarte —dijo Hakim con la voz entrecortada.

—¿Qué ha pasado? —pregunté yo llorando y esperando la peor de las noticias—. ¿Le ha pasado algo a Moraima? ¿Te has enterado de algo?

—No, no. No va por ahí la cosa. ¿Recuerdas a Omar, mi amigo de Barcelona que te salvó la vida la semana pasada?

—Sí, claro. Nunca olvidaré lo que hizo por mí. Le debo una a ese hombre.

—Pues jamás se la podrás devolver, Karam. Me acaba de llamar su hermano. Estaban los dos en Madrid visitando a unos familiares y viajaban en esos trenes de la muerte. El hermano de Omar está herido, pero Omar ha muerto.

La noticia de la muerte de Omar me dejaba sin fuerzas, totalmente desalentado, abatido. Un gran vacío me inundó, un nudo se hizo en mi garganta. Apenas podía hablar. Era como si me acabaran de clavar un puñal en el corazón. Había estado viviendo varios días en casa de Omar, casi no lo conocía, ni tan siquiera sabía cuántos años tenía o si tenía mujer e hijos. Pero me había salvado la vida, había cuidado de mí en los momentos más difíciles de mi vida y ahora estaba muerto. Omar muerto.

La radio empezaba a dar noticias más exactas sobre el atentado pero, a la vez, menos halagüeñas. Eran ya unos setenta muertos en varias explosiones en las estaciones de Santa Eugenia, el Pozo y Atocha. Todos los trenes procedían de Alcalá de Henares y las explosiones se debían a la utilización de varias mochilas con explosivos accionadas con temporizadores. Además también hablaban de algunas mochilas que no habían explotado y que los miembros de la Policía estaban intentando desactivar. Todo el mundo hablaba de ETA como el artífice de los atentados, hasta que un comentarista de la radio dijo algo que me hizo meditar: “Debemos ser cautos. ETA todavía no ha reivindicado este acto terrorista, así que no sabemos con total seguridad de quién puede ser la autoría de este macabro atentado”.

No me lo podía creer. Dos palabras circulaban por mi mente. Atentado y ETA. Pero, por alguna extraña razón, no las relacionaba, no veía interconexión entre ellas. Empecé a sudar mucho, a respirar cada vez más alterado y a sentirme muy intranquilo y ansioso. No me lo podía creer. Mi cabeza empezó a atar cabos sueltos. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? ¿Cómo había sido tan ingenuo? Apreté fuerte los dientes. Cerré los puños de mis manos hasta sentir mis uñas clavadas en la palma. Empezaron a brotar lágrimas de mis ojos, pero ya no eran de tristeza, sino de rabia, lágrimas de odio. El shock vivido y los nervios por lo ocurrido con Moraima no me habían dejado ver algo que estaba sumamente claro. Un nombre apareció en mayúsculas en mi cabeza: SOFIAN.

—Dime cosas Karam —contestó Sofian al otro lado del teléfono tras coger mi vertiginosa llamada.

—¡Hijo de puta, te voy a matar a ti y a todos tus amigos terroristas! —respondí yo totalmente fuera

de mí.

—¿Pero qué te pasa? Creo que te estás equivocando de persona ¿Te has vuelto loco viejo amigo?

—No me he vuelto loco Sofian, los locos sois vosotros. ¿Qué te piensas, que soy imbécil? ¿Qué crees, que no sé qué habéis sido vosotros los que habéis preparado el atentado de los trenes de Atocha en Madrid?

—Ah, te refieres a eso Karam —respondió Sofian muy relajado—. Haber empezado por ahí. Claro que hemos sido nosotros. Ha sido todo un éxito, pese a que algunas mochilas no han estallado. Por fin se ha hecho justicia. Ahora los españoles van a pagar por todo lo que les han hecho a nuestros hermanos musulmanes en Irak, Afganistán o Palestina. Espero que dejen de apoyar el imperialismo encubierto de Estados Unidos y dejen de creerse todas sus mentiras. Ahora se darán cuenta de las farsas de Irak y Afganistán, se darán cuenta de como han sido manipulados por los americanos. Ya se lo advertimos hace tiempo, pero ellos se tomaron a broma nuestras amenazas. Espero que a partir de ahora se tomen más en serio nuestras advertencias. Han sido muchos meses de sacrificio preparando este atentado y por fin todo ha dado sus frutos. Sé que tú no comulgas con nuestras ideas, pero tienes que entender que teníamos que hacerlo.

—Habéis matado a más de ochenta personas, hay cientos de heridos y la cifra sigue creciendo —dije yo llorando—. Omar, el amigo de Hakim que vivía en Barcelona, ha muerto en uno de esos trenes. Era musulmán y marroquí, como tú y como yo Sofian, era un compatriota, era una persona como el resto de personas que iban en los trenes.

—Lo siento mucho Sofian por la muerte de un musulmán como Omar. Es un mártir más de la guerra santa. Yo no me paro a pensar quién iba en ese tren, si eran musulmanes o si eran personas o no.

—¡Hijo de puta, Moraima iba en esos trenes! —grité cortándole su pretensión de darme un discurso sensacionalista—. Iba al médico a cerciorarse de que estaba embarazada de mí cuando una de vuestras bombas estalló. No sé si está viva o muerta, si está sana o herida. No sé nada de nada. Sofian te mataría ahora mismo a ti y a los tuyos si os tuviera aquí delante. Te juró que pagaréis por esto.

Sofian cortó la llamada sabedor de que mis palabras iban totalmente en serio. No me molesté en volverle a llamar, puesto que no hubiera servido de nada. Además no era el momento de dar lecciones morales ni de ajustar cuentas con nadie, ya llegaría el momento de la venganza. Ahora mi preocupación era otra. Tenía que encontrar a Moraima lo antes posible.

Llegamos a las inmediaciones de la estación de Atocha a las dos de la tarde. Muchas calles seguían cortadas a esas horas y era imposible acercarse a la estación. Numerosas ambulancias rodeaban la misma, protegidas por los cuerpos de seguridad del Estado.

Ante la cercanía del lugar mi ansiedad creció de forma desmesurada. Miraba a mi alrededor y solo veía caos y dolor. Gritos de desesperación se mezclaban con las sirenas de la Policía y los llantos de las personas. El ambiente era de lo más desolador. Las ambulancias continuaban yendo y viniendo de un lugar a otro, mientras cientos de familiares mostraban sus caras de pánico intentando encontrar a los suyos.

Me acerqué a varios policías rogándoles que me dejaran pasar, que mi novia podía estar allí, viva o muerta. Amablemente me impidieron pasar hacia el lugar de los atentados y me acompañaron a unas ambulancias cercanas. Allí unos enfermeros y unos psicólogos me ayudaron a calmarme. Les di a ellos los datos de Moraima para ver si tenían conocimiento de su paradero, pero nada de nada. Tras varios minutos de confusión y preguntas entre los psicólogos y los policías, consiguieron descubrir que aparecía como desaparecida. Desde primera hora de la mañana había sido apuntada en la lista de desaparecidos, tras el aviso de su amiga Laia. A esas horas la situación continuaba igual.

Algo más calmado decidí salir de aquel caos que era la estación de Atocha. Los enfermeros me aconsejaron que me fuera a casa o a un hotel a descansar, pero yo tomé la decisión de continuar buscando a la dulce Moraima.

Acompañado de Karim y Mohamed, los dos hombres de Hakim, fuimos a algunos hospitales de la capital en busca de una pista que nos acercara a ella. Pasamos varias horas de un lado a otro de la ciudad intentando localizar a Moraima. En el Hospital La Princesa no la encontramos. Tampoco en el Hospital Clínico San Carlos ni en el Hospital de La Paz. En cambio, en el Hospital Gregorio Marañón descubrimos una grata sorpresa. Laia, la amiga de Moraima, se encontraba en aquel hospital. No tenía ninguna herida grave aparente, pero le habían recomendado hacerse algunas pruebas para descartar cualquier lesión de importancia.

—Hola Laia, soy Karam —dije al verla salir por el pasillo de urgencias acompañada de su madre, después de dos horas de espera—. No sé si sabes quién soy.

—Hola Karam, Moraima me ha hablado muchísimo de ti en los últimos días —contestó ella mientras se fundía en un largo abrazo conmigo—. ¿Cómo estás?

—Yo bien, bueno creo, aunque eso debería preguntarlo yo, ¿no?

—Sí, claro —dijo Laia—. Físicamente estoy bien, solo tengo unos rasguños y moratones provocados por una caída tras la explosión. Aunque estoy muy afectada por lo sucedido. Ha sido un infierno, un horror, una terrible pesadilla. La explosión, el humo, la gente corriendo, los gritos, las personas muertas a mi alrededor.

—¿Pero cómo ha sido? —pregunté de la forma más sutil que pude intentando no herir su sensibilidad.

—Moraima y yo íbamos al médico en uno de los vagones del tren que iba en dirección a Atocha. Yo estaba sentada en la parte central del vagón y ella estaba algo más alejada, sentada al lado del vagón contiguo. Fue entonces cuando me hizo un gesto para hacerme saber que te iba a llamar. No

escuché vuestra conversación, pero solo recuerdo la enorme sonrisa que Moraima tenía dibujada en su cara mientras hablaba contigo. Es la última imagen que tengo de Moraima. Su enorme sonrisa. De repente escuché una gran explosión, caí al suelo, alcé la vista y solo acerté a ver muchísimo humo. Ahí todo se vuelve confuso. La gente empezó a gritar, a llorar y a salir huyendo despavorida. Conseguí levantarme con la ayuda de un señor que estaba sentado junto a mí y pude salir del vagón. Mientras caminaba por el andén desorientada me giré para ver si encontraba a Moraima y vi el vagón anterior al nuestro totalmente destrozado y en llamas. No sé nada de Moraima desde entonces. No pude volver a atrás y llevo buscándola todo el día. Lo siento Karam, pero no pude hacer nada más.

Los peores augurios se cumplían. Pese a que la amiga de Moraima apenas tenía algunos moratones y vendajes como consecuencia del atentado, la descripción de lo vivido que me acababa de hacer ella misma, no me dejaba del todo tranquilo. La explosión se había producido justo en el vagón anterior en el que viajaban ellas. Además Moraima iba sentada pared con pared con el vagón que explotó, el cual había quedado totalmente despedazado, por lo que las posibilidades de encontrarla en perfectas condiciones y de que el feto no hubiera sufrido daño alguno cada vez eran menores. Yo quería pensar que estaba bien, tenía que pensar que estaba viva para poder tener fuerzas para seguir buscándola. Pero la realidad me lo ponía muy difícil.

Me despedí de Laia después de rechazar su ofrecimiento para que nos quedáramos en su casa a dormir. Era ya de noche, así que se fue junto con sus padres a descansar a casa. Nosotros decidimos alojarnos en un hotel cercano al hospital para descansar, a la espera de que el nuevo día nos deparara mejores noticias.

Las jornadas siguientes las pasamos sin ninguna novedad. La rutina era la misma todos los días. Me despertaba después de haber dormido muy poco, me aseaba y desayunaba lo más rápido que podía. Entonces me echaba a la calle en busca de alguna pista que me acercara a Moraima. De un hospital a otro, de una comisaría a otra, pero siempre con la misma noticia por parte de las autoridades: “Desconocemos el paradero de esta mujer. Lo sentimos, pero no le podemos ayudar”.

Al tercer día de mi llegada a Madrid, aparecieron en la ciudad los padres de Moraima. Destrozados ante la incertidumbre de no saber nada sobre su hija, se apoyaron en mí y en Laia, las dos últimas personas que habíamos tenido contacto con ella, para llevar de la mejor manera posible la funesta búsqueda. Ambos les informamos de la casi nula información que teníamos sobre Moraima, ante lo cual sus padres respondieron, para mi sorpresa, con esperanza.

—No te preocupes hijo mío, ya verás como mi hija está bien —me dijo su madre durante una comida—. Ten fe en Dios, él cuida de mi hija. Verás como al final aparece sana y salva.

Las palabras de los padres de Moraima me dieron fuerzas para seguir buscando y continuar manteniendo la llama de la esperanza encendida. Laia y yo decidimos no informarles, de momento, del posible embarazo de su hija, para así no agudizar el sufrimiento.

La noche de aquel tercer día de búsqueda estábamos paseando los hombres de Hakim y yo por los alrededores del pabellón sexto de IFEMA, cuando una llamada totalmente inesperada me sorprendió.

—Hola Karam —dijo Sofian al otro lado del móvil.

—No quiero hablar contigo Sofian, déjame tranquilo, ya me has hecho bastante daño.

—Espera, espera, no cuelgues —dijo él justo en el momento en el que lo iba a hacer—. Tengo que decirte algo muy importante para ti.

—¿Tienes noticias de Moraima? ¿Está bien?

—No Karam, no va por ahí la cosa. Han detenido a varios de mis amigos relacionándolos con los atentados del otro día. Unos están relacionados, pero otros no. Están tirando de todos los hilos y atando cabos. La cosa se está complicando mucho, estamos teniendo muchos más problemas de los que planeamos en un principio.

—¿Y a mí qué me cuentas? —respondí yo indignado—. Por mí como si os cogen a todos y os meten en la cárcel de por vida.

—No entiendes nada Karam. Si están rastreando las llamadas y están atando cabos sueltos, es posible que vayan también a por ti.

—¿A por mí? ¿Por qué? No creo que el hecho de haber sido tu amigo me implique directamente en la preparación de un macabro atentado. Yo no tengo nada que ver con vosotros.

—Eso se lo deberás explicar a la Policía, viejo amigo. Yo únicamente te he llamado para decirte que tengas mucho cuidado y para que te deshagas de todas las pruebas que te relacionen conmigo. Solo es un consejo Karam.

—No quiero que me des ningún consejo Sofian y no me llames viejo amigo porque ya hemos dejado de serlo —dije yo dando por finalizada la conversación y cortando la llamada.

La charla que acababa de tener con Sofian me dejaba completamente desorientado. Si realmente la Policía estaba rastreando llamadas y deteniendo a gente con la que yo había tratado, mi nombre podía aparecer en cualquier momento en la investigación policial. Yo sabía que no había tenido nada que ver en la preparación del atentado. Es más había intentado evitarlo. Pero explicarle eso a la Policía sería tarea ardua, y difícil de entender. Además alguien podría haberle confesado a la Policía que el cannabis que los terroristas habían intercambiado por los explosivos se lo había vendido yo.

No debía cundir el pánico. Tenía que estar tranquilo y analizar la situación fríamente. En primer lugar, tenía que deshacerme de mi móvil personal con el que había mantenido contacto con Sofian y sus amigos durante los últimos meses. Al ser de tarjeta le resultaría muy difícil a los cuerpos de seguridad del Estado español rastrear las llamadas e identificarme, aunque estaba seguro que tarde o temprano lo conseguirían. Esa misma noche me deshice de él. En segundo lugar, tenía que destruir la memoria USB en la que había copiado de Sofian la información sobre los preparativos del atentado. Aquel documento con el nombre de Hiroshima se quedaba corto con lo que realmente después hicieron los terroristas. Recordaba haber borrado de la memoria todos los documentos copiados de Sofian, pero desconocía si los informáticos de la Policía Nacional podían encontrar todo documento que se hubiera guardado en una memoria USB. Sabía que existían programas informáticos de recuperación de datos, que podían rastrear la memoria de un dispositivo y encontrar cualquier documento que hubiera pasado por esa memoria. Tenía que ser precavido y eliminar toda huella que me relacionara con los terroristas. No podía dejar lugar a la duda. Además mi ordenador personal donde había visualizado todos los documentos islamistas de Sofian también podía haber dejado algún rastro, así que también tenía que deshacerme de él. No recordaba si había vaciado la papelera de reciclaje del mismo, con lo que el documento con el nombre de Hiroshima todavía podía estar dentro de mi ordenador. Sin embargo, esto no lo podía hacer desde Madrid. Tanto la memoria USB como el ordenador se encontraban en mi casa de Granada. Pero en ese instante no podía abandonar la búsqueda de Moraima. Tenía que estar en la capital para seguir buscándola, así que finalmente llamé por teléfono a Hakim y decidí darle una serie de indicaciones para que entrara en mi habitación y se deshiciera de ambos aparatos electrónicos esa misma noche.

A la mañana siguiente me dirigí de nuevo a mi encuentro con Laia y los padres de Moraima. Seguíamos sin tener ninguna pista sobre su paradero, lo cual empezaba a ser muy desalentador. El número de desaparecidos cada vez era menor, ya que los familiares iban encontrando a las heridos de los atentados en los centros médicos de la ciudad. Era asombroso ver como los parientes de algunas víctimas entraban en los hospitales con la cara desencajada y salían plenos de felicidad al haber encontrado con vida a su familiar. La otra cara de la moneda la mostraba el pabellón sexto de IFEMA donde yo intentaba no acercarme. Aquí se encontraban los cuerpos sin vida que todavía no habían sido identificados a la espera de que alguien los reconociera. El par de ocasiones que

tuve que pasar por allí en esos días las imágenes allí vividas fueron verdaderamente dantescas. Las familias permanecían en las salas a la espera de una muerte anunciada. Allí les hacían esperar hasta que uno de los familiares tenía las agallas de pasar a identificar el maltrecho cadáver de alguno de los suyos. Tras esto los llantos, los gritos, los desmayos y el desconsuelo que acompañaban la escena eran desoladores y macabros.

Eran todavía más de veinte los cuerpos no identificados que permanecían en el pabellón de IFEMA intentando ser reconocidos por los forenses y los familiares. Yo intentaba sacar de mi mente esta lista de más de veinte personas muertas todavía sin identificar. Sabía que Moraima no estaba en aquel pabellón, estaba seguro. Moraima no podía estar muerta. Yo me aferraba a otra lista. Aquella en la que aparecían las personas desaparecidas y que todavía no habían sido encontradas. Intentaba imaginarme a Moraima en la cama de un hospital, dormida, bella y dulce como era ella, recuperándose de las pequeñas heridas sufridas y con nuestro bebé sano y salvo en su interior.

Y esta era la idea de esperanza que intentaba transmitir a los padres de Moraima, quienes después de varios días viendo la dureza de las escenas de los hospitales, de los pabellones de IFEMA y mirando a la muerte cara a cara, empezaban a estar muy desalentados y angustiados. Lejos quedaban las palabras de ilusión y optimismo que la madre de Moraima me había dicho el primer día.

—Dime Hakim —respondí al móvil que me pasó Karim mientras esperábamos en uno de los hospitales junto a los padres de Moraima—. ¿Has solucionado lo que hablamos anoche?

—No del todo, Karam —respondió mi camarada—. Ya me he deshecho del ordenador. Lo he desmontado personalmente y he quemado todas sus piezas inflamables. Las piezas de metal las he esparcido por varios contenedores de la ciudad. En cambio, la memoria USB no la he encontrado. No estaba en tu habitación.

—¿Cómo qué no? Estaba en el cajón de mi escritorio.

—No, Karam, ahí no estaba. He puesto patas arriba tu casa y no la he encontrado. Pero no solo eso. Hay más malas noticias.

—¿Qué ha pasado? —pregunté yo preocupado e impaciente.

—La Policía ha estado hoy aquí.

—¿Cómo?

—Lo que oyes, Karam. Han venido a mi casa preguntando por Sofian. Sabían que había trabajado para mí en el locutorio durante un tiempo y querían información sobre él.

—¿Y qué les has dicho?

—Nada que les pudiera ayudar —respondió seguro de sí mismo Hakim—. Sabes que yo desconocía las macabras intenciones de Sofian y sus amigos. A mí no tienen por donde pillarme, así que estoy muy tranquilo. Me han preguntado por su paradero, que no les he podido facilitar porque lo desconozco. Después les he acompañado al locutorio donde ya se encontraban varios agentes judiciales registrándolo y me han requisado el ordenador, documentos y varias carpetas con facturas.

—Ten mucho cuidado, Hakim.

—Yo estoy muy tranquilo Karam. Estoy seguro que por el negocio del cannabis no me pueden pillar. Hay muchísima gente delante de mí que se auto inculparía por salvar mi pellejo. Y por el tema del atentado de Madrid, estoy muy tranquilo. No he tenido ningún contacto con esos islamistas, a excepción de Sofian, que era mi empleado. En cambio tú has tenido mucho contacto con ellos y si el nombre de Sofian ya ha aparecido en la investigación es muy probable que el tuyo no tarde en salir.

—¿Tú crees Hakim?

—Sí, yo lo creo, y tu padre también. He hablado con él por teléfono y creemos que la decisión más razonable es que vuelvas a Granada. Tienes que encontrar esa dichosa memoria USB y destruirla. Desde aquí estudiaremos el plan a seguir durante los próximos días.

—Pero no puedo irme ahora Hakim. No puedo abandonar a Moraima en estos momentos.

—Tú ya has hecho todo lo que está en tu mano —dijo mi camarada muy seguro de sí mismo—. Encontrar a tu novia viva o muerta ya no depende de ti. Debes dejar que los médicos y la Policía hagan su trabajo y encuentren a Moraima sana y salva. Solo Alá puede ayudarla, así que lo único que está en tu mano es rezar por ella, como yo he hecho en los últimos días.

—Pero ella me necesita aquí cerca. Quiero estar a su lado cuando aparezca.

—Seguro que si le preguntaras a ella, te aconsejaría que volvieras a Granada y que te protegieras. Ahora mismo lo más importante es tu propia seguridad. Llevas ya muchos días en Madrid y eso te está desgastando. Vuelve a casa, descansa y prepararemos un plan seguro por lo que pueda venir. Hazlo por Moraima y por tus padres. Ellos también están muy preocupados con todo lo que está pasando.

Hakim tenía razón. Mi situación tras los atentados de Madrid se había complicado muchísimo. En la capital no estaba seguro. Además de las investigaciones y detenciones de la Policía, también tenía que estar alerta con los terroristas. Ellos sabían que yo tenía información muy peligrosa para ellos. Ya no podía confiar en los amigos de Sofian, ni tan siquiera en mi viejo amigo. Nunca había llegado a tener buena relación con ellos y era posible que en esta tensa situación de persecución policial quisieran deshacerse de todo aquel que les pudiera inculpar. Además era demasiada tensión y cansancio acumulado con la búsqueda de Moraima. Ella entendería que me tomara unos días de descanso en Granada para recuperar fuerzas. Allí planearía la estrategia a seguir y volvería a Madrid en cuanto apareciera.

Esa misma tarde me despedí de los padres de Moraima, quienes entendieron a la perfección que me tomara unos días de descanso en mi casa. Les dije adiós con un tremendo abrazo y la esperanza intacta ante la búsqueda de su hija. A Laia le facilité el número del móvil de Hakim para que me mantuviera informado en todo momento. Le dije que había perdido mi teléfono con los nervios y el estrés de los últimos días, para así no levantar sospechas. Muy a mi pesar, tuve que dejar Madrid por mi propia seguridad esperando volver pronto y ver de nuevo la eterna sonrisa de la dulce Moraima.

Varios días en la ciudad nazarí me permitieron descansar y recuperar fuerzas, pero hacía ya una semana desde los atentados y todavía no sabía nada de Moraima. Seguía teniendo los nervios a flor de piel. Estaba en contacto en todo momento con Laia a través del teléfono móvil de Hakim, pero todo seguía igual. Nada de nada.

Logré localizar la memoria USB donde había guardado momentáneamente los documentos de los terroristas. Recordé que se había quedado en casa de Moraima, así que la encontré y la destruí. De esta forma quedaba borrado todo rastro informático, si es que todavía lo había, que me relacionara con los terroristas.

Durante esos días se continuaron produciendo detenciones en varios puntos de la península, principalmente en Madrid, en relación con los atentados de Atocha. Tenía que estar muy atento a la radio y a la televisión para ver si detenían a alguna persona conocida. Sabía que mi libertad corría peligro y en cualquier momento podían llamar a la puerta de mi casa para llevarme a declarar a comisaría. Por este motivo no tuve una residencia fija en la ciudad durante esos días.

Dejé de ir por mi locutorio, por mi casa y por casa de Hakim. Pasaba los días escondido en casa de alguno de los hombres de Hakim, quien venía a visitarme varias veces al día. Con él organicé la estrategia a seguir. Tenía que estar escondido hasta que se calmara la situación. Sabíamos que mi nombre podía aparecer en cualquier momento en la investigación policial, así que más valía prevenir que lamentar.

Pero la sorpresa vino por otro lado. Estaba yo tomando un té sentado delante del ordenador y limpiando mi correo electrónico de correos basura, cuando vi uno cuyo remitente desconocía. Hacía ya varios días que había llegado a mi bandeja de entrada, aunque yo no lo había podido leer debido al excesivo ajetreo de las últimas jornadas. Me llamó la atención que no apareciera ningún asunto, así que lo abrí por curiosidad:

“Lleva mucho cuidado con lo que haces o dices. Como te vayas de la lengua estás muerto”.

Estaba escrito de forma concisa y clara en lengua árabe, aunque no aparecía firmado. Realmente no hacía falta, yo sabía perfectamente de donde procedía esa amenaza. Sofian y sus amigos no habían tenido bastante con perpetrar el mayor atentado de la historia de España, sino que además querían atar todos los cabos sueltos para salvar su culo. Los cobardes pretendían cohibirme para que, llegado el caso, me mordiera la lengua y no los descubriera. En ese momento hubiera ido corriendo a la comisaría más cercana y los hubiera delatado a todos si no hubiera sido porque mi propia libertad corría serio peligro.

¿Cómo me había podido dejar engañar por esos extremistas islámicos? No entendía cómo había podido venderles mi mercancía a aquellos sanguinarios terroristas. La codicia y el deseo de dinero fácil y rápido me habían tapado los ojos ante los preparativos de semejantes atentados. Durante todos aquellos meses de contacto con los futuros terroristas, me había engañado a mí mismo diciéndome que sería un atentado pequeño, sin víctimas, únicamente para llamar la atención. ¿Cómo había podido ser tan ingenuo? ¿Es el hombre tan miserable que se engaña a sí mismo con el único fin de conseguir sus objetivos? Tendría que haber avisado a la Policía con mayor precisión, dando nombres y direcciones para, de esta forma, evitar la masacre. Pero no lo había hecho. Ahora el arrepentimiento no servía de nada y las consecuencias eran gravísimas. Cientos de personas muertas y miles de heridos. Mi amigo Omar entre los fallecidos y Moraima todavía desaparecida. Tenía que mantenerme escondido ante la Policía y los terroristas, ya que las amenazas de muerte no iban en broma.

Estaba yo sentado delante del ordenador vagando entre estos pensamientos cuando sonó el timbre de la puerta. Me encontraba solo en la casa, así que me acerqué con sigilo a la entrada. A través de la mirilla pude ver que se trataba de Hakim. Estaba de espaldas hablando muy nervioso por su teléfono móvil. Al abrirle la puerta se giró y nuestras miradas se cruzaron. Algo no iba bien.

—¿Qué pasa Hakim? —le pregunté asustado.

—Ponte, es para ti —respondió él cabizbajo.

—¿Sí? —pregunté indeciso y nervioso al coger su teléfono sin saber quién se encontraba al otro lado de la línea.

—¡Está muertaaaaaaaaa! —escuché gritar a Laia mientras lloraba desconsolada al otro lado del teléfono—. ¡Está muerta!

—¿Pero quién Laia? —pregunté yo no queriendo darme cuenta de lo que realmente estaba pasando.

—¡Moraima está muertaaaaaaaaaaaaa! —gritó ella desconsolada.

En ese instante me dio un vuelco el corazón, un nudo se hizo en mi garganta y la sequedad invadió mi boca. No podía articular palabra alguna. Me era casi imposible hasta tragar saliva. Mi respiración se aceleró. Me faltaba el aire. Me apoyé en la pared. Busqué una silla y al intentar sentarme me tambaleé y caí al suelo sin fuerzas. De rodillas y con el móvil pegado a mi oreja levanté la vista buscando la mirada comprensiva de Hakim, esperando unas palabras, un gesto que denotara que todo aquello era una equivocación, un error, que me dijera que Moraima no estaba realmente muerta. Solo encontré la mirada más triste que jamás haya visto, una mirada afligida de compasión y de empatía, unos ojos enrojecidos repletos de lágrimas que nunca antes había visto llorar.

—¡No puede ser, Laia! —grité con rabia desde el suelo intentando procesar la información—. Moraima tiene que estar viva. Yo la quiero y lleva un hijo mío en su vientre. Tiene que ser un error, alguien se debe haber equivocado.

—Ojala fuera así Karam —dijo ella intentando ahora consolarme a mí.

—¿Pero estás segura, Laia?

—Segurísima Karam. Esta mañana recibí una llamada desde el Hospital de La Princesa para que nos personáramos allí lo antes posible. Eso me alegró muchísimo. En un primer momento supuse que habían identificado a Moraima entre alguno de sus pacientes. Al llegar nos recibió un equipo de médicos y psicólogos. Sus saludos, sus posturas, la forma en la que nos trataron desde un principio me hizo entrever que algo no iba bien. Los padres de Moraima no se percataron de nada, seguramente esperanzados con la idea de encontrar a su hija con vida. Después de media hora de rodeos nos dijeron que era posible que Moraima acabara de morir en ese centro médico. Llevaba hospitalizada allí desde minutos después del atentado. Había llegado al hospital en coma y con quemaduras en el ochenta y cinco por ciento de su cuerpo la mañana del 11 de marzo. Pese a encontrar su cartera y su documentación en su ropa, no quisieron avisar a sus padres hasta no estar seguros de su verdadera identidad. Intentaron identificarla a través de las huellas dactilares, pero la intensidad de las quemaduras hizo imposible tal posibilidad. El caos organizativo que se ha vivido en muchos centros hospitalarios en los días posteriores al atentado hizo el resto para que tardaran tantos días en contactarnos. Esta mañana ha fallecido y han avisado a sus padres para que identificaran el cuerpo. Ha sido horrible Karam. La madre de Moraima se ha desmayado y ha tenido que ser hospitalizada, así que ha sido su padre el que la ha identificado por unas pulseras que llevaba en la mano izquierda y por el tatuaje del omoplato. Dice que estaba totalmente quemada, calcinada, y casi irreconocible. Las pruebas de ADN no confirmarán su identidad hasta dentro de una semana, así que hasta entonces no podrán llevarse el cuerpo a Granada para enterrarla.

—No puede ser Laia, no puede ser.

—Lo es Karam, lo es. Nosotros también estamos destrozados.

—¿Y sus padres, están ahí contigo? —le pregunté llorando—. ¿Puedo hablar con su madre?

—Su madre continua hospitalizada en estado de shock y el padre también está recibiendo ayuda psicológica. Todavía no han digerido la noticia. Esto está siendo espantoso. Ni tan siquiera han podido llamar a sus familiares para informarles. Estoy siendo yo la que se encarga de ponerse en contacto con todos ellos. He pensado que el primero en saberlo tenías que ser tú. Lo siento mucho Karam.

Me despedí de Laia entre lágrimas. Me quedé tirado en el suelo llorando angustiosamente, sin ningún tipo de consuelo, como un niño al que quitan el mejor de sus juguetes, al que quitan la mayor de sus ilusiones, la mejor de sus sonrisas, la bella y dulce Moraima.

Todas mis esperanzas de encontrar a la mujer de mi vida y a mi futuro hijo acababan de

desaparecer por completo. Moraima muerta. No me lo podía creer, no me lo quería creer. Yo estaba locamente enamorado de aquella granadina. Tenía muchísimos planes de futuro con ella y con nuestro hijo, y ahora todo se iba al garete por culpa de unos desgraciados extremistas islamistas.

Varias veces intenté incorporarme del suelo y no pude. La noticia me había dejado totalmente vacío, sin fuerzas ni ganas para seguir adelante. Mis pensamientos eran muy confusos y mi mirada estaba totalmente nublada. Ya no me importaba nada. Mi vida carecía de sentido. ¿Qué iba a hacer yo ahora sin Moraima? Levanté mi cabeza intentando encontrar el aire que me faltaba, como perro que olfatea la mejor de sus comidas, y me percaté entonces de que Hakim todavía se encontraba allí. En absoluto silencio, mirándome con los ojos enrojecidos y sentado con la cabeza descansando sobre sus manos.

—Karam, hay algo más —alcanzó a decirme con la voz entrecortada.

—Me da igual, ya no me importa nada de lo que me digas —dije yo en tono pasota.

—Lo sé Karam. Pero tienes que ser fuerte y levantarte de esta dura caída. La vida está llena de obstáculos que hay que ir esquivando y tú eres lo suficientemente fuerte como para levantarte y seguir caminando.

—¡No quiero sermones ahora Hakim! —le dije atravesándolo con la mirada—. La vida es una puta mierda, la vida es una mierda enorme que nos hace a todos estar llenos de mierda hasta arriba constantemente. En los últimos meses he perdido a mis hermanos, han estado a punto de matarme y me he visto involucrado indirectamente en unos atentados en los que además, para más inri, he perdido a la mujer de vida y a mi futuro hijo. ¿Pero qué mierda de vida es esta?

—Sé que en estos momentos no hay palabras de consuelo para ti —dijo Hakim meditativo—. Pero como te he dicho antes, hay algo más. Justo cuando me ha llamado Laia estaba yo hablando con el dependiente de tu locutorio. La Policía ha estado esta mañana allí. Tenían una orden de detención contra ti. Han precintado el locutorio y lo están poniendo patas arriba en busca de información. Supongo que tu nombre ha salido de alguna manera en los interrogatorios de la Policía a los terroristas y ahora van a por ti.

—Que le den por culo a la Policía y a todos.

—Estás en serio peligro, Karam. Tienes que salir del país lo antes posible.

—Me importa una mierda si la Policía viene a por mí —contesté yo impasible—. No voy a huir a ningún sitio. Voy a esperar aquí a que llegue el cuerpo de Moraima la semana que viene para despedirme de ella y enterrarla como se merece. Estoy harto de esconderme. Igual debería de entregarme y confesar todo lo que sé para que esos hijos de puta paguen por lo que han hecho.

Justo en ese momento un tremendo golpe se escuchó en la puerta de entrada de la casa. Hakim se levantó de la silla y se alejó de la puerta que tenía a su espalda. El susto hizo que mi apatía desapareciera de golpe. De un salto me levanté y retrocedí instintivamente varios pasos hacia el pasillo. Un segundo golpe se escuchó de nuevo en la puerta. No me lo podía creer, estaban intentando echarla abajo. El tercer golpe tiró la puerta y dejó ver como un hombre la abría con una tremenda patada. Dos hombres más se asomaron a través de ella, cada uno de ellos con una pistola en sus manos. Desconocía a aquellas tres personas, pero estaba seguro que no eran policías. Apuntándonos con sus armas tanto a Hakim como a mí, entraron muy despacio mirando a un lado y a otro, cerciorándose de que no había nadie más en aquella estancia.

—Hombre, Karam, por fin te hemos encontrado —dijo en árabe el hombre que iba desarmado—. ¡Conque este es tu escondite!

—Yo no me escondo de nadie, yo no tengo por qué esconderme de nadie —respondí yo en tono chulesco mientras Hakim se giraba y clavaba sus ojos en mi mirada pidiéndome a gritos que

me callara.

—¿Ah, no?, entonces dínos que hacía esta mañana la Policía en tu locutorio —dijo el mismo hombre entre las risas de sus dos compañeros.

—No tengo ni idea.

—¿No les habrás dicho nada relacionado con Sofian y los atentados de Madrid, verdad?

Hakim y yo cruzamos nuestras miradas intentando decirnos sin palabras que teníamos ante nosotros a algunos de los terroristas que habían preparado el asesinato cobarde de cientos de personas en la capital.

—¡Hijos de puta! —grité yo mientras intenté abalanzarme sobre el individuo que no tenía pistola.

Un tremendo puñetazo me dejó noqueado de rodillas en el suelo ante mi agresor. Hakim hizo ademán de ayudarme pero la presión de una de las pistolas sobre su espalda le hizo no persuadir en su intento.

—¡Niñato de mierda! —gritó entonces el hombre que me acababa de golpear y que tenía plantado delante de mis narices—. ¿Pero tú que te has creído? Ya nos dijo el Italiano que no nos podíamos fiar de ti y que teníamos que acabar contigo. Tras los atentados nuestra situación se ha complicado en exceso, así que no podemos dejar ningún cabo suelto. No podemos fiarnos de un musulmán como tú que ni es musulmán ni es nada. Eres de esos putos musulmanes occidentalizados que no siguen ni tan siquiera los preceptos básicos del islam. Eres uno más de ellos y podrías delatarnos en cualquier momento. Eres un mal musulmán y debes pagar por ello.

Justo en el preciso momento en el que uno de los hombres armados empezaba a acercarse su pistola hacia mí, un anciano vecino que bajaba por la escalera apareció en la tirante escena. A través de la maltrecha puerta pude ver como el asustado vecino gritaba al ver semejante panorama. Los terroristas, de espaldas a la puerta, se giraron al oír el grito, apuntando sus pistolas hacia el extrañado anciano, que quedó quieto e impasible. Hakim aprovechó ese momento de duda e incertidumbre para saltar sobre los dos hombres armados, logrando tirarlos al suelo y resbalando sus armas por el piso. Yo empujé al hombre que tenía delante de mí y salí corriendo hacia el final del pasillo. Antes de entrar en la habitación del fondo, pude oír como Hakim gritaba algo: “Huye Karam, huye”. Al girarme pude ver como mi amigo se abalanzaba sobre el primer hombre que corría hacia mí a través del alargado pasillo, justo en el momento en el que otro de los terroristas disparaba de cerca sobre la cabeza de Hakim. Vi volar los sesos de mi amigo en diminutos pedazos, impregnando las paredes laterales del largo pasillo de sangre y carne cruda. Jadeando me quedé inmóvil, viendo tan tétrica escena, observando como el cuerpo de mi amigo caía inerte y golpeaba el suelo con tremenda dureza. Milésimas de segundo pasaron delante de mis ojos muy, pero que muy despacio. Boquiabierto y petrificado, solo el ruido de un nuevo disparo me hizo volver en mí. La bala acababa de golpear a escasos centímetros de mi cabeza, en la pared que tenía justo detrás de mí. Entré en la habitación que tenía a mi izquierda y me dirigí a la ventana. Miré a la concurrida calle. No me lo pensé. Era un primer piso, así que aproveché la cercanía de una gran furgoneta y salté sobre el techo de esta. Bajé de ella por su parte delantera. Los transeúntes que caminaban por la acera, alarmados por el ruido de los disparos, vieron como salté desde la casa hacia la furgoneta. Los terroristas al asomarse a la ventana y ver el gran alboroto que se había formado en la calle, desistieron en su intento de saltar a la acera a través de la ventana.

Empecé a correr como nunca antes lo había hecho, sabedor de que me iba la vida en ello. Corría y corría sin rumbo fijo, sin respetar a nadie, empujando a la gente, sin mirar en los cruces si venían coches o no, intentando huir de mis perseguidores, intentando huir, a la vez, de todo, como si al correr pudiera dejar atrás todo aquel infierno que estaba viviendo en los últimos

meses. Llevaba más de un cuarto de hora corriendo cuando paré por necesidad, por cansancio, por asfixia. Miré a mi alrededor y no sabía en qué lugar me encontraba. Nadie me había seguido. Intentando recuperar la respiración procuré calmarme. Pero no podía. Me era imposible. La situación que acababa de vivir me sobrepasaba.

Sin apenas tiempo para digerir la muerte de Moraima tuve que enterarme que estaba en búsqueda y captura por parte de la Policía. Tenía que huir de allí, desaparecer de la ciudad, salir del país lo más rápido posible. Además los terroristas que habían preparado los atentados de Madrid del 11 de marzo me querían matar. Habían estado siguiéndome durante los últimos días y cada minuto que pasaba en la ciudad nazarí suponía un serio peligro para mi vida. Y por si todo esto no fuera suficiente, tuve que ver con mis propios ojos como asesinaban a sangre fría a mi camarada Hakim, el viejo amigo de mi padre, aquel que me había tratado como a un hijo desde mi llegada a España. Demasiadas desgracias para vivirlas y digerirlas en un par de horas.

Entré en un bar cercano y pedí un café. Suponía que la Policía ya estaría merodeando por la zona en busca de algún magrebí sospechoso relacionado con el asesinato de Hakim. No podía estar al descubierto, tenía que ser muy precavido y mantenerme escondido. Era primordial llamar a alguno de mis hombres para que viniera a auxiliarme. Aunque quizás era peligroso. Tanto los terroristas como la Policía podían estar siguiéndolos, así que desestimé esa opción de inmediato. Además no tenía ni sus números de teléfono ni móvil para poder llamar a nadie. Recordé entonces que tenía el móvil de Hakim en el bolsillo. Me lo había dejado para hablar con Laia y con los nervios no se lo había devuelto. Llamé a uno de los hombres de confianza de Hakim, que vivía fuera de la ciudad, en Cogollos de la Vega, un pueblecito al norte de Granada. Supuse que al no regentar con asiduidad ni la casa ni el negocio de Hakim, no estaría siendo vigilado por nadie. Recé para que así fuera. Le expliqué todo lo sucedido en las últimas horas: el fallecimiento de Moraima, la orden de detención de la Policía, el intento de asesinato por parte de los terroristas y la muerte de Hakim.

En poco más de hora y media se presentó en el bar con una mochila llena de ropa y de utensilios de aseo personal. Serhane era un marroquí en torno a la cincuentena, de rostro serio, y cuya principal característica era un denso bigote negro que reposaba sobre su minúscula boca.

Ya en su coche fuimos primero a varios cajeros automáticos cercanos antes de salir de la ciudad. Saqué una importante suma de dinero de distintas cuentas con varias tarjetas para así tener dinero en efectivo disponible. Tras esto nos adentramos en la A-92 en dirección a Guadix. Pensamos que no era seguro esconderme en su casa, por lo que nos alejamos de la ciudad varias decenas de kilómetros. Iba a hospedarme unos días en casa de su hermana en Los Villares, un pequeño pueblo a tres cuartos de hora del centro de Granada. Allí estaría seguro por el momento.

Los Villares era un encantador pueblo, tranquilo y acogedor, que me permitió meditar mi decisión de escapar o no del país con serenidad, sin prisas. Pasé varios días en casa de la hermana de Serhane esperando que se apaciguaran las aguas revueltas de los últimos días.

Este tiempo me sirvió para encajar poco a poco el tremendo golpe tanto de la muerte de Moraima como de la de Hakim. Desde mi llegada a España todo habían sido desgracias. Primero el asesinato de mis hermanos en mi país natal. En segundo lugar, el distanciamiento y la posterior ruptura con mi amigo de la infancia, Sofian. Después los atentados de Madrid y la pérdida de Moraima. Y por último, el asesinato de Hakim. Muy lejos quedaban aquellos tranquilos y felices días al amparo de mi añorada familia en Ketama, donde soñaba con una vida más dinámica, con conocer mundo y con enriquecerme material e intelectualmente.

No me costó mucho tiempo tomar la decisión acertada. España solo me había traído desgracias y problemas, así que tenía que volver a Marruecos. Pero la solución no era tan fácil. Mi vida también corría mucho peligro cerca de mis padres en Ketama, pues los narcos que habían matado a mis hermanos podrían estar al acecho. Durante estos días estuve en contacto permanente con mi padre. Fue él quien me desaconsejó mi retorno a Ketama, ya que no podía garantizar mi seguridad total en la zona. Estudiamos distintas posibilidades, como la de huir a otros países de Europa o de África. Allí el peligro de los narcotraficantes marroquíes y de la Policía española casi desaparecía por completo, pero no así el de los terroristas islámicos. Estos podían estar en cualquier país camuflados tras la piel de un musulmán ejemplar. No podía correr ese riesgo. Sin lugar a dudas, el país más seguro en mis circunstancias era el mío, Marruecos, pero no en mi ciudad.

Merzouga fue el lugar elegido, un pequeño pueblo ubicado a las puertas del Sáhara marroquí, al sureste del país. Aquí estaría seguro, tranquilo, sin nadie que sospechara de mi presencia. Viviría bajo la tutela de Amir, un poderoso comerciante tuareg amigo de mi padre desde la infancia. Yo nunca había visitado esta zona del país, por lo que nadie podría identificarme en este lugar. Allí trabajaría como un tuareg más del desierto, cuidando dromedarios y transportando turistas al desierto de Erg Chebbi. Este se encontraba apenas a cincuenta kilómetros de la frontera argelina, así que si me veía en peligro podía huir a Argelia con facilidad o esconderme en el inmenso desierto del Sáhara.

Mientras mi padre preparaba todo lo relacionado con mi retorno a Marruecos sin levantar ninguna sospecha, yo tenía que organizar mi salida de España de manera clandestina. Mi salida legal del país en avión, barco o coche era imposible. Los cuerpos de seguridad del Estado ya tendrían mi foto y mis datos en todas las aduanas para detenerme nada más verme. Llamé entonces a Ramón, uno de los transportistas que trabajaba para mí con el contrabando de cannabis, para que tuviera lista una furgoneta en los próximos días. En el doble fondo de la misma podría viajar de vuelta a mi país sin que la Policía se diera cuenta. Además Ramón tenía comprados a dos agentes de la aduana para que cada vez que pasara por allí revisaran su vehículo, camión o furgoneta, sin perros y con poco esmero.

Después de una semana de estancia en Los Villares, todo estaba preparado para mi partida. Me despedí de Nadira, la hermana de Serhane, agradeciéndole su hospitalidad y su

enorme paciencia por acogerme en su humilde morada sin previo aviso. Su hermano me esperaba en un coche en la puerta del pueblo. Con lo puesto y sin ninguna maleta, me subí al coche en dirección a Almería, lugar donde se encontraba Ramón esperando mi llegada con la furgoneta preparada.

Una sorpresa inesperada apareció entonces en mi bolsillo. El móvil de Hakim comenzó a sonar y al mirar la pantalla vi un nombre que para nada esperaba que me llamara.

—Sofian, no quiero saber nada de ti, déjame tranquilo de una maldita vez —dije al descolgar el teléfono.

—Hola Karam, yo también me alegro mucho de escuchar tu voz —respondió él con tono melancólico mientras se oían confusos gritos cercanos a Sofian—. Te ruego que no me cuelgues. Tengo que hablar contigo. Solo dame cinco minutos para decirte algo muy importante y no te molestaré más en mi vida. Te lo prometo.

—Sofian, tus amigos han matado a Hakim y estuvieron a punto de matarme. No entiendo como todavía tienes la cara dura y la poca vergüenza de llamarme.

—Siento mucho lo de Hakim, te lo digo de corazón. Me enteré ayer de lo que os sucedió. Pero créeme cuando te digo que yo no tuve nada que ver con eso. Esas órdenes vinieron de arriba, yo las desconocía, si no te hubiera avisado, lo sabes viejo amigo. Hakim era un buen hombre, me entristeció mucho su muerte.

—Vale Sofian, ¿para eso me has llamado? —pregunté yo con tono cortante y ofensivo.

—No Karam, viejo amigo, llamo para despedirme de ti. Todo se ha complicado mucho en las últimas semanas. La Policía nos ha descubierto y ahora mismo estamos atrapados en casa de un amigo, en Leganés. Los GEO tienen el edificio totalmente rodeado.

—Pues entregáros Sofian, es la mejor solución —le dije mientras se seguía escuchando un ambiente caótico alrededor del lugar dónde se encontraba Sofian.

—No les daremos esa satisfacción, Karam. Alá es grande y tiene un lugar reservado para nosotros en el cielo. ¡Muerte a todos los infieles!

—¿Pero qué estás diciendo Sofian? ¿Estás loco?

—No, no lo estoy. Ya está decidido, nos vamos a inmolar. Te llamaba para despedirme de ti y pedirte disculpas por el mal que te he hecho en estos últimos meses. No fue mi intención. Te quiero Karam, siempre te he querido, desde que te conocí aquel día de verano jugando al fútbol detrás de casa. Lo último que deseaba en esta vida era hacerte daño, y sé que en los últimos tiempos te he hecho mucho. Espero que algún día puedas perdonarme. Ha sido un placer conocerte y volver a reencontrarme contigo después de tantos años. Cuídate mucho y nunca te olvides de mí, viejo amigo. Que Alá te bendiga. Adiós.

Fueron las últimas palabras que pude oír de mi amigo de la infancia, Sofian. Una hora después, cuando estábamos a punto de llegar a Almería, la radio confirmó la noticia. Hablaba de una posible bomba, de un atentado en un piso de Leganés que podría estar relacionado con lo sucedido semanas antes en Madrid. Sofian y seis terroristas más se inmolaron aquel día ante la constante presión policial. Los tuvieron varias horas rodeados y atrincherados en un piso, ante lo cual los terroristas prefirieron inmolarsse a entregarse vivos a la Policía.

Nunca pude entender qué había ocurrido en la vida de mi viejo amigo, para que aquel pequeño niño bondadoso con el que yo jugaba al fútbol durante horas en un descampado al lado de mi casa, acabara convirtiéndose en un sanguinario terrorista al que no le importara asesinar a miles de personas inocentes e incluso, llegado el caso, sacrificar su propia vida por la religión islámica. Jamás llegué a entenderlo.

Era ya de noche cuando llegamos a Almería. Ramón nos recibió en su casa con la cena

encima de la mesa, así que Serhane y yo no pudimos rechazar la invitación y cenamos con él, su mujer y sus tres hijos.

Sentado en aquella mesa, acompañado de esa familia totalmente desconocida para mí, pude ver, sin que nadie se diera cuenta, la felicidad reflejada en los pequeños detalles de la vida, en las risas que se cruzaban Ramón y sus hijos, en las caricias y las miradas que se deslizaban sobre la mesa entre Ramón y su mujer. Pude ver la fortuna reflejada en la complicidad y la plenitud de aquella humilde familia, seguramente desconocedora de que la palabra felicidad estaba tatuada a sangre en sus miradas, y que posiblemente, como yo había hecho hasta entonces, buscaran la felicidad en cosas totalmente secundarias.

Al cenar con aquella entrañable familia, no pude evitar llevarme a la cama esa noche un pensamiento que me había acompañado desde la mañana del 11 de marzo, un pensamiento que no podía sacar de mi cabeza desde aquel fatídico día. Lo felices que podríamos haber sido Moraima, nuestro hijo y yo, si Moraima no se hubiera subido a aquel maldito tren, el tren de los sueños rotos.

Nos levantamos al alba al día siguiente, puesto que teníamos un día largo por delante. Tras desayunar y reponer fuerzas, bajamos Serhane, Ramón y yo al garaje de la vivienda. La furgoneta estaba preparada para nuestro viaje. El doble fondo era macizo en su totalidad, excepto en una parte en la que tenía que ir yo medio sentado. De esta forma no levantaríamos la más mínima sospecha ante la Policía de la aduana. Me despedí de Serhane y me introduje en aquel estrecho habitáculo. Ramón aprovechó para sellar la pared del fondo del furgón con un soldador. Tras una

pequeña mano de pintura de secado rápido todo estaba listo. Cargaron el resto de la furgoneta con cajas de zapatos, cuyo supuesto destino era Tánger, y emprendimos el camino.

En menos de cuatro horas y media habíamos llegado a nuestro destino, Tarifa. Ramón siempre elegía este puerto de salida por estar aquí varios agentes de aduanas comprados.

Desde el pequeño habitáculo trasero del furgón pude oír como Ramón hablaba con la Policía de la aduana. El trámite fue rápido. En media hora habíamos embarcado sin ningún problema.

Con la pared metálica del doble fondo de la furgoneta a un palmo de mi cara y en una postura bastante incómoda, me despedí de España de la forma más triste que hubiera imaginado. Sin haber cumplido ninguno de mis sueños, salvo el de enriquecerme algo materialmente, y habiendo perdido en aquellos meses de estancia en la península a muchos de mis seres más cercanos: Omar, Sofian, Hakim, mis hermanos y Moraima.

Unos golpes me despertaron de repente. El tremendo cansancio me había hecho quedarme dormido sin quererlo.

—¿Karam, estás bien? —escuché a Ramón al otro lado de la chapa metálica.

—Sí.

—Ya estamos a las afueras de Tánger. En diez minutos te sacamos de ahí.

Se empezó a oír entonces el ruido de una ensordecedora radial. Minutos después la pared que había sido mi bonita panorámica de las últimas horas cayó por su propio peso al suelo. Todavía era de día cuando llegamos a Marruecos. La intensa luz solar molestó a mis maltrechos ojos golpeándolos de forma brutal.

Al salir del vehículo por su puerta trasera pude ver que nos encontrábamos en una casa de campo a las afueras de Tánger. Un compatriota se acercó a mí y me entregó un pasaporte falso y una gran cantidad de dinero en *dirhams*. A partir de ese momento dejaba de ser Karam para convertirme oficialmente en Youssef, marroquí nacido en Rissani treinta años atrás. Me despedí de Ramón con un fuerte abrazo, entregándole los dos mil euros acordados por el trabajo realizado.

Para no levantar ninguna sospecha, tenía que ser yo solo quien llegara a Merzouga sin ninguna ayuda, así que cogí un taxi y me dirigí a la estación de autobuses de Tánger. Tras sacar un billete a Rissani para viajar con la compañía CTM, intenté acomodarme en el autobús. Acostumbrado a los modernos medios de transporte occidentales, me había olvidado de como eran los autobuses en Marruecos. Mi viaje desde Tánger hasta Rissani fue una auténtica odisea infernal. Tras casi veinticuatro horas de sudores, transbordos, malos olores, roturas de motores, gritos, pinchazos y overbooking de pasajeros, estaba a punto de llegar a mi destino sano y salvo.

Era media mañana cuando me desperté tras haber dormido algunas, aunque insuficientes horas. A través de la ventanilla del autocar empecé a disfrutar de un paisaje totalmente desconocido para mí. El entorno, cada vez más pobre, se iba convirtiendo en un desierto de tierra. De repente, un oasis de palmeras apareció de la nada en medio del desierto terrestre. Este destello de rica vegetación nos acompañó durante varias decenas de kilómetros hasta que llegamos a mi destino: Rissani. A partir de aquí el trayecto hasta Merzouga lo hice en un coche que conducía uno de los hombres de Amir. Me sorprendió que de nuevo cambiara el paisaje. A lo lejos, ya en el coche, empecé a ver lo que parecía una enorme superficie de tierra devastada por un incendio. Daba la sensación de que un gran fuego hubiera quemado cientos de pequeños árboles y matorral bajo. Era lo que los lugareños llamaban el desierto negro. Pero no era un incendio la causa de aquel extraño paisaje. A la vez que nos íbamos acercando pude ver que no eran restos de fuego lo que había sobre el terreno, sino millones de pequeñas piedras negras que le daban ese tono negro a aquella espectacular panorámica.

Habían pasado más de tres años desde los atentados de Madrid. Mi vida se desarrollaba con total normalidad a medio camino entre el desierto de Erg Chebbi y Merzouga.

La protección de Amir, comerciante tuareg viejo amigo de mi padre, junto al anonimato y la clandestinidad en la que vivía, me habían dado la tranquilidad necesaria para llevar una vida como la de cualquier ciudadano de a pie. Trabajaba como un tuareg más cuidando dromedarios, los cuales se hacían servir para transportar a los turistas entre Merzouga y el desierto. Los escasos tuaregs de la zona, popularmente conocidos como “hombres azules” por su indumentaria, me habían recibido con los brazos abiertos, después de las explicaciones de Amir. Se suponía que yo era hijo de un primo de Amir, que había vuelto al pueblo materno tras la muerte de mis padres. La vestimenta de los tuaregs me había permitido un total anonimato, ya que iba vestido totalmente

tapado para soportar mejor las altas temperaturas del desierto. El llevar tapada casi toda la cara con el turbante me ayudaba a esconderme de miradas indiscretas.

Desde mi llegada al desierto jamás había tenido sensación alguna de inseguridad o peligro. No había tenido ninguna noticia ni de la Policía española, ni de los terroristas islamistas, ni tampoco de los narcotraficantes que habían matado a mis hermanos.

Llevaba la vida que quería llevar. Alejado de las comodidades y del mundanal ruido de la vida occidental, en Merzouga vivía con el sosiego y la calma que necesitaba para olvidarme de todo lo ocurrido en España. Siempre que las condiciones meteorológicas me lo permitían, vivía en una jaima en medio de un pequeño oasis del desierto de Erg Chebbi. Durante el día trabajaba cuidando y preparando los dromedarios y, si era muy necesario, transportaba turistas entre los hoteles del extrarradio del desierto y su interior. Pero en cuanto el sol empezaba a caer volvía a mi jaima a disfrutar de la magnitud de una de las maravillas más grandes de la naturaleza: el desierto.

Las mágicas noches bajo el estrellado cielo que tenía como techo de mi casa eran la tónica habitual. Los duros, largos y calurosos días de trabajo eran recompensados con preciosas nocturnidades donde todo era envuelto por el embrujo de la oscura inmensidad. Después de una rica cena, nos solíamos juntar varios tuaregs en torno a un fuego a cantar música propia de la etnia, mientras disfrutábamos de un delicioso té. La velada terminaba con cada uno de nosotros en su respectiva jaima. Yo solía dormir fuera de ella para disfrutar de la inmensidad del cielo estrellado. Sin ninguna contaminación lumínica a mi alrededor, podía disfrutar de cada una de las constelaciones, estudiar los planetas más cercanos de la Vía Láctea y quedarme dormido mirando las estrellas más lejanas. Pero todas las noches desde que había llegado a Merzouga conciliaba el sueño con la misma estrella en mi cabeza: Moraima. Miraba al cielo intentando verla allí arriba, escondida entre uno de esos pequeños puntos de luz, imaginándola en el cielo con su eterna y dulce sonrisa.

Durante mi nueva estancia en Marruecos había podido olvidar todos los problemas que había tenido en España. La paz de aquel lugar me había ayudado a superar la muerte de Sofian y Hakim, incluso la de mis hermanos, aunque no olvidaba a ninguno de ellos. En cambio, toda aquella envidiable armonía no me había permitido superar la pérdida de la dulce Moraima. Su muerte en aquel tren de los sueños rotos era una losa que iba a tener que llevar conmigo toda la vida. Había decidido trabajar duro durante el día para así tener la mente ocupada y no tener que pensar en tristes recuerdos. Mi padre me decía que no era necesario que trabajara, que él me podía enviar dinero y correr con todos los gastos de mi nueva vida en Merzouga. Desde el primer instante desestimé este ofrecimiento porque sabía que si no tenía la cabeza ocupada durante el día me moriría de pena recordando a Moraima. Al llegar la noche, tumbado bajo aquel manto de estrellas, en muchas ocasiones la tristeza y la melancolía me asolaban, y notaba como el mundo se me venía encima. Pero intentaba llevarlo de la mejor manera posible. En cuanto amanecía, el desierto me daba la paz y la energía necesarias para seguir tirando para adelante con la cabeza lo más alta que los tristes recuerdos me dejaban.

Una radiante mañana de primavera me desperté poco antes de que saliera el sol, como de costumbre. Me gustaba levantarme antes del alba, para así disfrutar de una de las grandes maravillas del desierto. Los amaneceres. Me subía andando hasta lo más alto de una de las incontables dunas, de aquellas interminables montañas de arena, y esperaba a que el dios sol se despertara. Allí, solo, sentado sobre la fina y relajante arena, podía disfrutar de la infinitud del desierto, mientras el sol iba asomándose poco a poco por el lejano horizonte. Absorto, como de costumbre, tumbado sobre la arena, dejando que esta resbalara entre mis dedos, plenamente

relajado, escuché gritar a un compañero tuareg. Unos turistas necesitaban unos dromedarios para esa misma tarde, así que nos teníamos que poner manos a la obra. Desayuné algo, me vestí con mi indumentaria azulena y emprendí camino hacia las afueras del desierto. Había unas tres horas en dromedario desde el oasis hasta el albergue más cercano, así que no tenía excesiva prisa.

A medio día ya estaba en el albergue. Aproveché para darme una refrescante ducha allí mismo, puesto que en el desierto carecíamos de baños plenamente equipados. Dejé a los ocho dromedarios que me habían pedido atados con algo de comida en la puerta del albergue y me fui a Merzouga a comprar.

Amir me informó que habían llegado al albergue un francés, un inglés, dos italianos y seis españoles. Querían pasar una noche en el desierto, así que a media tarde debíamos adentrarnos de nuevo en él. Preparamos todo lo necesario para la estancia de los extranjeros en el desierto. Compramos agua, comida para la cena, algo de té y algunos enseres más.

Aproveché para llamar a mis padres desde casa de Amir. Hacía tiempo que no tenía móvil personal. Al principio fue por seguridad, para que no rastrearan mis llamadas, pero luego fue por comodidad. Me sentía más libre estando incomunicado. Así que me comunicaba con mi familia a través del teléfono de casa de Amir. Mis padres se encontraban bien, algo mayores, pero bien, según me informó mi padre. Me echaban de menos, puesto que hacía más de ocho meses que no nos veíamos. Desde la llegada a mi país natal, había coincidido con ellos en cuatro o cinco ocasiones. Exceptuando la última vez, que vinieron a Merzouga, el resto de veces preparamos nuestros encuentros clandestinos en pequeñas aldeas del país, con la excusa de pasar unos días de vacaciones. Alquilábamos alguna vivienda o casa de campo en una aldea para estar alejados de miradas indiscretas. Juntos pasábamos un par de semanas de vacaciones donde cada uno olvidaba todos sus problemas.

Al llegar de nuevo al albergue esperé en la puerta, cargando todos los víveres en las sillas de los dromedarios. Poco a poco fueron saliendo cada uno de los turistas. No tenía miedo de ellos, ya que al ir ataviado con mi indumentaria tuareg y el rostro tapado, nadie me podía reconocer. Eran ocho adultos occidentales, cinco hombres y tres mujeres, además de dos niños de corta edad. El encargado del albergue les explicó las normas básicas para ir en dromedario, mientras yo les ayudaba a subir. Los dos niños, para mayor seguridad, se subieron con sus respectivas madres en la parte delantera del dromedario.

Eran las cuatro de la tarde cuando empezamos el camino hacia el interior del desierto, el sol empezaba a descender y ya no apretaba con tanta fuerza. Mi función consistía en guiar a los turistas hasta el oasis, donde cenaban y pasaban la noche. Yo iba andando tirando del primer dromedario y el resto de dromedarios iban atados entre sí. No me gustaba hablar mucho con los turistas. Habían pasado más de tres años desde mi salida de España, pero seguía desconfiando de los occidentales. Cuando me hablaban, les respondía en tuareg, haciéndoles ver que no hablaba ninguna otra lengua. Alguna vez respondía en un muy mal inglés a alguna pregunta sobre el entorno o sobre los dromedarios. De esta forma mantenía mi anonimato con total seguridad.

Después de media hora andando bajo el sol, tuve la sensación de que alguien me estaba observando, como si alguno de los turistas me estuviera analizando al detalle. Me giré varias veces, pero no noté nada raro. Únicamente me encontré con la sonrisa del turista francés, que iba en el primer dromedario justo detrás de mí, medio escondido bajo su turbante. Era muy común que los turistas en su estancia en la zona fueran disfrazados con turbantes adquiridos en cualquier zoco marroquí. En este grupo iban varios ataviados con estas prendas.

Llegamos al oasis al atardecer, donde nos estaban esperando mis compañeros tuaregs. Estos ayudaron a los turistas a aposentarse en sus respectivas jaimas. Yo, mientras tanto, llevé a

los animales a su cuadra y les puse de comer y de beber.

Durante la cena, disfrutamos todos, turistas y no turistas, de un excelente cuscús. Los turistas cenaban en una gran mesa, mientras nosotros los tuaregs cenábamos en el suelo algo más alejados. De nuevo tuve aquella extraña sensación, me sentí muy observado. Me giré y busqué miradas indiscretas entre los turistas. Pese a la oscuridad de la noche, alcancé a ver a una de las turistas que me miraba de forma descarada. Inconscientemente respondí con un gesto de asentimiento y una leve sonrisa, a la que ella replicó con una pequeña mueca. En otras ocasiones había notado las insinuaciones de algunas turistas occidentales, pero siempre las había rechazado. En cambio esta vez, sin saber el motivo, respondí con agrado.

Ya en mi jaima, me tumbé sobre un colchón con la cabeza fuera de esta, mirando a las estrellas. La música intentaba amenizar la sobremesa de los occidentales mientras yo disfrutaba de una noche totalmente despejada. Los tambores, los clarinetes y las vihuelas se escuchaban a lo lejos. En ese instante escuché unos pasos que se acercaban. La vela que tenía junto a mí no me permitió ver quien era. Al acercarse pude comprobar que se trataba de la turista con la que había intercambiado miradas tentadoras durante la cena. Nervioso, olvidé tapar mi rostro con el turbante, en cambio ella solo dejaba asomar sus ojos a través del suyo.

—Hola, ¿molesto? —dijo una dulce voz en castellano.

—No, digo sí —respondí yo titubeante y alterado—. Yo no hablar español. ¿Entender a mí?

—No hace falta que disimules Karam —dijo ella seduciéndome con su dulce mirada.

—No, no, no, no, no. I'm Youssef. No Karam. Youssef.

Mis intentos por disimular estaban resultando inútiles, además de ser de lo más ridículo. Me puse en tensión y me incorporé. Estuve a punto de empujarla y salir corriendo, de gritar pidiendo ayuda, pero no lo hice. Me quedé mirándola a los ojos entre la intensa penumbra mientras ella se reía, una risa celestial, cada vez más y más fuerte, hasta que sus ojos se humedecieron y empezaron a resbalar lágrimas por sus mejillas.

—¿Sabes cuánto tiempo llevo soñando con este momento? —me preguntó una voz cada vez más familiar.

—¿Moraima? —pregunté yo incrédulo mientras mi piel se erizaba.

Desveló entonces su rostro y su cabello, quitándose el turbante. Un intenso y familiar olor llegó entonces hasta mi olfato impregnando todo mi ser. Miles de bonitos recuerdos pasados se dibujaron en mi mente al inhalar aquella ansiada fragancia. A la vez que se desposeía del turbante el corazón se me aceleraba. Las manos me empezaron a sudar. Empecé a salivar sin casi poder tragar mi propia saliva. No podía ser verdad. Tenía delante de mí a Moraima, la dulce y bella Moraima. Me quedé sin aliento, sin saber qué decir, no podía articular palabra alguna. Entonces mis ojos se llenaron de lágrimas de la emoción y empecé a llorar.

—Sí Karam, soy yo —respondió ella sacándome de mi eterno letargo.

—Pero no puede ser —dije yo dubitativo—. Estás muerta. Moraima esto no es real, estabas muerta. Te enterraron en Granada semanas después de mi marcha.

—No Karam, no. Todo fue una terrible confusión.

—No entiendo nada Moraima.

—Te lo voy a explicar —dijo ella—. Tras la explosión del vagón contiguo al que viajaba yo, caí sobre el suelo golpeándome la cabeza y perdiendo el conocimiento. Un hombre me salvó la vida sacándome de aquel vagón infernal antes de que se incendiara. Estuve en coma durante dos semanas, por lo que no conseguieron identificarme hasta que no recobré el conocimiento. Mi cartera se había quedado en el vagón. El caos organizativo reinante tras los atentados provocó el resto del espantoso malentendido.

—Pero si identificaron tu cuerpo quemado una semana después de los atentados...

—Todo fue un tremendo error —dijo ella sin dejarme terminar la frase—. El cuerpo de la chica que identificaron tenía una altura, un peso y unas características físicas similares a las mías, además de un tatuaje similar al que yo tengo en el omoplato. El infortunio hizo que al intentar huir del fuego, la chica moribunda tropezara y cayera encima de mi cartera de piel, quedando esta adherida a su ropa por culpa del fuego. No te imaginas la alegría que se llevaron mis padres cuando entraron por la puerta de la habitación del hospital y me vieron allí tumbada. Pusieron la misma cara que estás poniendo tú ahora. Supongo que al igual que ellos, tú también habrás sufrido un verdadero infierno.

—Pero si todo eso es cierto, ¿por qué no me avisaste antes, Moraima?

—Lo intenté Karam. Te llamé a tu móvil y al de Hakim mil y una vez. Pero siempre aparecían apagados. Tardé un mes y medio en recuperarme de las heridas y volver a Granada. A mi vuelta fui a tu casa y fue entonces cuando la mujer de Hakim me informó de su asesinato. Pregunté a todo el mundo por ti, pero nadie sabía dónde te habías metido. Era como si la tierra te hubiera tragado, como si todo rastro tuyo se hubiera esfumado por completo. Supuse que te escondías de algo, pero no entendía de qué. Después de dos años de averiguaciones conseguí el teléfono de tu padre. Él me decía que no sabía dónde estabas, aunque yo intuía que no era cierto. Así que unos amigos y yo preparamos un viaje a Ketama. Llegamos allí hace cinco días y tras conocer a tu madre me contó todo lo que te había sucedido, sin que tu padre lo supiera, claro.

—¿Todo? —pregunté yo mientras me secaba las lágrimas.

—Todo Karam. Lo de los terroristas, los intentos de asesinato, lo de la orden de búsqueda y captura de la Policía, lo de los narcos que mataron a tus hermanos. Todo, todo, todo. Me explicó que vivías aquí escondido de forma clandestina. Me advirtió que debía tener mucho cuidado; que te buscara entre los tuaregs del desierto de Erg Chebbi; que les preguntará a ellos por Youssef y que entonces te encontraría. No quise decirte nada, pero te reconocí en cuanto te vi en el albergue. Esos trapos que llevas encima no te sirvieron para esconderte de mí. No te dije nada por tu seguridad. Quería estar a solas y segura de que nadie pudiera reconocerte. No quería ponerte en peligro.

—Gracias Moraima. No sé qué decir.

—No digas nada cariño. Llevo soñando con este momento desde el día en que recobré el conocimiento. He venido aquí para quedarme contigo, para vivir el resto de mis días junto a ti. Ya te perdí una vez, así que no voy a volver a perderte de nuevo. ¿O pensabas que te ibas a librar tan fácilmente de mí?

Me tiré encima de ella sobre el colchón fundiéndonos en un abrazo eterno. Impregné todos mis sentidos del olor de Moraima, ese dulce aroma, que pese al tiempo transcurrido, no había conseguido olvidar. La besé y la volví a besar, así hasta un millón de veces. No sé el tiempo que permanecí abrazado a ella sobre el colchón, sin mediar palabra, mirando a las estrellas, ensimismado, pleno, perdido en la infinidad del universo, rebosante de felicidad, hasta que una tierna y joven voz a nuestras espaldas, me hizo volver a la realidad.

—Mamá, ¿qué haces ahí tumbada con ese hombre?